John Carter Brown
Library
Brown University

2.5:5

SENTIMIENTOS

SOBRE EL AMOR DE DIOS,
O

LOS TREINTA AMORES SAGRADOS

PARA CADA DIA DEL MES

LIBRO VERDADERAMENTE DE oro, escrito en Frances por el M. R. P. Fr. Juan Bautista Elias Avrillon, Religioso Minimo.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR EL R. P. L. J. Fr. JOSEPH Calixto de Orihuela, Religioso Agustino de la Provincia de Lima.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Impreso en Lima: en la Imprenta de la Real Casa de los Niños Huérfanos. Año de 1796.

Nihil tam durum, atque ferreum, quod non amoris igne vincatur. S. P. Aug. De mor. Eccl.

Verus amor non sentit amaritudines, sed dulcedinem, quia soror amoris dulcedo, sicut soror odij amaritudo. idem lib. 13. conf.

O Jugum Sancti amoris quam dulciter capis, gloriosé laqueas, suaviter premis, delectanter oneras, fortiter stringis, prudenter erudis! ¡O felix amor, ex quo oritur strenuitas morum, puritas affectionum, subtilitas intellectum, desideriorum sanctitas, operum claritas, virtutum fecunditas, meritorum dignitas, præmiorum sublimitas! S. Bernard. lib. de diligend. Deo.

NOTA DEL TRADUCTOR

RESTAN TODAVIA EN Frances de este mismo Sabio Autor las obras siguientes: 1°. Reflexiones Teologicas, Morales, y afectivas sobre los Atributos de Dios, en forma de meditaciones para cada dia del mes. 2°. Año afectivo, ó sentimientos sobre él Amor de Dios, sacados del Cantico de los Canticos, para cada dia del Año. 3°. Comentario afectivo sobre el grande precepto del Amor de Dios. 4°. Comentario afectivo sobre el Psalmo Miserere, para prepararse á la Muerte. 5°. Meditaciones, y sentimientos sobre la Santa Comunion para las personas, que la frequentan. 6°. Retiro de diez dias

para

para personas de todos estados. 7°. *Conducta para pasar santamente el Adviento.* 8°. *Conducta & para la Quaresma.* 9. *Conducta &. para las Octavas de la Ascension, Pentecostes, Santisimo Sacramento, y la Asuncion.* 10. *Sentimientos sobre la dignidad del Alma, la necesidad de la adoracion, las utilidades de las afliccones, y sobre los diferentes abandonos de Dios.* 11. *Reflexiones, sentimientos, y practicas sobre la Divina Infancia de Jesus.* 12. *Reflexiones, y sentimientos de un Solitario en su retiro durante la Octava del Santisimo Sacramento.* 13. *Tratados del amor de Dios con respecto á los hombres, y del amor del proxímo.* 14 *Pensamientos sobre diversas materias de Moral.*

To-

Todas estas obras son ciertamente pequeñas en el volumen, pero muy grandes por las vivas luces, y uncion, que hacen el caracter del M. R. P. Avrillon. Oh! y quanto celebraria que una pluma mas experta, y digna que la mia, nos hiciese á todos el bien de darlas á luz publica en nuestro Idioma, para que por su lectura fuesemos todos, sin excepcion, abrasados con el fuego divino del amor de Dios. Amen.

VIVA JESUS.

TABLA DE LOS CAPITULOS
contenidos en esta obra.

Cap. 1. Amor Penitente fol. 1.
Cap. 2. Amor Sufrido. 10.
Cap. 3. Amor Reconocido. 19.
Cap. 4. Ámor Obediente. 29.
Cap. 5. Amor Humillado. 39.
Cap. 6. Amor de Confianza 49.
Cap. 7 Amor de Entendimiento 59
Cap. 8 Amor de Corazon f. 71.
Cap. Amor de Estimacion f. 81.
Cap. 10. Amor Tierno. f. 90.
Cap. 11. Amor Fuerte. f. 99.
Cap. 12. Amor Sabio. 110.
Cap. 13. Amor Casto. 119.
Cap. 14. Amor Activo. 129.
Cap. 15. Amor Fiel. 140.

Cap. 16. Amor Constante. 150.
Cap. 17. Amor Atento. 160.
Cap. 18. Amor de Deseos 170.
Cap. 19. Amor Liberal. 180.
Cap. 20. Amor Generoso. 193.
Cap. 21. Amor Sincero. 205.
Cap. 22. Amor Ferviente. 215.
Cap. 23. Amor de Zelo. 224.
Cp. 24 Amor de conformidad 234
Cap. 25 Amor de Semejanza 245
Cap. 26. Amor Solitario 252.
Cap. 27. Amor Familiar 265.
Cap. 28. Amor Sacrificado. 275.
Cap. 29. Amor Perfecto. 287.
Cap. 30. Amor de Union 297.
Oracion. 307.

DEDICATORIA

AL PRINCIPAL FUNDAMENTO Y Columna de la Iglesia (despues de los Sagrados Apóstoles); al Restaurador de la fe, y Arca del Antiguo y Nuevo Testamento; al brillantísimo Sol de todo el Orbe; al universal exterminador de las heregias; al Principe, Maestro, y Padre de los Teólogos; al Patriarca fecundísimo, Apóstol exactísimo, Obispo zelosísimo, Confesor fidelísimo, Doctor Sapientísimo, y Martir consumido á los rigores de una Caridad abrasadísima: al que siendo hombre fué tambien Angel y Arcangel, que anunció al Mundo los mas arcanos Misterios, y Potestad que pisó las

ae-

aereas Potestades; al verdadero Querubin en el saber, y ardientísimo Serafin en el amar, mi Gloriosísimo y amabilísimo Padre y Señor.

SAN AGUSTIN.

SI SIEMPRE HA BASTADO una ligera reflexion sobre vuestra incomparable Santidad, para aspirar con ansia á lograr vuestra proteccion poderosísima, mi dulce y adorado Patriarca; hoy, despues que por medio de la Gloriosa Santa Getrudis sabemos algo de vuestra grandeza, caridad, y riquezas casi inmensas, con que habeis sido distinguido en la Jerusalen Celestial, ya nos vemos los mortales en una muy feliz necesidad de ocurrir á

Vos,

Vos, á fin de conseguir dichosos las llamas del santo amor. Y si esta necesidad tan deseable dulcemente fuerza á todos á importunaros con sus ruegos, ¿ que no hará con un pequeñuelo, que por tantos títulos es vuestro? ¡Ay mi Patriarca muy amado! yo fundo toda mi dicha en lograr vuestra sombra, en vestir vuestro Santo Habito, y en ser miembro, aun que el mas indigno y debil, de vuestra familia sagrada.

Si, á pesar de mi indignidad y pequeñez, vuestro soy ¡O grande Padre! y debo por tanto ocurrir á Vos con confianza en todas mis necesidades; ¿ pero que podrá ser lo que de esto me retraiga? ¿ Será

por

por ventura el encogimiento al consideraros (segun lo asegura la admirable Virgen mencionada (1)) ante el trono de la Trinidad Beatísima, de donde vuestro sobre-humano corazon arroja volcanes de fuego, que se terminan en el corazon de Dios, como propio centro suyo ?, ¿ Será el deslumbramiento al oir decir á la misma, que vuestra divina voca es en el Cielo como la esfera del Sol, que esparce rayos lucientes por los triuntantes espacios? ¿Será finalmente el pasmo que me causa oirla proseguir, que vuestra santísima Alma está toda

ane-

---

(1) Cap. 49. t. 2. l. 4.

anegada en un mar insondable de deleites, de los que S. Mag. forma una suave, acorde y sonora lira, con cuya música se regocija así mismo, y á todos sus Cortesanos?

Ha! lejos de atemorizarme todo esto, clámo ya á Vos con mas aliento, pues si vuestra caridad todavia militante, llegó á decir en este mundo: *No quiero la salvacion sin vosotros*: (2) ¿hoy que ya es triunfante y consumada, estará menos ansiosa y solícita de nuestro bien verdadero? ¿Será acaso otro vuestro negocio en ese abismo de glorias, que el de nuestra dicha eterna, pero dicha (ó rara Cari-

dad

(2) Tom. 10. hom. 28.

dad), en todo semejante à la vuestra?

En efecto, añade la misma Santa, haberos visto otra vez (3) que con ámbas manos abriais el pecho mostrando el corazon, y presentandolo al Señor cuyo era, como una fresquisíma y fragante rosa, que con la suavidad de su su olor recreaba à todos los Celestiales Espíritus, llenandolos de mucha gloria accidental; y que entre otras indecibles maravillas que en Vos vió, oyó igualmente, que à peticion suya, suplicabais á la Divina Magestad: *Que los corazones de todos vuestros*

de-

(3) Cap. 50.

devotos, que por medio vuestro deseaban lograr el amor divino, floreciesen del modo que vuestro propio corazon delante de la Trinidad Beatisima, dandole un olor suavisímo y muy acórde armonía por los siglos de los siglos.

Continuad pues, en esa oracion, ¡ó Abrahan de la Nueva Ley, y Padre de los Amantes, como lo es el otro de los Creyentes! Recibid afable esta obrita, pequeña por lo que tiene de mia, pero grande ya por que es toda del *Amor de Dios*, vuestra pasion dominante, ya tambien, por que en las mas des pàginas se leen vuestros mismos sentimientos, y muy formales palabras. Encargaos de

es-

estar muy vecino à quantos quieran leerla, para inspirarles el espíritu y uncion correspondientes á la longitud, latitud y profundidad de vuestra caridad casi inefable, de esa caridad, aun que antigua siempre nueva, aunque tan exercitada en hacer bien siempre hambrienta; á esta misma, aun que tarde, se acoge por medio de estos caractéres mal dispuestos, postrandose humildemente á vuestros pies.

Vuestro mínimo siervo, é indignisimo hijo.

Fr. José Calixto de Orihuela.

AVISO DEL AUTOR

COMO EL CORAZON DEL hombre, no puede subsistir mucho tiempo sin amar, y comienza á caer en languidez, luego que cesa de aspirar á su Dios, por que segun el Padre San Agustin, el amor es la vida del corazon, *vita cordis amor est*, será contribuir á volverle la vida, el abastecerlo de sentimientos de amor, quando está mui seco para formarlos el mismo, y mantenerse en la presencia afectiva de su Dios. La lectura de alguna cosa eficaz, precisa y tocante, lo levanta las mas veces de su abatimiento. El entendimiento encuentra un pensamiento que lo fixa,

una verdad que le da golpe; y el corazon un sentimiento que adopta, que sigue con empeño, y que Dios le hace gustar. Los sentimientos son los alimentos del amor, y hacen en el corazon del hombre espiritual lo que el ayre y el alimento en el corazon del hombre natural: por ellos respira, con ellos se alimenta, toma nuevas fuerzas, y se arma contra la languidez, ó debilidad.

Como una alma que ama á Dios continuamente, y de una manera constante sube siempre, dice el mismo santo Doctor: *anima quæ amat, ascendit semper*: porque un acto de este amor contribuye á hacer al siguiente mas puro, mas ardiente, y mas perfecto, y como

mien-

mièntras mas ella ama, mas sabe amar, se ha cuidado de seguir con poca diferencia las sendas, y progresos diversos del divino amor, desde el amor penitente, que es el principio, hasta el amor de union que es su tèrmino.

Esta pequeña obra está distribuida en treinta amores sagrados. Se tomará si se quiere, un capítulo para cada dia del mes: en todos se hallarán seis sentimientos, sostenidos por la mayor parte de un solo pensamiento, para entretener al mismo tiempo al entendimiento, y á la voluntad durante el dia.

PRO-

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

AMADISIMO LECTOR MIO: en esta plana que es la primera del Libro que te presento, tengo por muy preciso el implorar tu clemencia en mi favor. Como sé que no ignoras el gran talento, y lleno de luces que debe tener un Traductor, para superar diestramente las dificultades, que en su exercicio le hande necesariamente ocurrir, temo que preguntando quien soy, si llegas à descubrir mi pequeñez, te llenes contra mí de indignacion. Esta (!ay de mí!) se hará mucho mayor, llegando à saber, que quando vino este libro de oro à mis manos, casi enteramente ignoraba el idioma frances, y era por consi-

siguiente el mas inepto para emprender su traduccion. Pero ceda en ti el justo enojo à la prudencia, que es carácter de los sabios, atendiendo á que si cometí este atentado, fué ya por consagrar (como lo hago) las primicias de mi trabajo en el estudio de esta lengua, al amor de Dios: á aquel Amor Eterno, digo, que por solo el amor que nos tiene, ama el que le amemos: ya tambien por contribuir de algun modo al mayor aprovechamiento espiritual de tantas pobrecitas almas, que ó no tienen mas uso que el de nuestro idioma español, ó aunque igualmente posean el frances, no pueden lograr el original, à causa de no ser fácil encontrarlo aun en la

mis-

misma Europa, segun me han asegurado.

Ea pues, dexa sabiamente la paja, y toma el grano. Estíma esta preciosísima perla, que como en una digna concha nos produxo el Cielo en el muy católico, apostólico y devoto corazon del Rev. Padre Fray Juan Baptista Elias Avrillon. No te desdeñes de recibirla porque la ves enlodada en mi estilo: mira que aun así conserva su valor.

En fin tratemos todos de abrir la boca de nuestros corazones para gustar este maná, con cuyo uso olvidarémos muy en breve las cebollas de Egypto, que como dice el P. San Gregorio Magno (Libro 11. Moral. C. 10.) al co-

mer-

merse hacen llorar sin querer Amen.

Viva Jesus, cuya preciosa muerte mostró quanto el amor era mas fuerte.

SENTIMIENTOS SOBRE EL Amor de Dios, ó los treinta ámores sagrados, para cada dia del mes.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMER DIA.

Amor Penitente.

I.

TRASPASAD ! O MI Dios! traspasad mi carne, traspasad mi alma, penetrad mi corazon con un temor saludable, y un amor penitente. No tengo en mí mas que motivos para temer vuestra justicia, pues soy pecador: ella me puede oprimir, destruir y ani-

aniquilar: por rigurosa que sea, solo podré decir al tiempo de mi castigo, aquellas palabras de un Rey penitente: *Sois justo, Señor, y vuestros juicios son rectos.* * Adoro al padecer la mano formidable que me hiere: justo es que cargue el peso de la cólera de mi Dios, pues le he ofendido.

Justicia terrible! Yo os temo, pero yo hallaré un asilo seguro contra Vos en el seno de la divina Misericordia. Mi Dios es justo, es verdad; mas tambien está lleno de bondad: por mas pecador que yo sea, permite à mi corazon que le ame. Si Señor, os amaré, mas no cesaré de llorar mis culpas.

* Psal. 118.

Los

II.

Los pesares, gemidos, y sollozos, las lágrimas de dolor, y ternura serán en adelante mi ocupacion. Mi Dios me amó, y yo no le he amado! Me buscó, y yo le he huido! Me há colmado de gracias, de favores y caricias, y yo le he perseguido! Me ha rescatado con su sangre, y yo le he crucificado! ¿No deberé verter torrentes de lágrimas? ¿Mi carne no deberá ser despedazada por los justos rigores de la penitencia, como la de mi Señor lo fué por la crueldad de los verdugos? ¿Deberá quedarse entero mi corazon? ¿No deberá ser quebrantado con el gol-

pe de mi contricion, liquidado y derretido con las lágrimas de mi dolor, ó reducido á cenizas por el fuego de mi amor?

III.

Todas las veces, ¡ ó mi Salvador! que se os trató sobre vuestra doctrina, respondisteis por palabras; mas quando ha sido puesta á prueba, por decirlo así, vuestra misericordia, bien presto habeis contestado con milagros, y favores muy sensibles. Sobre esta misericordia, Señor, os solicito al presente. Vos la concedisteis al ruego de la Cananea, à las lágrimas de Pedro, al llanto de la muger

adul-

adúltera, á la ternura de la Magdalena, y al amor penitente de todos los pecadores que la han implorado. Vos sois siempre el mismo Dios: es decir, el Dios de misericordias: teneis el mismo poder, el mismo amor, y el mismo corazon. Conceded pues esa misma misericordia á mis ruegos, á mis lágrimas, á mis sollozos, á mi ternura, á mi amor, y á mi penitencia. Yo quiero amaros, quiero llorar, quiero castigarme en esta vida, para no ser víctima infeliz de vuestra justicia en la otra.

IV.

Qué combates, qué disgustos, qué funestos regresos, quando se tra-

ta

ta de restituir al dominio de Dios un corazon que le ha sido substraido por el amor de la criatura! ¡Qué contrariedades no experimenta una alma! Promete, y se retracta; dexa, y vuelve á tomar; siente haber amado, y siente no amar ya; se espanta, se asusta, por que es preciso que le cueste mucho al corazon aborrecer lo que amó, para amar únicamente lo que todavía no ha amado. Corazon cobarde, é impenitente ¿ vacilarás aun entre la suma felicidad, y la desgracia eterna? ¿ Qué es lo que te espanta? En el amor? ¿Què cosa mas fácil que amar un objeto infinitamente amable? Es la penitencias? Comienza amando, y con-

sentirás bien presto en padecer por tus pecados, y por el amor de Dios, á quien amarás. V.

Dos cosas establecen la certidumbre de la penitencia, que son el odio, y el amor; el odio del pecado, y el amor de Dios? ¿Qué cosa mas horrible, qué mas diforme; qué mas aborrecible que el pecado? ¿Puedo yo no aborrecerlo? ¿Què cosa mas amable, qué mas perfecta, qué mas digna de toda la ternura de mi corazon, que Dios? ¿puedo yo no amarlo?

VI.

Vos me habeis hecho conocer ¡ó mi Dios! por una feliz experiencia los admirables grados, por los que vuestra infinita y omnipo-

tente misericordia conduze à una alma pecadora del abysmo de sus desórdenes á la penitencia, y al amor. Esta misericordia espera con paciencia, disimula con bondad, sobrelleva con caridad, previene, llama, busca, solicíta: en fin, ella convierte, y hace entrar en la carrera de la penitencia y del amor.

Mucho tiempo me habeis esperado ¡ó divino Bienhechor! Sin esa invencible paciencia, yo corria á mi total perdicion. Habeis disimulado mis ofensas, y me colmais de favores como si no os ofendiese: me habeis tolerado con una caridad admirable quando os ultrajaba: me habeis llamado, y no he respondido á vuestra voz: me ha-

beis

beis buscado con cuidados, y solicitudes de Madre, mientras yo os huía; me habeis mil veces estimulado con ternura para ablandar la dureza de mi corazon, y yo os he resistido siempre; en fin, Señor, veisme aquí: mas sostenedme para que no vuelva á caer en mis flaquezas; embiad lágrimas á mis ojos, suspiros, y sollosos á mi corazon; imprimid en èl, con caractéres de fuego, los sentimientos mas vivos de penitencia, y de amor ámeos yo, ó mi Dios! y castigueme de no haberos amado.

CAPITULO II.

Segundo dia.

AMOR SUFRIDO.

I.

ES UNA EXTRAÑA CEguedad, imaginar que se puede amár á Dios sin padecer, y que en este padecimiento, no hay verdaderas dulzuras; pero es un error todabia mas grozero creér, que se puede gustar verdadero placer fuera de Dios. Quanto mas una Alma voluptuosa cree amarse, mas se aborrece; mientras mas se lisongéa, mas se persigue; quantos mas placeres se procùra, tanto mas se sumerge en amarguras. ¿Alma mia, quantas veces has experimentado

esta

esta verdad ? ¿ Que amorosas, que encantadoras dulzuras no has sentido, quando has amado sinceramente à tu Dios, y quando te has expuesto á los mas asperos padecimientos por su Amor ? !Que tranquilidad ! !Que paz ! Que reposo de conciencia! Pero al contrario: ¿ Que pesares no has sufrido en el apego á las criaturas y en esa vida tibia, y negligente que has llevado ? Que disgustos! ¡Que temores! !Que espantos! !Que remordimientos ! Ay ! no pensábas sino en lo presente, y no preveías lo porvenir. El amor del mundo es lizongero en sus principios, y està lleno de amarguras en su fin. Vuestro amor, al contrario ¡ ó mi

Dios

Dios ! es acompañado de algunos rigores al principio , pero rigores moderados; porque vuestra Cruz, jamàs està sin uncion, y la uncion, es vuestro amor que hace gustar dulzuras infinitas en su fin. Ha ! Si amo el verdadero placèr , ¿ dudarè consagraros mi corazon ? Dudarè ¿ padecer por vuestro amor ?

II.

Jamàs me cansaré de besar la mano de mi Dios, mientras cargare sobre mi por las mas rigurosas afliccciones ; hallaré el medio infalible de volverla mas dulce, y mas ligera , por un consentimiento sumíso , y amoroso: este medio es inocente, siempre acertado, y

tan

tan agradable á Dios, como el sufrimiento mismo; su intencion, es que le ponga en uso, y que endulce mis penas, y sufra mas facilmente sus golpes. No os pido otra gracia ¡ó mi Dios! sino la de amar mis penas: èsta es la mas preciosa bendicion que podeis derramar sobre ellas: hacedme padecer quanto quisiéreis, con tal que me hagais amar el padecer.

III.

Solo anhelo à la dichosa Eternidad por estàr seguro de poseèr perfectamente al Dios que amo, y no cesar jamàs de amarle. Dichosamente está para mi en almoneda

da el Reyno de los Cielos, y aunque su valór sea infinito, tengo á la mano con que comprarlo. Jesu-Christo, mi Salvador, por el infinito amor, que me tiene, se ha empeñado en rebajarme su precio. Amar, y padecer: ve ahí la preciosa moneda que me dará la posecion. Comprar un Reyno eterno con la pobreza; un gozar interminable con algunos dolores pasageros; un descanso todo quieto, y divino, con el trabajo de algunos años; una gloria sin fin, por la abjecion; y la posecion de Dios por algunos padecimientos momentáneos, con tal que estén acompañados de amor; ¡que cosa mas dulce, y ventajosa?

El

IV.

El amor de Dios es la Sal, y hace toda la sazon del padecimiento: padecer sin amàr, es ser enemigo de si mismo; es un padecer como condenado, no saber endulzar su desgracia. Un christiano que padece amando, bien puede parecer miserable á los ojos de los hombres, pero no puede serlo jamás en efecto; porque lleva á Dios en su corazon, y si sufre, es por su amor; y este Dios, que es la fuente de la felicidad verdadera, toma el cuidado de consolarle, y no lo abandonará jamàs mientras padesca. Troquemos pues, ¡ó alma mia! esta palabra *desolacion*, ó *afliccion* en la de *consolàcion*, esta pala-

palabra *padecimiento*, en la de gozo ó *placér*: ¿ puede llamarse padecer, lo que aumenta nuestro amor? ¿ Lo que nos sirve de prueba à los ojos de Dios? ¿ Lo que nos procura la presencia, estimacion, y amor del objeto divino que amamos ?

V.

Amar á Dios sin tolerar generosamente por su amor todas las aflicciones, que nos embía, es mas bien una piadosa ilucion, que un verdadero amor: pero amar, y padecer, ve ahi la señal, y prueba de un amor sincèro: lo primero regularmente, no es mas que una simple ternura de temperamento,

en

en que la gracia no tiene parte; lo segundo, si, que es amor de almas generosas, y el verdadero caracter de aquella excelente Caridad, que solo el Espiritu Santo derrama en nuestros corazones. Yo pues me he engañado mucho, ¡ó mi Dios! quando en el acontecimiento de algunos debiles movimientos de ternura, tal vez enteramente natural, me he dicho à mí mismo que os amaba! Ay de mi! mi cobardia en padecer quando se presentaba la ocasion, acusaba demasiado la falsedad de mi amor.

IV.

Veo Señor, que quando estoy tibio, y el ardor de mi amor para

con

con Vos comienza à debilitarse, gustais de turbarme, de hacerme padecer, y herirme con la escogida flecha de vuestro amor, para levantarme de mi abatimiento, y empeñarme en buscar vuestra presencia como el Ciervo fatigado con la carrera, solicíta la agua para tomar aliento, y fortaleza. Excitais mis deseos con vuestra ausencia, para calmarlos con vuestro amor, para fijarlos en Vos solo, y para impedir el que otra vez se vuelvan á la criatura. Venid, pues Señor, á mí, ya que padezco, porque Vos lo disponeis. Consiento en padecer, porque segun vuestra divina palabra estèis siempre conmigo. Yo corro àcia Vos, como el miserable á la miseri-

cor-

cordia, como el enfermo á la medicina, como el hambriento al pan, como el sediento al agua, como el ciego á la luz, y como un pequeño infante á su madre. Concededme, ¡ò Dios mio! que solo por Vos suspire, solo á Vos ame, y que no busque consuelo en mis padecimientos, sino solo en Vos.

CAPITULO III.

Tercer dia.

AMOR RECONOCIDO.

I.

VOS ME HABEIS CRIADO, ¡ó mi Dios! me habeis rescatado, me habeis colmado de gracias, y abierto las puertas del Cielo quando yo estaba en las del Infierno:

Ay

Ay! mi reconocimiento està recargado, y abrumado con tantos beneficios. Conosco mi impotencia, y se que no puedo hacer por Vos, lo que habeis hecho por mi ; pero me habeis amado, y yo puedo amaros: este serà mi recurso. ¡Que dichoso soy en tener un corazon capaz de amar ! pues solo amando, os puedo ser correspondido, y mas no exîgiendo de mi, vuestro amor, sino el que os ame ¿ Pues porque no lo he hecho, hasta el presente? Ha ! Conosco muy bien que la ingratitud ha sido el empleo infeliz de mi corazon. Tiempo es ya, ¡ ò Dios mio! de compensar esta tea ingratitud con un amor agradecido : y estoy resuelto à ocuparme en esto hasta la muerte. Vos

II.

Vos no descansasteis, ¡ ó mi Dios! en la creacion de este vasto universo, hasta despues de haber formado al hombre: la tierra con todas sus agradables diferencias, y el Cielo con todos sus Astros, no merecieron de vuestros ojos, sino una mirada pasagera: solo el hombre os ha causado complacencia, y ha fijado vuestra morada, y reposo: habeis descansado en èl, por una predileccion que no tenia merecida. ¿Qué no os debe retornar por un favor tan señalado? Ah! Basta que el os ame: así lo teneis declarado: el amor es todo lo que del exîgís. No obstante Vos sois Señor, quien ha-

ceis

ceis todo el costo en este amor, pues se lo inspiràis; se lo enseñais; se lo hacéis querer; y le dais las fuerzas. Ahora ya comprehendo, que de todas las criaturas que han salido de vuestras manos adorables, es el hombre á quien mas amais, pues solo habeis reposado en él; que en él hombre, amais mas el corazon; en su corazon, el amor; y en su amor, la preferencia, y el agradecimiento á Vos. Sería mas que ingrato, si rehusase volveros lo que os debe, y mas, pudiendo corresponder amandoos con todo su corazon, y reposando en Vos, como habeis reposado en él.

III.

Basta considerar á Dios como Au-

Autor de la naturaleza, para hallarlo infinitamente amable, y para comprehender, que aun baxo de esta qualidad sola, le debemos todo el amor de nuestro corazon. Ve aquí la razon. El amor dice, S. Bernardo, es una afeccion natural; es debida por consiguiente al Autor de la naturaleza, y mi corazon no puede sin injusticia, é ingratitud negar su amor á aquel que lo ha formado. Siendo esto asì ¿ con qué no deberé corresponder al que ademàs de ser mi Autor en lo natural, me ha salvado del Infierno, y abierto las puertas del Cielo, muriendo por mi amor? ¡Que ventaja! ¡poder satisfacer inmensas deudas con sola la moneda de mi amor!

Que

IV.

¿ Qué cosa podrémos amar con mas justicia, que à aquel que nos amó primero sin que lo hayamos merecido? Qué cosa podrèmos amar con mas ternura, que á aquel, que llevó la suya hasta el exceso de darnos todo su corazon, para empeñarnos á darle el nuestro? ¿ Para quien podremos vivir mas justamente, que para aquel, y por aquel, sin el qual no viviríamos, y que no vino à la tierra, sino para procurarnos la vida de gracia, y gloria, aun á costa de la suya? ¿ Finalmente por quien podrèmos padecer, y morir mas gloriosamente, que por este amigo generoso, que

de-

derramó toda su Sangre, y murió por probarnos el exceso de su amor ?

V.

No puedo ó mi Dios! pensar en vuestras beneficencias, y mis ingratitudes sin confundirme: me habeis tiernamente solicitado, y no me he rendido: me habeis estrechado ya por inspiraciones secretas, ya por la magestad, y uncion de vuestra divina palabra, y yo hé sufocado esta preciosa semilla en mi pecho: habeis tocado mil veces á la puerta de este corazon rebelde, y no os la he ábierto, siendo así que ha estado franca para todos vuestros enemigos: me

habeis hecho una infinidad de caricias, y no me he dexado ablandar, ni desarmar : me habeis embiado remordimientos de conciencia para que sienta la enormidad de mis pecados ; padecimientos para desatarme de las criaturas: me hebeis ofrecido vuestras gracias, vuestra amistad, vuestro Reyno : me habeis colmado en fin de toda especie de bienes, y yo no me he servido de todo, sino para insultar à mi Bienechor. Sin embargo ! ó Dios mio! ni os habeis ofendido, por decirlo asì, con mis resistencias, ni os habeis fatigado con mis dilaciones, ni habeis desistido por mi ingratitud. No os canseis Señor, acabad la grande obra de

mi

mi conversion, que vuestro amor ha bosquexado. Amor de mi Dios, yo os lo devo todo, lo reconoseo, lo siento, estoy penetrado de ello, no lo olvidaré jamas, y os amaré para siempre.

VI.

Veisme aquí finalmente, ¡ó Divina Bondad! veis aquí este corazon ántes ingrato, que con tanta freqüencia se ha revelado contra vuestros dones, y vuestros mas manifiestos favores: veis aquí este corazon revelde, que tantas veces se os ha resistido: veis aquí este corazon cobarde, que tan devilmente os ha amado, y servido con tanta tibieza, y negligencia. ¡Ay de mi!

co-

como no habeis castigado mis ingratitudes ? ¿Como me habeis sufrido tan largo tiempo en el pecado, en la floxedad, en la negligencia, y en la disipacion ? Mucho tiempo há que deberia yo haber sido castigado como pecador, ò vomitado de vuestra boca adorable, como tibio, y negligente, pero me habeis reservado, y conservado mi lugar en vuestro corazon, del qual merecia ser excluido, y arrojado para siempres. Primero morir, que hechar en olvido estos beneficios.

* * * * * * * * *
* * * *
* * *
*

CA-

CAPITULO QUARTO.

QUARTO DIA.

Amor Obediente..

I.

¡QUE LAMENTABLE SEria la suerte de un christiano si fuese incapaz de amar à su Dios! Corazon humano, tu serias muy desdichado: ¿que harias? ¿que sentirias? ¿á que te inclinarias? ¿ámarias las vanas grandezas? los placeres sensuales? las criaturas? à ti mismo? Objetos miserables, indignos de ocuparte, y de llenar la vasta capacidad que Dios te há dado. Seria abatirte mucho y de generar demasiado, profesarles estimacion, y ternura.

Pero

Pero oh ! tú puedes amar á tu Dios; el te lo permite, ¿ pues porque no has de gozar de un privilegio tan noble, que te da derecho á pretender el corazon de tu Dios? Aun mas: te manda que le ames; este es su precepto favorecido al que se refieren todos los otros ¿pues porque no has de obedecer á una ley que hace toda tu seguridad, toda tu dicha, toda tu gloria, y que es tan dulce, y tan fácil de observar ?

II.

! Que de sublevaciones, y repugnancias á la Ley de mi Dios siento en mi corazon ! este corazon no quiere el yugo quando el Señor

se

se lo impone, aunque este yugo sea la dulzura misma, pues no consiste sino en solo el amor; el afecta al contrario imponerselo quando Dios lo aligera, y le ministra con que libertarse de él, y este yugo que el corazon se impone asimismo es rigoroso, ó insoportable: ¿No es un yugo muy duro, y muy pesado ser esclavo del mundo, y sus pompas; dexarse maltratar por sus pasiones, y gemir baxo la tirania del deleite; del amor proprio, de la vánidad, y del respecto humano? Ha Señor; como podre sacudir este yugo de fierro que me cuesta tantos combates, tantas làgrimas, tantos remordimientos, y que me reduce á un cautiverio tan vergonzoso? ¿Como?

aceptando el yugo de amor que vos me imponeis: obedezcamos á Dios: amemosles con todo nuestro corazon: troquemos los bienes infames, en bienes inocentes, y gloriosos. Solo el amor divino es capaz de romper nuestras cadenas, y procurarnos, obedeciendole, la dichosa libertad de hijos de Dios.

III.

Dios se abate, y no se avergüenza en pedirnos nuestro corazon; nosotros nos sublevamos, y no nos avergonzamos de negarselo, y dar la preferencia al mundo, que sabemos ser su mas irreconciliable enemigo. Un Dios rogando, y una

Cria-

Criatura rehúsando. ¡Que Espanto! ¡Que ternura! por una parte ¡que dureza, y desobediencia por la otra! ya nos solicita tiernamente como Padre, y como Amigo, y nosotros no le escuchamos: ya es un Soberano que pide con autoridad lo que le es debido, y nosotros le desobedecemos sin temor de incurrir en su desgracia. Que ciegos somos sobre nuestros proprios intereses! amando al mundo, no poseemos ni à Dios, ni al mundo: pero amando á Dios, sin duda le poseemos, y todas las cosas con él: así venimos à ser Dueños del mundo: digo mas, obedeciendo à Dios, que nos ordena le amemos, venimos á ser Dueños del corazon de Dios.

IV.

Vos quereis ¡ o Dios mio ! que os ame con toda mi alma, es preciso pues que ella os conozca: con todo mi corazon: es preciso que el os sienta, con todas mis fuerzas, es preciso, pues que me las deis, para con mis obras probaros mi amor. Conoceros ¡ ó mi Soberano Señor ! es el amor de entrendimiento : este es el préludio de vuestro Divino Amor, por que no se os puede amar sin conocer, ni se os puede conocer bien, sin amaros. Sentiros, gustaros, es lo delicioso del amor, es el amor del corazon, por que no se puede gustar quan amable Sois, sin experimentar dulzuras inefables: pero serviros por

in-

inclinacion, y por ternura es lo sublime del amor: es el amor de toda la persona: el conocimiento debe preceder al amor: los sentimientos, y la ternura del corazon deben acompañarlo: mas para obedecer exâctamente á toda la extencion del precepto del divino amor, las acciones deben ácreditar los sentimientos: así es Señor como yo quiero amaros.

V.

Conceded pues ¡ó Dios mio! luces á este entendimiento ciego para conoceros: conceded sentimientos á este corazon duro, y seco para gustaros: dadme fuerzas á mi todo entero para obedeceros, y serviros

por

por amor hasta el último suspiro de mi vida, y pues quereis que os ame, y así me lo ordenais, baxo la pena de condenacion eterna, dadme Dios mio lo que me mandais, pues nada puedo sin vuestro socorro, y ordenad luego todo lo que quisiereis: dad el precepto, y la fuerza para cumplir con el precepto: abrasadme con ese fuego divino, que siempre arde, y jamás se apaga, y hacedme hallar placer en obedecer á vuestras leyes.

VI.

Por muchos que sean mis deberes, uno solo tengo por cumplir, que es el de amar: todos los otros se reducen á este: entre una infinidad de ob-

objetos diferentes, que se presentan á mi entendimiento, y á mi corazon, no tengo sino uno que amar: ¡Ah! Señor que simple es mi Religion! que divina! y que facil es obedeceros! pues no hay mas que un precepto que observar. ¿Me lamentaré de la muchedumbre, y extension de las leyes que me imponeis, pues solo una tengo que seguir, que es la del Divino amor? ¿Me embarazaré en apartar, y escoger de entre objetos diferentes al que pueda amar, pues solo uno es verdaderamente amable, y el que yo debo verdaderamente amar? Este sois vos, ¡ó Dios mio! mas lo importante, y sublime de mi Religion, está en obedecer bien un precepto tan necesario,

y

y tan divino; es decir, en amar bien: este será en adelante el estudio de que haré mi capital: os amaré Señor, con todo el ardor de que soy capaz, sin tibieza, y sin descaecimiento, constantemente, y sin cobardia, soberanamente, y sin division, sínceramente, y sin hipocresia, eternamente, y sin interrupcion, con todo mi corazon, y sin alguna reserva, así obedeceré à toda la ley, llenaré todos mis deveres, y aseguraré mi salvacion.

CA-

CAPITULO QUINTO.

Quinto dia.

AMOR HUMILLADO.

I.

TENGO UNA GRANDISIMA confusion, decia un Santo Penitente, (*) de referir lo que soy, y no me atrevo à dar á conocer lo que no soy, porque soy lo que no debiera ser; y no soy lo que debiera, y lo que podría ser; bien conosco, no obstante, que aborresco lo que soy, que tengo horror à lo que hé sido, y que llevo siempre mi humillacion en mi mismo; pero gimo

(*) N. P. San Augustin.

gimo porque no me asemejo á lo
que amo, ó à lo menos à lo que
mi corazon debiera amar, y no
ama bastantemente. Borremos pues
lo que hemos sido con làgrimas
de un corazon contrito, y hu-
millado: esforcemonos á salir de
este estado en que estamos: salga-
mos de nuestra bajeza por la hu-
mildad, y el amor: trabajemos en
parecernos à quien debemos amar.

II.

¿Como puedo elevarme à Dios
yo que no soy mas que tierra, y
que cargo una carne rebelde, y que
no tira sino á la corrupcion? Mi
amor me transporta àcia el Cielo,
y mi carne me detiene, y abate

àcia

ácia la tierra: mi alma no quiere amar sino á Dios, y mi carne solo quiere amar al mundo: ¡ que humillacion esta para mi ! ¿ como podrè conciliar estos dos enemigos, que sin cesar se hacen guerra ? Consideraré esta carne como albañal de inmundicia, sin tener jamás para con ella alguna atencion, ó miramiento : la consideraré como un enemigo confederado siempre con el Demonio para perderme: si me veo obligado á alimentarla para que no perezca, yo sabrè muy bien tenerla en humillacion, y domarla para que no se subleve : por la dura servidumbre á que la reducirá mi humildad, la

haré à su pesar servir para testimonio de que amo á mi Dios.

III.

Agradar à Dios, lograr su estimacion, ser amado de Dios, participar de las gracias, y favores de Dios ¡ que dicha, que provecho, que gloria ! ¿ y como es posible que una criatura tan miserable como yo, pueda poseer estos tesoros, de los quales, la menor porcion vale mas que todos los de la tierra ? Vè aquí el secreto, y el medio ; no pende sino de tí ¡ O Alma mia ! El procurarte lo que deseas, aunque de ello seas indigna. Estoy seguro de agradar à Dios,

quan-

quando me desagrade à mi mismo: serè estimado de Dios, quando tuviere un verdadero desprecio de lo que soy: serè amado de Dios, quando me aborreciere como mi mas cruel enemigo: participaré siempre sus divinos favores, quando me creyere el mas indigno de ellos, y quando pusiere toda mi gloria en ser menospreciado, y padecer generosamente por su amor. En fin, serè exâltado por Dios, quando amáre la humillacion, y quando conociere mi nada: Abjecion, menosprecios, padecimientos, humillaciones sereis en adelante mis delicias, pues que por vuestro medio he de alcanzar las complacencias, la amistad, la estimacion, los fa-

favores, y el goze, ó posesion de mi Dios.

IV.

Haber vivido tanto tiempo sin amaros, ¡ó mi Dios! que materia de humillacion! Haberos por tanto tiempo, y tan amenudo ofendido: haber tenido una vida tan cobarde, y disipada: ¡que gran motivo para confundirme, y para abatirme hasta el centro de la tierra! ¿Donde estuviera yo si vos no me hubierais amado mas de lo que yo os he amado, y si me hubierais castigado quando os hacia resistencia? ¡Ay de mi! yo seria al presente la víctima desgraciada de vuestras venganzas eternas. Yo debia pedecer por quanto no os amaba,

y

y es vuestro amor quien me ha conservado. Vos disimulabais mis ofensas, y yo las multiplicaba. Vos conteniais vuestra justicia, y yo no apartaba de la iniquidad mi mano pecadora; yo era todo de yelo para vos, y vos erais todo de fuego para mí; yo huia de vos, y vos seguiais à esta nada infeliz armada contra vos, à quien vuestra justicia devia mil veces destruir: yo os hacia padecer, yo os crucificaba, y vos preparabais dichosos momentos en que tocarme el corazon. ¿Que otra cosa puedo hacer pues, sino humillarme, confundirme, aniquilarme, gemir, y ver mis miserias? Esto no es bastante Señor; aunque no soy sino polvo, tierra, è inmun-

di-

dicia no cesarè de amaros; y me humillarè para hacerme digno de amaros, y os amarè para aprender á humillarme como devo.

V

Te amè con una caridad perpetua, dice el Señor por el Profeta Jeremias: te hé atrahido á mí, porque he tenido compasion de tus miserias. ¿ Es vuestra voz? ¡ O mi Dios! la que oygo en este oráculo de amor, y de ternura ? ¿Vuestro corazon, mas que vuestra boca, es quien habla, ò pide mi corazon? ¿ Quien soy yo, ò Señor, para atraher de vuestros ojos una mirada de compasion ? Un gusano de la tierra, una nada viviente,

un

un lodo animado; mas este lodo ha sido amasado por vuestras manos adorables; yo estaba perdido en el mismo acto de nacer, y vuestro amor me atrajo por el Bautismo: yo estaba perdido, y me habia tornado al mismo cieno de la tierra por los pecados cometidos despues de mi Bautismo, y vuestro amor me atrajo à la penitencia. No me perderé ya mas, ó mi Dios: habeis vuelto Señor á traher sobre vuestros hombros esta obeja que estaba descarriada, y que seria infaliblemente perdída, á no mediar vuestros cuidados, y vuestro amor. ¡O Pastor lleno de ternura, y caridad¡ no me descarrearé jamàs; si lo vuelvo á hacer; ¡Hay! mi Dios! no

me-

merecerè ser de vos otra vez solicitado.

VI.

Quando me hubierias castigado; ó mi Dios! al punto, y desde la primera vez que di mérito para ello, no habria sido, quando mas, sino una miserable criatura, de quien vuestra justicia hubiera purgado al mundo, y al cristianismo, donde no merecia tener lugar; y vos no serias ni ménos grande, ni ménos justo, ni mènos feliz, pues yo no soy, sino *Nada*, y solo merezco suplicios eternos. A vos pues, ¡ ó Bondad infinita! debo mi felicidad, mi conversion, mi reconciliacion, mi penitencia, mis làgrimas: vos me habeis libertado del Infierno, y

dado

dado la esperanza que tengo de lograr el Cielo. Bondad infinita, sin vos seria consumido, y ardería en el Infierno por una eternidad entera sin esperanza, y sin recurso: èste sentimiento me penetra, èsta verdad me confunde. ¿Seré tan desdichado, que despues de esto no me humillaré delante de mi Dios? ¿Seré tan ingrato que no le à me con todo mi corazon?

CAPITULO SEXTO.

Sexto dia.

AMOR DE CONFIANZA.

I.

QUERER SIEMPRE TEmer vuestra Justicia, ¡ó Dios mio

mio! sin confiar en vos, no es amaros: es vivir siempre entre turbaciones, y espantos. ¿Mas yo que soy pecador, no deberé ver siempre vuestra mano omnipotente armada de rayos, y pronta à castigarme? Yo lo confieso, ¡O Dios de Justicia! Yo debo temer, porque os hé ofendido, pero vos quereis que os àme, y confie en vuestra bondad, porque soy el precio de vuestra Sangre: estas dos idéas saludables me tocarán de continuo: unas veces veré el abismo de vuestra colera sobre mi cabeza, otras veces el abismo de vuestra bondad; unas veces baxaré (mientras viva) en espíritu al Infierno, para ver allí el fuego eterno que tenia

nia merecido; otras veces subirè con confianza à vuestro adorable corazon, para encontrar allí el asilo, y gustar las delicias de vuestro amor; pero mi confianza sobre pujará siempre á mi temor, como vuestra bondad se adelanta à vuestra justicia: yo prevendrè esta justicia castigándome á mi mismo, y contentaré la inclinacion de mi corazon satisfaciendo las inclinaciones del vuestro.

II.

¿ Que medio habrá, ó Dios omnipotente, para escapar de vuestra justicia, quando se le ha ultrajado tantas veces como yo lo he hecho? ¡ Hay de mi! No conozco otro medio que el de confiar en vuestra bon-

bondád, y arrojarme en los brazos de vuestra misericordia: mi alma pecadora, entre estos dos tribunales, teme el primero, porque de el no puede esperar sino sentencia de muerte: ella corre al segundo, que es su único recurso, y asilo: Vos teneis, Señor, un abismo de Justicia, y de Juicios: esto me hace temblar: quiero ponerlo todo en practica, làgrimas, sí, penitencias, y sollozos, para no caer en él. Mas teneis tambien un abismo de bondad, y misericordias: dichoso yo si puedo entrar de suerte que no vuelva á salir de él: feliz yo si logro anegarme en la Sangre de Jesu-Christo, de la qual està lleno ese abismo. Tu debes temer, ó Al-

ma mia, porque has ofendido á tu Dios, pero áma temiendole, y satisface amandole; esto es lo mas seguro, y lo mas dulce.

III.

Mi corazon, y mis labios, os alaben sin cesar, ¡ó Dios de bonbad! decia el Profeta Rey, porque vuestra misericordia es mejor que la vida. ¡Ay de mi! Vivir sin amor, y sin confianza en vuestras misericordias, no es vivir sino morir: estaría muerto sin vuestra bondad; no estoy vivo al presente sino por ella, y morirè luego que cese de amaros, y confiar en vos. No, no morirè aunque merezca mil muertes, porque ya comienzo à amaros,

ros, y à aborrecerme: comienzo à confiar en vos, y à desconfiar de mi, y estoy resuelto à hacerlo así hasta el suspiro último de mi vida.

IV.

¡Que! ¿No tengo materia para temer? ¿y que puedo esperar yo, cuyos pecados son en tan grande número? No obstante, todo lo espero, y nada temo con tal que áme, y satisfaga: estas dos prácticas serán las fiadoras de mi confianza; y la divina bondad será el motivo: porque aunque sean extremas mis miserias, se que la divina misericordia las supéra, porque ella dimana de su amor, que es el mismo Dios. Pero ¡ó alma mia!

No

No insultes ya mas á esta misericordia, para que tu confianza no degenére en presuncion: conoce tus miserias, que son tan visibles, è implora sus bondades con un corazon contrito, y humillado: Vuelve à entrar en su seno con una tierna confianza; ella te extiende sus brazos y te ama; àmala tambien: ella te abre todo el corazon, ábrele tambien el tuyo: sostén tu confianza por la penitencia, anímala por el amor, y jamas sepáres estos dos importantes deberes.

V.

Dios es Caridad, dice el amado Discipulo, segun lo aprendió de la boca, y sobre el corazon de Jesu chris-

Cristo: *El que habita en esta Caridad, añade, habita en Dios, y Dios en él,* ¡Que Oràculo éste tan dulce ! que suave es al oyrse! que agradable al sentirse! èl disipa todos mis temores, y me inspira confianza ¿Que puedo temer si tengo á Dios en mi corazon, y si habito en el corazon de Dios? ¿ Quien podrá ser tan temerario, que se atreba á insultarme ? ¿ Podré perecer en este asílo, en esta fortaleza? Ah ! Si Dios es caridad, ¿Hay cosa mas grande, y mas sublime que la caridad? ¿quien será mas fuerte que el que la practíca? Si esta caridad hace habitar à Dios en nosotros; !que divino huesped atráhe ella à nuestros corazones ! finalmente, si por esta caridad habíto en

el

el corazon de Dios; que magnifico Palacio! ¡Que Augusto Santuario! ¿Donde podré estar en mayor seguridad contra todos mis enemigos? Atraigamos á Dios à nuestros corazones, si queremos no temer cosa alguna: moremos en el corazon de Dios, que ésta es obra de el amor perfecto, y desafiemos despues al cielo, á la tierra, y al infierno.

VI.

El costado adorable de mi Jesus está abierto: solo pende de mí, con la ayuda de su gracia, entrar en él, y no salir de allí jamás. La llaga fuè hecha en el Cal-

vario, mas bien por las manos de su amor, que por las de sus verdugos: vuestro corazon se dexó herir por mi, ¡O mi Salvador! por el exceso de vuestra caridad, y por la lanza de vuestro amor: por esta sagrada amargura me disteis un motivo de confianza, y un lugar de seguridad: abristeis paso á las efusiones de vuestro amor, para destilarlo continuamente sobre nuestros corazones, y disipar todos nuestros temores: nos abristeis finalmente, una franca entrada à vuestro corazon, para recibirnos en èl, y darnos un eterno asílo.

CA-

CAPITULO SEPTIMO.

Septimo Dia.

AMOR DE ENTENDIMIENTO.

I.

AUnque el divino Amor parezca pertenecer mènos al entendimiento, que à la voluntad, no obstante, tiene parte el entendimiento en esta funcion, y está obligado á amar á Dios en su manera; por que si yo estoy obligado à amar á Dios con toda mi alma, mi entendimiento està incluido por consiguiente en èste precepto, por ser èl una de sus facultades: èl concurre en efecto de

dos

dos maneras, meditando, y humillandose; esto es lo que constituye el verdadero amor del entendimiento: él medita los favores, y beneficios de Dios, y los muestra á la voluntad para hacerselos sentir: la estimacion, y avaluacion se hace en el entendimiento: el agradecimiento, y sentimiento en la voluntad: éste amor de estimacion, vale tanto como el de ternura: al entendimiento pentenece apreciar el mérito, y el valor, dando á Dios la preferencia sobre todas las cosas. En segundo lugar, el entendimiento se sugeta humildemente à los órdenes de Dios: sométe sus luces, sus miras, sus conocimientos: esta sumision es un sacri-

crificio, y èste sacrificio es un verdadero amor: èstas seràn, Dios mio, las funciones que harán la principal ocupacion de mi entendimiento; y supuesto que es tan dichoso, que puede amaros, tanto como mi voluntad; no pensará sino en vos, y solo meditará en vuestras eternas verdades para amaros, y tener con que fomentar los afectos de mi voluntad: él os obedecerá, y sacrificará sus propias luces, para haceros un holocausto de amor.

II.

Para amar á Dios como debo, me basta consultar á mi entendimiento, con tal que èl me hable

como

como christiano, y segun los grandes principios, que Dios le ha revelado: mi razon en efecto me enseña, que nada hay mas perfecto, ni mas amable que Dios; que debo amarle, por haberme él amado primero, y dado todo quanto tengo: si mi entendimiento se dexa convencer de esta verdad, mi amor aclararà bien presto á mi razon, y le ayudará á descubrir hechizos nuevos, que todavia no conocia, en este objeto infinitamente amable: mi razon natural, iluminada, é inflamada por este amor superior, y sobrenatural, se elevarà nuevamente, y todo lo que en ella hay de grosero, y de terrestre perecerá; dice el Padre San Agustin: despues,

se

se transformará en afecto, y serà confundido felizmente mi entendimiento con mi voluntad; y mi conocimiento con mi amor: ambos serán ilustrados con unas mismas luces, y abrasados con un mismo fuego: amaré para conocer, y conocerè para amar. Si siempre os hubiera amado como devia !O Dios mio! ¡ quanto se abriа purificado mi razon, que ahora es toda carnal ! ¡ quanto se abria ilustrado mi entendimiento, que todavìa esta embuelto en tan espesas tinieblas!

III.

Si un hombre me hiciera mil protestas de amistad, de buenos servicios, y de afecto, pero pregun-

ta

tado si pensaba á menudo en mí, y solicitaba mi presencia quando podia lograrla, respondiera, que ni lo uno, ni lo otro hacia; lo tendria con razon por falso amigo: por que no pensar, ni estar presente á lo que se ama, es una manera monstruosa, quimérica, y estravagante de amistad, cuyo nombre no merece, por ser mas bien una verdadera indiferencia. ¿Como pues, ó Dios mio, podré protextaros que os amo, si pienso menos en vos, y os tengo menos presente que á las criaturas, y al mundo? Yo las he amado mas que á vos, ¡que ceguedad, é injusticia de mi entendimiento, que podria entretenerse, y alimentarse con las delicias de lo

que

que debia, y podia amar unicamente!

IV.

En el órden de la gracia, como en el de la naturaleza, precede siempre al amor de la voluntad el aprecio del entendimiento. La voluntad no se va, sino á lo que le presenta el entendimiento, como bueno, perfecto, y amable. Es menester que el entendimiento lleve delante de la voluntad una antorcha, que le aclare, y descubra las bellezas del objeto que debe amar: aquel es por consiguiente el principio del amor, y el orígen de nuestras propensiones, é inclinaciones. No hay caridad sin fé en el òrden de la gracia, como en el de

la naturaleza no hay amor sin conocimiento. Hay con todo, esta enorme diferencia, que el amor de las criaturas ofusca la razon, y la ciega: el falso hechizo de aquellas obscurece el bien verdadero; y las pasiones de la concupiscencia trastornan al entendimiento, como dice el Sabio. Al contrario, el amor Divino ilumina nuestras almas, dirige nuestros pensamientos, fija nuestra inconstancia, y ligereza, purifica nuestros conocimientos, y aumenta nuestras luces.

Reconoced, pues, aqui mortales vuestra flaqueza, é indigencia; Quereis conocer mas perfectamente á vuestro Dios? Repetidas veces elevaos, y redoblad vuestro amor ácia él comprended

al

la extrema necesidad, que de la caridad teneis; y para acercaros mas á este manantial admirable de fuego, y de luz, haced à vuestro Dios el sacrificio generoso de esos conocimientos humanos, que nada son, si se compàran con los que lograreis en este Occeano inagotable de luces: si las deseais puras, esentas de errores, y mentiras, solicitadlas unicamente entre las llamas de una fé viva, y animada por la Santa Caridad.

V.

No puedo amar á Dios como, debo sino tengo voluntad, pero esta tampoco puedo tenerla, sino tengo entendimiento: pero un entendimiento dòcil, sumiso y aplicado

do: èstas potencias mutuamente se ayudan: la voluntad comunica al entendimiento sus ternuras, lo inflama, y dà uncion à sus luces, las que, de otra suerte, no producirian tal vez, sino ceguedad, orgullo, y vanidad: mas èsta voluntad tiene tambien necesidad del entendimiento para que la dirija en su amor, como que està expuesta à engañarse, y dar en el delicado lazo del amor proprio: para evitar esto, el entendimiento corrige sus miras, y movimientos peligrosos, purifica al mismo amor proprio, lo elèva, y le dá, mediante sus luces, el fin conveniente hasta confundirlo con el mismo amor de Dios.

Quan-

Quando mi voluntad pregunte á mi entendimiento, ilustrado con las luces de la gracia, qué cosa es amarse verdaderamente asimismo, él la responderá, que es desear su bien, y temer su mal, que es solicitar su verdadera dicha, su placer, su elevacion, y su propia utilidad. Quando mi entendimiento dé á todos estos movimientos el debido fin, entónces, sin dexarme de amar á mi mismo, ámaré à mi Dios con toda mi voluntad.

VI.

No puedo amar à Dios perfectamente, sin que mi entendimiento se acerque á Dios, tanto

como

como mi voluntad. No puede mi entendimiento acercarse á Dios, sin que sea abrasado, è ilustrado juntamente, por que Dios es luz, y fuego. Luego que es ilustrado por Dios, èl comprehende: entònces, lo que há sido le hace gemir: lo que debe ser le hace tomar la resolucion de hacerse tal en efecto: asì muestra á la voluntad lo que debe amar, y èsta recíprocamente le hace gustar á èl, y sentir por reflexion su dulce calor. La fuerte persuasion en que està el entendimiento, de la necesidad de amár, determina á la voluntad à hacerlo, comunicándola sus luces todas, y ella se las retorna mas puras, como que han

sido

sido depuradas en el fuego del amor. Estas dos potencias, no cesando en el comercio de luces, y amor, se socorren mutuamente; y perseverando siempre de acuerdo, resulta un perfecto conocimiento, y un perfecto amor de Dios. Ilustrad, pues mi entendimiento; O Dios mio! pero igualmente abrazad mi voluntad, de suerte que ni aquel se exercite sino en conoceros, ni èsta sino en amaros

CAPITULO OCTAVO.

Octavo dia.

AMOR DEL CORAZON.

I.

DIOS SE MUESTRA MAS zeloso de nuestra voluntad, que de nues-

nuestro entendimiento. El permite algunas veces á éste ocuparse en el conocimiento de las criaturas, pero á nuestra voluntad le prohibe amarlas. ¿Por qué ha puesto Dios limites tan estrechos á nuestra voluntad, habiendo dado una mas amplia livertad á nuestro entendimiento? Entiendo Señor, que esto es porque el conocimiento no siempre emponzoña al entendimiento, sino que al contrario, la contemplacion de las cosas visibles nos lleva freqüentemente á conoceros: se conoce por ellas el mèrito, la grandeza, y omnipotencia del Criador: pero al contrario, tengo muy funéstas experiencias, de que el amor de las criaturas ha llevado quasi siem-

pre

pre la corrupcion á mi corazon, pues él lo conmueve, lo disipa, lo distrahe, y divide, siendo así que solo á Vos debe amar.

II.

¿Porqué mi entendimiento, que es tan limitado, se esfuerza tanto, por una presuntuosa, y vana curiosidad, á conocer á Dios mas de lo que le es permitido, y no llama á la voluntad en su socorro? Mientras mas esfuerzos hiciere por sí solo, ménos conseguirá su intento; no logrará otra cosecha de sus solicitudes injustas, que la ignorancia, error, sequedad, y vanidad: vuestro amor, Dios mio, decia S. Agustin, me enseña un medio se-

gurísimo, y un camino cortísimo para llegar á Vos: dexaré obrar á mi corazon, el qual sin duda os poseerá si os ama: amar, y poseer, vale mucho mas que conocer solamente, y yo os conoceré siempre con tal que os ame.

III.

En una alma que aspira á la perfeccion de su estado, el entendimiento, estando suficientemente instruido sobre sus deberes, conviene que ceda á la voluntad: la curiosidad al amor: la luz al fuego, y la especulacion al sentimiento, quando se digne Dios hacer tal gracia. Sin duda que los actos de la voluntad son mas exquisitos,

que

que los del entendimiento: son mas vivos, mas nobles, mas sublimes, y mas dulces: el sentimiento de la voluntad incluye fuego, y luz juntamente. No quiero pues dar oydos á mi entendimiento, sino quando lo vea seguir las impresiones de mi amor, y los movimientos de mi voluntad. Estoy seguro de que tendrà mi entendimiento luces abundantes, quando mi voluntad áme à Dios con toda su capacidad.

IV.

Me es muy vergonzoso, ¡ó Dios mio! no haber dado lo suficiente á mi razon, por haberle querido dar demasiado, y por el contrario, ha-

haber dado casi nada á mi corazon, que anhelaba al todo; deseo, que habria sido satisfecho, consagrandoos enteramente su amor. Mi razon há querido saber demasiado, y no lo há conseguido: mi corazon no há querido amaros como debia, porque há amado mucho á la criatura: no obstante podia hacerlo por que Vos lo queriais, y con tal que él tambien lo quisiese, le dariais todo lo que le faltaba para amaros como debia. Corazon ciego, ¿todavia no entiendes quales son tus verdaderos intereses? esfuerzate á amar á tu Dios; dirije ácia èl todas las ternúras que eres capaz de sentir, y seràs verdaderamente feliz: lograràs el mayor de todos los bie-

bienes: sentirás la mas pura, y deliciosa de todas las complacencias: trabajarás con menos pena, y tendrás el acierto mas dichoso. Mi corazon, pues, os amarà ò Dios mio; porque Vos se lo mandais, y como en mandarselo no quereis sino su bien, se asegura de que hà de hallar lo que busca; há de agradar al que ama, y ha de conocerle y poseerle, pues Vos sereis todo suyo, quando èl fuere todo vuestro. ¿A que puedo yo aspirar que me sea mas ventajoso?

V.

Hay una Imágen natural de Dios escondida en el corazon del hombre en quanto racional, y hay

otra

otra sobrenatural en èl mismo en quanto christiano: el amor es el obrero y el Pintor de ambas; buscando con cuidado las dos, es preciso que se encuentren: porque tengo corazon, soy racional, y lógro la dicha de ser christiano: las solicitaré pues, para darles nuevos rasgos de semejanza con su original, por un amor mas ardiente, que aquel con el qual he amado à mi Dios, hasta el presente. ! Ay de mi! que tengo motivo para temer, que esa imagen se haya borrado, ó manchado por las inmundicias con que mi corazon ha sido inficionado ¡ Ay ! que en lugar de este fuego escondido no hallo mas que lodo, y sentimientos terrenos ! Ayu-

dad-

dadme Señor à encontrar con vuestra Imàgen; ayudadme à repararla; y concededme que os ame tan perfectamente, que quando ya en mi por el amor, se haya del todo restablecido, no vuelva jamas à mancharla.

VI.

La mas dificil, y gloriosa de todas las empresas, es la reforma del corazon: solo el Amor Divino puede emprenderla, y concluirla: entrémos en este corazon, y veremos que hay que trabajar mas en él, que lo que pensamos: alejemonos del amor proprio, que nos impide conocerlo, y reformarlo, y veremos luego todos los dobleces que

lo

lo desfiguran á nuestros propios ojos: lo veremos abatido por la pereza, hinchado por el orgullo, ya disecado por la envidia, ya seducido por los placeres, y ya alucinado por el falso resplandor de la vanidad. ¡A vos toca Señor! darme un nuevo corazon, ò ayudarme à reformar el que tengo: èl serà reformado quando fuere segun el vuestro: ésto no podrà suceder mientras èl no sea corazon de hijo para Vos, corazon de madre para el proximo, y corazon de juez, y de enemigo para mi mismo.

* * *
* * * *

CA-

CAPITULO NONO.

Noveno dia.

AMOR DE ESTIMACION.

I.

TEMO LA MUERTE, POR que es una cruel separacion del alma, y cuerpo, y una decision terrible de la eternidad dichosa, ó infeliz. Temo los Juicios de mi Dios, porque son sin apelacion. Temo el Infierno, porque es el lugar de suplicios, de tinieblas, y de horror. Temo la compañia de los Demonios, porque son crueles, y espantosos. Temo el fuego en que arden los condenados, porque jamàs se apagarà. Temo el gusano de la conciencia, porque nunca morirá: pero ¡ O Dios de amor, y misericordia! infi-

ni-

nitamente mas temo el perderos, y ser separado de Vos, por que os amo, y estimo mas que a todas las cosas del mundo, mas que á los bienes, mas que à los honores, mas que à los placeres, mas que à mi vida, y mas que al Cielo mismo; por tanto; estoy persuadido, á que la mayor desgracia, que me puede suceder, es ser alejado de Vos. Dolorosa, y cruel separacion; tu eres todo mi temor, y no hay suplicio que pueda serte comparable. ¿ Quieres, ó alma mia, no ser separada de tu Dios en la eternidad ? Gime el haber estado tan freqüentemente separada de él en este mundo por tus pecados : gime el no haber estimado bastante el bien que perdias

se-

separandote de él: acercate á esta suma bondad otra vez, y no te apartes de ella jamás.

II.

Quanto mas conozco à la criatura, tanto mas se empeña mi razon en aborrecerla: no puedo estar mucho tiempo junto á ella, sin descubrir su flaqueza, su impostura, y su nada; quando ha tenido mi corazon la desgracia de dexarse sorprender, se ha disgutado bien presto, porque mi entendimiento nada ha descubierto allí, que sea digno de su aprecio: y como por el contrario, los defectos que nota sobrepujan demasiado las brillantes qualidades que lo habian deslumbrado, desde luego vuelve á poner-

se en razon, se desagrada, y suspende su estimacion, la que por lo comun, degenera enménos precio. No sucede así con Vos; ó Dios mio! Mientras mas mi entendimiento se aplica á conoceros, mas impelido se siente mi corazon à amaros: os compáro á las criaturas, y veo que valeis infinitamente mas que ellas: esta comparacion, aunque odiosa en algun sentido, produce en mi corazon un amor apreciativo, un amor de preferencia, y un amor de estimacion. Si Señor: yo apreciarè en adelante el objeto de mi amor, y à mi amor mismo, que sois Vos, mil veces mas que à todas las criaturas, y todos los tesoros de la tierra; y aun quando los poseyera,

qui-

quisiera mucho mejor perderlos para siempre, que carecer un momento de vuestro amor.

III.

Es cosa vergonzosa en el hombre el vivir, y no saver conocer ni amar, habiéndole Dios dado un entendimiento, y una voluntad capaces de lo uno, y de lo otro; pero no le es menos ignominioso, el no saber apreciar las cosas segun su justo valor; el estimar lo que es digno de menosprecio, y menospreciar lo que merece toda su estimacion, y amor. Ha mucho tiempo que el Espíritu Santo le hecha al hombre en cara este baldon: *infeliz de tí*, le dice por un Profeta, *que*

das

das el nombre de bien al mal, y el de mal al bien: conozcamos ahora, y amemos, pues, es Dios lo quiere pero procuremos discernir bien la qualidad del objeto, àntes de darle nuestra estimacion, pues todo pende de esta eleccion tan importante à nuestra dicha: no amemos sino lo que podemos amar sin pecado: no amemos sino lo que podemos amar sin avergonzarnos, y sin degenerar: no amemos sino lo que podemos amar eternamente, lo que nos puede hacer perfectamente felices, y lo que jamás nos pesará haber amado perfectamente: pero sobre todo, no amemos sino lo que es digno de toda nuestra estimacion, y amor. Este sois Vos solo! ò Dios mio!

mio! todo lo demas no merece ni la aplicacion de mi entendimiento, ni la ternura de mi voluntad: lo renuncio todo, excepto à Vos solo, pues sois para mí el mas cumplido todo.

IV.

¡Ha Señor! que grande infelicidad es no saber lo que Vos valeis ¡Ha! y que crimen tan atroz es saber, que valeis mas que todas las cosas del mundo, y no estimaros segun se debe, y se puede, sino por el contrario, negaros la estimacion y amor, por entregarse á las criaturas! Corazon ciego, abre tus ojos à las luces de la fè, y à tus proprios intereses: entónces sabràs, que un momento de amor de Dios va-

le mas, que el de todas las criaturas: sabrás, que una simple mirada de sus divinos ojos, vale mas, que las caricias de todo lo que tiene ser: sabrás, finalmente, que una sola gota de su Sangre vale mas, que todos los tesoros del mundo: piensa esto: siente esto, y obra conforme à ello.

V.

¿Porquè razon el amor de la criatura, que encanta y lisongea desde luego, causa tanto despues, y se desprecia al fin lo que fuè amado con tanto ardor en el principio? ¿Y porquè los Justos y perfectos jamás se cansan de amar á Dios, y quanto mas le aman, mas desean amarle? La razon es, porque en

el

el fondo del corazon del hombre, hay un sentimiento del verdadero mérito; este pone en balanza, y toma el peso à quanto se le presenta: por esto, quando obra el corazon sin ser sorprendido, alucinado, ò seducido, se va tras de el verdadero mérito, le hace justicia, y se le une: mas quando este corazon, se hà dexado manchar, pierde ese discernimiento, para el que ha menester una grande pureza, y justicia, y pierde juntamente ese fondo de equidad. La criatura es la que le roba al corazon ese noble sentimiento, colocando en su lugar una malignidad ciega, que todo lo convierte en veneno, y hace al corazon incapaz de dar á Dios su esti-

macion, por estar ya entregado en otra parte. Sostened en mí, Señor, este discernimiento, que me distéis: haced que sienta, y conozca mas, y mas lo que valéis, para que no ame, ni estime sino á solo Vos.

VI.

Amarse asimismo, y no tener otro fin que asi mismo, no es amarse, ni estimarse. Este amor tan irracional es incompatible con el amor de Dios. Conozcamos lo que somos, y tendremos horror, y desprecio de nosotros mismos, y convendremos en que estamos cargados de principios de muerte, tanto como toda las demas criaturas ¿ En que está el placer de amar la muerte, y á quien

la

la lleva en su seno ? Solo Vos Dios mio, me sois principio de vida: no debo pues estimar, y amar en mí, sino á Vos solo, como que solo vivo quando os amo.

CAPITULO DECIMO.

Decimo dia.

AMOR TIERNO.

I.

EL AMOR DE TERNURA, que nos lleva á Dios, es un encantadora dulzura, dice un Padre, (*) causada por un intimo gusto, y así quanto mas ardiente es el amor, es el gusto mas esquisito, y mas sensible la dulzura. Mas? de donde proviene, ó Dios mio, que yo no os guste, ni os

(*) S. Bernard.

sier

sienta? Es sin duda, porque mi corazon ha solicitado dulzuras agenas de vuestro amor, y porque se ha enternecido demasiado con los objetos criados. Renovad pues Señor, exclamaba San Agustin, el Palacio interior de mi corazon, arrojad, arruinad, y acabad para siempre todas las sensibilidades profanas que hay en él: purificadlo, y hacedlo digno de no gustar jamas otra dulzura, ni sentir otra ternura que la de vuestro divino amor.

II.

Los temores de vuestra justicia me oprimen, al pensar que hè merecido ser víctima de su rigor: reformadlos ¡ ó mi Salvador! por la efusion de vuestro amor. Soy tan fla-

co, que necesito sentir algunas veces que os amo tiernamente, para sostenerme entre los espantos, que me causa vuestro enojo, y los que me produce mi propia cobardía: desterrad de mi corazon este temor servil y congojoso, que camina con la triste luz de vuestros relampagos, y rayos: poned Señor, en su lugar un temor respetuoso, tierno, filial, y casto, ò mas bien un verdadero amor, que saque lágrimas de mis ojos, y sollozos de penitencia de mi corazon. Quiero mucho mas temeros, y amaros como à mi Dios, como à mi Padre, y como à mi Salvador, que temeros solamente como à mi Juez: quiero mucho mas dexar de ofenderos, y

desa-

desagradaros por el motivo de una verdadera ternura, que temer como esclavo solamente los castigos de vuestra Justicia.

III.

Gusta, gusta, ó alma mia, embriagate con la inefable dulzura del amor de tu Dios. (*) Sumergete toda entera en este Occeano de castas, é inocentes suavidades: llénate, gusta, goza, nada temas: es este un Mar sin fondo, que jamas se agotará: ésta celestial dulzura no cesarà de inundarte con sus delicias, sino quando te disgustares con ellas; ni podrás jamàs caer en tal disgusto sino por sola su culpa. Si àmas los placeres, mira que son muy deliciosos los

(*) S. Agust.

que

que Dios presenta á tu corazon, àmalos, solicítalos, entrégate totalmente á este placer santo, que lejos de corromper consagra: estos son unos placeres puros, y permanentes, que jamàs te faltarán, mientras tu los amàres, y te hicieres digna de sentirlos.

IV.

¿Que harè, ó Dios mio, quando este miserable corazon, que traigo conmigo, se hallare insensible para Vos, y destituido de toda ternura, como suele estar muy frequentemente por su culpa? ¿Que haré para atraher sobre esta tierra ingrata esas lluvias de bendicion, y ese celestial rocio, que la hace fecunda en deseos, en movimientos,

y

y en suspiros llenos de ardor àcia aquel aquien debe amar unicamente? Recurriré al temor, que no dexa de conducir al amor verdadero, quando es gobernado, y sostenido por la gracia. Os temeré desde luego como á mi Dios, como á mi Soberano, y como á mi Juez: os temere, pero amandoos juntamente como á mi Padre. Finalmente, yo llegaré por estos grados á amaros unicamente, puramente, y tiernamente como à mi Salvador, y á mi Esposo. Mas como por mi no puedo ni temeros meritoriamente, ni amaros tiernamente sin vuestro socorro, yo os suplico tengais à bien concedermelo.

Vos

V.

Vos me habeis amado siempre, me amais todavia, y quereis que os ame: èstas tan dulces verdades me suspenden, y elevan, ¡ O mi admirable Salvador ! no puedo leerlas atentamente en vuestros divinos Oraculos, sin que me enternezcan, ni me las puedo repetir, sin sentir otra vez un placer nuevo. Sì Señor, Vos me amais ¿ Podrè poner duda en esto, teniendo recibidos tan tiernos testimonios de ese amor ? Vos me habeis criado: soy imàgen vuestra, y obra de vuestras manos: Vos me habeis rescatado : Soy el precio de vuestra Sangre, y estoy rociado, y marcado con ella: si Vos no me amá-

amàrais, ni me habriais hecho copia vuestra formandome, ni os habriais entregado à la muerte por darme vida.

VI.

Derramad vuestros corazones en su presencia, dice el Profeta: Mas ¿como, ó Dios mio, podre derramar mi corazon? La efusion propiamente, solo puede hacerse de lo fluido, y tierno, y mi corazon es mas duro que la piedra del desierto: nada hay en èl de fluidez para ser derramado, pues està tan seco como una tierra ingrata, que nunca ha sido regada. Yo entiendo Señor, que Vos quereis que os ame con tanta ternura, que mi co-

razon se rompa, se disuelva, y derrita en llanto, y que mis ojos se derramen liquidados en lágrimas de amor, y ternura en vuestra presencia. Yo deseo Señor, esto mismo, pero conociendo que todo lo dicho es un puro don de vuestra misericordia, os suplico ablandeis, enternezcais, y liquideis este corazon, que hasta lo presente hà sido muy insensible para Vos, y muy sensible para las criaturas, y para mi mismo: concededme la gracia de que lo derrame mil veces al dia en vuestra presencia por làgrimas de penitencia y amor.

* * * * * *

CAPITULO ONCE.

Undecimo dia.

AMOR FUERTE.

I.

ES UNO FUERTE CON DIOS, para Dios, y á un contra el mismo Dios, quando le ama fuertemente, soberanamente, y sobre todas las cosas. Por grande, Omnipotente, é invencible que sea, el amor lo inclina, lo humana, casi se le sobrepone, lo desarma, y triunfa de su corazon, dice un Padre. (*) Es cosa que espanta, el que el amor fuerte tenga el poder de desarmar aquel brazo ya preparado à arruinar al Pecador, de hacerlo, por de-

(*) San Bern.

decirlo así retractar sus Decretos, y pasar al Reo del formidable tribunal de su Justicia al de su Misericordia ¿ Que añadirè à esto, ò mi Dios, para abastecer à mi corazon de poderosos motivos de amor? sino que conozco al presente, que por el amor, vuestra grandeza suprema se ha abatido: vuestra plenitud infinita se ha derramado vuestra eterna soledad se ha asociado: vuestra Magestád formidable se ha familiarizado con las criaturas, y que por la fuerza del mismo amor, puede la criatura subir hasta Vos, y tiene el privilegio inestimable de entrar hasta en vuestro corazon, sin temor de ser de allí repelido.

Un

II.

Un Christiano, que ama à Dios sin debilidad, no cuenta con los socorros humanos, sino con solo Dios, que es Dueño de los mas grandes acontecimientos: fortificado con su solo amor, consigue todo lo que deseaba: triunfa de todo, y nada le puede resistir. No hay afliccion que lo abata; no hay suceso desgraciado que lo acobarde; no hay contratiempo que lo desconcierte; no hay dificultad que lo detenga; no hay trabajo que le ponga temor, y no lo emprenda; no hay obstáculo que no supère; no hay riegos que lo espanten; ni placeres que basten à seducirlo, y

cau-

causar el menor detrimento à su amor. En vano el mundo se esfuerza à abatirlo con lo que tiene de mas temible, ò à corromperlo con lo que tiene de mas lisongero, porque siempre encontrarà en èl un hombre intrepido en medio de sus tempestades; prudente entre sus escollos: nada es capaz de apagar, pero ni aun de debilitar su fuego, pues Dios lo excita, Dios lo impele y su amor es toda su fuerza.

¿Que has hecho tu por Dios, ó alma mia? donde estan tus victorias sobre tus mayores pasiones? donde estàn los enemigos que has aterrado con la fuerza de tu amor, donde estàn los trabajos que has padecido, y los tormentos que has tolerado por su

Glo-

Gloria? Apesar de todas las protextas que has hecho de valor, fortaleza, y amor, los menores peligros te han espantado, el menor trabajo te ha descaminado, la menor adversidad te há abatido, y tu pretendida fuerza no ha durado sino hasta aquel punto en que debia comenzar à ser exâminada, y probada: ¡muy debilmente has amado pues á tu Dios, ó alma mia!

III.

No hay hombre que no tenga su débil por donde el Demonio habra camino à su corazon para llevar la corrupcion: este débil es la imperfeccion dominante, y es la materia mas ordinaria de sus guerras,

Es

y combates, y debe ser tambien la de sus precauciones.

Es cosa que asombra ! o Dios de fortaleza ! el que vos tambien tengais vuestro debil como la Criatura: mas vuestro Apostol me enseña, que ese debil vuestro es mas fuerte que la fuerza de todos los hombres: vos habeis querido bien descubrirmele, para darme ventaja sobre Vos: ese debil divino, y omnipotente es el amor que me teneis; es el amor que tengo, y quereis que tenga para Vos: ve ahi el debil que triunfa del fuerte, y la fuerza misma: ! O quan fuerte es el amor, pues que con èl puedo aprisionar à mi Dios, y desarmar su Justicia ! Con la fuerza de mi amor, pues,

harè presa en el corazon de mi Dios, y de mi Juez, y lo inclinarè àcia mi para hacermelo favorable. ¿Pero quien duda que serè mas infeliz, sino me sé aprovechar de este conocimiento que tengo?

IV.

Que estraña ceguedad la del entendimiento, y corazon quando aman á la criatura, que no se puede amar fuertemente sin una verdadera flaqueza: hay otra ceguedad, que es una necesaria conseqüencia de la primera, y consiste en no amar á Dios, á quien no se puede amar fuertemente sin libertarse en el mismo acto de todas sus flaquezas. El amor de la criatura es insulso, mo-

les-

lesto, y ruinoso: èl seduce, abate, y debilita, agobia enteramente, y lleva la corrupcion por todas partes. El amor de Dios, es fuerte, y fortifica al que lo tiene, lo eleva, lo purifica, lo consagra, resiste á todo, se sostiene entre los mas violentos asaltos del dolor, sin abatirse jamàs, y entre las mas peligrosas solicitudes del deleite, sin dejarse corromper. Escoge, pues, ó Alma mia! tú conoces tu flaqueza, de la qual has tenido muy funestas esperiencias: hé aquí el medio verdadero para salir de ellas; corre ácia la verdadera fuerza, pero advierte, que jamás la encontraràs sino en el amor de tu Dios.

Na-

V.

Nada hai mas fuerte que la Caridad, contenida en los limites estrechos del corazon del hombre: nada hai à que ella no dè un feliz tèrmino: no hai pecado que no borre; no hai pecador aquien no reconcilie; penitente á quien no sostenga; no hai justo á quien no consagre; ni hai guerrero à quien no corone: es tan fuerte, que no hai tinieblas que no disipe, ni gracias que no atraiga del Cielo. Tiene el poder de cerrar el Infierno, y abrir el Cielo para si, y para otros; y lo que es mas; ella tiene la llave del corazon de Dios, donde ella entra, y hace que otros entren. ¿

Quan-

Quando os amaré yo! ó Dios mio¡ tan fuertemente, que pueda merecer estas grandes ventajas ?

VI.

! Que dichoso seria, Señor, si os huviese siempre amado con toda la fuerza que hé podido, y he debido, y si en este mundo infeliz no hubiera mil veces llegado á la desgracia de dejarme robar una parte de mi corazon, enflaqueciendo mi amor para con Vos, mortificando el partido de aquel, con lo que defraudaba à mis deberes! Yo os amaria ahora mucho mas fuertemente de lo que os amo. ¡ Que dichoso seria si despues de haber estado tanto tiempo sin amaros, me halláse ya resuelto â re-

em-

emplazar por un amor fuerte, y valeroso, los vacios espantosos de mis primeros años! Este es mi designio, èste es mi deseo, !ó mi Dios! y estoy resuelto á executarlo con vuestra gracia, cueste lo que costare á mi cobardia, y amor propio. Si Señor, quiero amaros fuertemente, y sin flaqueza: soberanamente, y sin igual: únicamente, y sin division: ardientemente, y sin negligencia; generosamente, y sin cobardia; continuamente, y sin reposo. Estas son Señor, las resoluciones que hago aquì en vuestra presencia: recibidlas, y sed el custodio, y depositario de ellas: fortalecedme para que se hagan eficaces; gravadlas en mi corazon para

ra que no las olvide; depositadlas en el vuestro paraque no se desvanezcan y se borren, como las que mi corazon ha formado tantas veces, y que no han servido sino para hacerme mas criminal à vuestros ojos.

CAPITULO DOCE.

Duodecimo dia.

AMOR SABIO.

I.

EL AMOR DIVINO ES UN fuego, pero fuego que abrasa, è ilustra al mismo tiempo: debe ser vivo, sin precipitacion; ardiente, sin imprudencia; una tierna confianza debe animarlo, y una verdadera sabiduria ha de templar es-

ta confianza: si el ámor verdadero es ardiente, y sabio, jamás separarè estas dos qualidades, que separadas, producirian un amor timido, ò un amor temerario. El ardor de mi amor me hará emprenderlo todo, esperarlo todo, y no caer jamas en desconfianza de la bondad de mi Dios. La saviduria de mi amor, me inspirará estas justas precauciones: temerè porque soy pecador, y esperaré porque tengo un Salvador: lo amarè como à Esposo, y lo temerè como á Juez: le abriré mi corazon como aun fiel Amigo, y lo respetarè como à mi Dios: lo amarè sin cesar de temerle, y juntaré siempre la penitencia á mi amor: esta

es la senda estrecha, que quiero tomar para llegar al corazon de Dios, que es el centro del verdadero amor, y de la sabiduria verdadera. A vos toca Señor, llevarme de la mano para que no me extravie.

II

Esta senda es segura, pero veo á sus lados dos precipicios espantosos, que me hacen temblar; para evitarlos, tengo necesidad de un amor sabio, é ilustrado: estos dos precipicios son la desesperacion, y la presuncion. Soy pecador, mas como la misericordia de Dios es tierna, la amaré con todo mi corazon, y pondré en ella toda mi confianza

de

de suerte, que nunca desespére: ve ahí á donde debe retraerme la sabiduria de mi amor, quando me asaltáre algun temor excesivo, y mal entendido. Dios es justo, y no admite en el trono de su amor, que es su corazon, sino á las Almas puras y penitentes. Jamás presumiré de sus bondades; y en qualquiera ternura, que sienta, nunca olvidarè que soy pecador; que debo ser penitente, y que debo temer á aquel Dios, que es bueno y Justo juntamente. Esto serà lo que me inspire mi amor sabio, quando sintiere demasiado átrevimiento, y temeridad en mi confianza.

III.

El corazon del hombre puede

ser

ser el principio de toda su felicidad, ó de toda su desgracia: no puede ser verdaderamente felíz sino amando mucho: convengo de algun modo en esta proposicion con los profanos, que yá la han proferido de antemano, pero no puedo admitirla en el sentido indefinido que ellos le dán, y en la mala aplicacion con que la pronuncian. Constituir toda la felicidád en el amor de un objeto criado, y perecedero, es mas bien una locura, que un verdadero amor. Hay un amor, que es una pasion, y se vá indiferentemente al primer objeto que lo lisongea y seduce: hay otro amor, que es una virtud, y no se và sino con sabiduria á los ob-

objetos que se le concede amar. Yo seré pues dichoso, ó Dios mio, no precisamente quando mi corazon amàre, sino quando él tubiere bastante sabiduria para no amar sino lo soberanamente perfecto, lo soberanamente amable, que sois Vos solo. Esta es la unica felicidad que deseo, y la sabiduria unica à que aspiro. IV.

¡Que oposiciones siento, Dios mio, dentro de mi, à vuestra divina ternura, y quanta necesidad tengo de sabiduria, luces, y fuerzas para discernir lo que debo amar, y para contener la ciega precipitacion de mi corazon, quando quiere amar lo que debe aborrecer! ¡Hay de mi! que hé dado, y doi muy

fre-

frequentemente en uno de estos dos estremos, que son igualmente viciosos, y contrarios à lo que debo unicamente sentir: unas veces estoi lleno de ternura para un objeto con quien no debia tenerla: otras veces lleno de dureza para aquel á quien debia tiernamente amar: me siento algunas veces todo de fuego para quien debia elarme, otras todo de yelo para lo que me debia abrasar; mi corazon se endureze con lo que debia enternecerlo, y se enterneze mui frequentemente con los objetos que solo deberian esperimentar su dureza, é indiferencia.

Derretid, Señor, éste yelo, y apagad este fuego para encender

otro

otro mas puro, mas inocente, y mas sabio: endureced esta viciosa, y perniciosa ternura; ablandad esta cruel dureza, y dadme esa verdadera sabiduria, para discernir lo que debo aborrecer, y lo que debo amar: quiero aborrecerme, y amaros: quiero en adelante ser duro, y todo de yelo para mi, y con vuestra gracia, ser tierno, y todo de fuego para Vos.

V.

No te engañes Alma mia, advierte que de esto pende tu dichosa, ó infeliz eternidad: usa ahora la sabiduria de que eres capaz, para discernir bien lo que debes amar, no sea que hagas un obsequio indigno de tu amor à objetos que

podrián seducirte, y perderte: amar lo que está prohibido amar, es una locura, que no merece ménos que el Infierno: advierte, que no tienes mas de un corazon, porque no hay mas que un Dios, à quien debas àmar: no tienes sino un corazon, y aun este sumamente limitado: no hay en èl, lugar donde colocar juntamente à Dios, y al mundo: escoge sabiamente al que quieras dar entrada, pero negando al otro: la eleccion està hecha, Señor, Vos sois, aquien quiero amar.

VI.

Solo mi amor, ò Dios mio! serà en adelante todo mi estudio, toda mi razon, y todas mis miras:

si se me pregunta, para que os amo, responderè con San Bernardo, que os amo, para aprender à amaros: vè hai todo mi estudio: que os amo solo porque os amo: vè hai toda mi razon, y que os amo por amaros: vè hai todas mis miras: si logro esta dicha, habrè poseido la mas sublime sabiduria, que hubo jamas. Concededme la gracia, Señor, de que nunca tenga otro estudio, otra razon, ni otras miras.

CAPITULO TRECE.

DIA DECIMO TERCIO

AMOR CASTO

I.

NUESTRO DIOS ES UN Dios zeloso: este es el nombre que

se

se dà asimismo en los divinos oraculos : por esto exige de nuestros corazones un amor casto, es decir, sin mezcla, sin division, y sin reserva; porque querer admitir en un mismo corazon el amor de la criatura con el del Criador, es una mezcla impura; pues el un amor es indigno del otro; ni pueden juntos hacer alguna composicion, por ser muy opuestos. Es Dios en efecto, tan zeloso de los corazones, que quiere, ò abandonarlos enteramente, ò poseerlos sin reserva: quando él vè en el corazon algun oculto idolo, se retira indignado, y lo abandona del todo à su indigno competidor, aguardando sì el dia

terrible, en el qual desmenuzarà al idolo, y al idólatra.

Mas quiero morir, ò Dios mio, que hacer en mi corazon alguna injuriosa reserva para la criatura: ántes morir que hacer alguna mezcla impura: quiero que mi corazon todo entero os ame, y que solo á Vos ame.

II.

Necesario es hacer en vida la eleccion de lo que siempre se hà de amar, pero lo que importa es hacerla bien, como que de ella pende la eternidad. Querer juntamente amar à Dios, y á la criatura, es absolutamente imposible, como amores que estremamente

se

se excluyen. Querer amar al uno despues del otro, es correr estraños riegos, porque si primero se ama á la criatura, el corazon se gasta, los afectos se agotan, y quando quiere despues volverse à Dios, se halla fatigado, y no le dà mas que unos tristes restos de un amor languido, que ya no es digno de él. Si succede al de Dios el amor de la criatura, no dejarà la muerte de sorprender al corazon en ese tiempo, cuya infelicidad irà à completarse en el Infierno. Querer amar siempre a la criatura, es un amor ruinoso para la salvacion, y lleva consigo una precisa exclusion del Cielo. Escoge pues, Alma mia, amar à Dios so-

solo, pues no tienes otro partido acertado que tomar: amale puramente, y sin mezcla alguna: donde està èl, nada coloques que sea menos que èl, nada que no se conforme perfectamente con el, nada que no le sea amigable, no sea que se retire de tu corazon, de suerte que nunca vuelva à entrar en el; pues amar à Dios con amor casto, es no amar otra cosa con el, que no sea amada sino por amor de el.

III.

¡Que secretas, y delicadas impurezas siento, Dios mio, en el fondo de mi corazon, que se oponen al amor casto que os debo ! Quantos monstruos escondidos, que yo

no

no dejo de acariciar! Quanto amor de mi mismo, que me liga con ataduras demasiado sensibles, ya à mis proprios pensamientos, ya à mi proprio juicio! Que de inclinaciones vehementes ácia las criaturas! Que propension ácia la tierra! Quantas delicadèzas para con este cuerpo que hà de perecer, y que de sentimientos bajos, é indignos de aquel ser soberanamente puro, aquien unicamente debo amar! Quantas veces me he esforzado á hacer una mezcla odiosa de este amor con el de las cosas perecederas! Luego no puedo, ¡ò Dios de Pureza! trabajar solo en purificar este corazon: ayudadme, pues, è ilustradme, para descubrir los mas pequeños lunares,

y

y las mas leves manchas que desagradan á vuestros ojos, y se encubren á los de mi propio amor: abrasadme con un ardor enteramente divino, para consumir en mi hasta las mas ligeras inmundicias.

IV.

El unico motivo, que nos debe obligar à amar à Dios, es el mismo Dios: lo contrario, es hacer mas aprécio de lo que se quiere recibir como recompensa de su amor, que de aquel que quiere darlo todo á las almas que son desinteresadas en su amor, y que no quieren de Dios sino el mismo Dios. Con todo, Señor, yo espero el Cielo: yo lo deseo: Vos me man-

mandais, que suspire por esa feliz morada: mas yo os la pido solo por que Vos lo quereis, y porque alli estarè seguro de amaros eternamente, y poseeros sin temor de volveros à perder. Yo no querria dar ni un solo suspiro por esa celestial mansion; seria para mi una espantosa prision, si en ella no se os viese, ni se os amase, porque solo vuestro amor puede hacerme bienaventurado, y asi renuncio toda otra felicidad.

V.

¿Es amaros como debo, amar alguna cosa mas que à Vos? no Señor: es al contrario un enorme

Sa-

sacrificio, y una terrible, idolatria, que merece los ultimos suplicios. ¿Es amaros como mereceis, amar alguna cosa con Vos que, no sea amada por amor de Vos? No mi Dios: es al contrario, una mezcla impura, y una comparacion muy odiosa: es poneros en paralelo con Dagon en un templo profano, mereciendo tal idolo, y tal templo ser enterámente demolido. ¿Serà, mi Señor, amaros verdaderamente, el amaros a Vos solo, y el no amar cosa alguna sino con respecto à Vos, y por el amor de Vos? Vè ahí mi Dios, el puro, el casto amor que exigis de mi corazon, y este es el mismo que os ofrezco.

Ro-

VI.

Rociad Señor, este seco, y esteril corazon: labadlo, y purificadlo con esa sangre tan pura, que habeis derramado por mi: ó mas bien, arrancad de mi pecho este corazon impuro, è imperfecto: aniquiladlo, y poned en su lugar un corazon casto, y puro, que á Vos solo ame, como ya ántes lo hicisteis con aquel Rey penitente, que gemia por haberos ofendido. Criad en mi un corazon puro: *Cor mundum crea in me Deus*: yo tendré cuidado de conservarlo en la pureza que le diereis, y no admitiré en él jamas cosa que pueda mancharlo de nuevo. Yo lo lavaré tan amenudo con mis lágrimas,

que

que nunca llegue á morar en el la mas ligera mancha, que pueda ofender la pureza incomparable de vuestros divinos ojos.

CAPITULO DECIMO QUARTO.

Dia Catorce.

AMOR ACTIVO.

I.

EL AMOR DE DIOS JAmàs es ocioso en el corazon: es un fuego que necesita siempre nuevos alimentos, porque està incesantemente en accion, y se apaga luego que se suspende el cuidado de fomentarlo; y como es Dios, quien lo enciende, y hace obrar, lleva

en

en si la imágen de su adorable principio siempre activo: él es una viva expresion de la grandeza, infinidad, y eternidad de Dios: es decir, que todas sus acciones son grandes, como se explica el Padre San Agustin, y por humildad las cree muy pequeñas: en esto corresponde á la grandeza de Dios: él las multiplica hasta lo infinito segun su capacidad, y las juzga en muy pequeño número, y demasiado imperfectas; en esto corresponde á la infinidad de Dios: él trabaja en fin hasta la muerte, sin cansarse en sus mas rigurosos deberes, y cree no haber trabajado sino un momento por su gloria: en esto corresponde á la eternidad de Dios.

Ha

¡Ha Señor, yo me engañaba pues mucho, quando me repetia que os amaba! Yo creia amaros, porque mi corazon sentia algunas dulzuras, y gustos naturales, que los tomaba por un amor verdadero, mas Ay de mi! mis manos no me lo han dicho aun, porque nada han hecho que sea grande, nada riguroso, y nada constante por vuestro amor.

II.

El amor Divino, no solamente hace sentir, sino tambien obrar: es un fuego encendido en nuestros corazones por el Espiritu Santo. Este inflamado fuego arde, purifica, y obra juntamente: él procura el reposo, mas no un reposo ocioso, y

pe-

perezoso: él es tranquilo, pero siempre está en accion, y en movimiento: èl no solamente es principio, alma, y movil de todas las acciones santas, mas es tambien el centro de ellas. El esta en medio del corazon, como un Soberano sobre su Trono; las virtudes le circundan, él las toca todas, y las pone en movimiento: ellas reciben de el todo su valor, todo su mérito, toda su fuerza, y sin él no serian verdaderas virtudes: de esto concluyo, que si quiero amar á mi Dios, es preciso que trabaje, y que mi amor, sin salir de mi corazon, se derrame sobre mis ojos, sobre mi boca, sobre mis manos, sobre todas mis acciones, y sobre todos mis pa-

sos.

sos, y que si yo quiero que la practica de las virtudes, y el trabaxo de mis manos sean de algun valor ánte Dios, es presiso que ame. El amor divino santifica el trabaxo: el lo ordena, lo dirige, lo aníma, lo hace meritorio, y el trabajo es la prueba del amor.

III.

Bien veo, que es preciso trabajar sin reposo en mejorarme, sino quiero empeorar: el fuego se apaga prontamente, quando no se cuida de ministrarle nueva materia para que siempre arda, y obre. El fuego del amor de Dios se debilita bien presto quando no obra, quando no se le dan nuevos alimentos

para

para mantenerlo en todo su ardor, y estos ardores consisten en los freqüentes actos de amor, y en la practica de las virtudes que lo conservan. No te descuides pues alma mia, en cosa alguna, si quieres siempre amar; has que tu corazon tenga un lenguage familiar con tu Dios: hablale á menudo por reiterados sentimientos: mas, escúchale con una atencion tierna, y respetuosa; nunca te canses de trabajar, y producir con la freqüencia posible aquellos actos que manifiesten tu amor.

IV.

Trabajar sin amar es una ocupacion ingrata, y una esclavitud rigurosa, que no esta acompañada de dulzura

zura alguna, ni puede esperar recompensa. Amar sin trabaxar es una piadosa ilusion, y un falso amor, que nada produce, porque viene ménos de la gracia que del temperamento. El trabaxo sin amor, es un fruto sin sabor, sin gusto, sin sustancia, ni madurez; no nutre, y nada tiene de delicioso. El amor sin el trabaxo, es una flor sin fruto, que no tiene sino apariencia, que se marchita con el primer rayo del Sol, y cae con el primer viento, ni tiene la fortaleza necesaria, para resistir á la mènor tempestad, como que el arbol que la lleva està sin raices.

Une ¡ò Alma mia! estos dos deberes indispensables, que separados,

dos,

dos, no pueden proporcionarte alguna ventaja, ni para el tiempo, ni para la eternidad: ama con todo tu corazon al Dios por quien trabajas: trabaja sin reposo por el Dios aquien amas: dale sin reserva para siempre tu corazon, y tus manos, pues es él quien les dió el sèr, y quiere que se le vuelvan

V.

? Por què todo se le hacia pesado en otro tiempo à este corazon cobarde, y perezoso ? ¿ De donde proviene, que el menor trabajo lo rindiese, que la penitencia lo espantase, y la mortificacion le fuese un rigoroso suplicio ? ¿ De qué nacia que satisfecho de

deciros puramente con los labios. *Dios mio yo os amo*, me mantuviese en una indolencia, è insensibilidad espantosa; y que para adormecer mi corazon, y conciencia sobre el precepto indispensable del amor, reposase yo tranquilamente al abrigo de algunas virtudes fáciles, y de ostentacion, que nada costaban á mi temperamento? Ay de mí! La causa era, el que no os amaba, O mí Dios! Entre tanto, yo estaba demasiadamente ciego por que creía que os amaba. Los deberes de piedad son dificiles de cumplirse, quando no se os ama: pero se hacen dulces, quando interviene vuestro amor, y el mas penoso trabajo nada cuesta

esta, quando es vuestro amor quien lo sazona. Me diré pues, sin temor, que comienzo à amaros, quando encontràre placer en mis deberes, y quando venciere generosamente todas las repugnancias, que en ellos encontràre; mas ¡ Ay de mi! quando serà esto Señor ?

VI.

No puedo aspirar legitimamente al cielo, sin amar á Dios con todo mi corazon, y sin cumplir todos los deberes de esta caridad activa, y laboriosa, que trabaja sin cesar en destruir todos los vicios, en combatir todas las pasiones, y en adquirir todas las virtudes, que componen la santidad de mi es-

estado. La caridad no es caridad quando ofende, quando es omisa, y negligente: no es caridad quando es ociosa, y quando se dexa ir toda al gusto del temperamento. Es preciso, ó ser Santo, ó trabajar seriamente en serlo, para poder decir, que se ama con verdad, por que esta caridad activa, es la basa, y custodia de la Santidad. Alma mia, tienes pues bastante que caminar, no te acobardes; con todo: ama trabajando, y trabaja amando, que de este modo, arribarás bien presto al feliz tèrmino á que aspiras.

CA-

CAPITULO QUINCE

Dia Decimo Quinto.

AMOR FIEL

I.

BIEN EXAMINADA LA FIdelidad de la mayor parte de los hombres, que el dia de oy se precian de fieles, y hacen de ella una virtud de esplendor, y ostentacion, es facil percibir, que no es si no una sombra, ó fantasma de la que deberian tener, y que la realidad de esta virtud solo se encuentra entre los verdaderos devotos. Yo me he declarado mil veces contra la infidelidad, la he vituperado en otros como una qualidad vergon-

zosa: pero ! O Alma mia ! escudriña qual era el principio, que te hacia obrar, y hablar: para conocer bien esto, exâmina qual ha sido tu fidelidad para con Dios. Este exâmen te debe cubrir de confusion, y hacer que caiga sobre tí todo el vituperio que has derramado sobre los otros: tu le has faltado mil veces à la fidelidad ¿ como no les habras faltado á los hombres, siendo así, que no tomas sino del fondo de tu vanidad, y amor proprio los motivos de esa falsa virtud, que con respecto à ellos practicas ? ¿ Quantas protestas brillantes de amor y adjecion á Dios no has olvidado, y menospreciado casi tan presto, como las

has

has hecho? ¿Quantas promesas hechas al pie de los altares, ó à los de los Ministros del Señor, no has retractado al dia siguiente? ¿Quantas resoluciones desvanecidas, quantos proyectos, quantos planes magníficos de vida mas reglada, mas desprendida, y mas interior, borrados algunos dias despues, y esto á la primera tentacion? Ah! Señor: que materia de confusion esta para mí! ¿Me atreverè aun despues de lo pasado à prometer amaros? Si: Yo os lo prometo, gemirè mis infidelidades pasadas, mas nunca me acobardarè: por el contrario, quiero hacerlas servir á mi amor; tomando de ellas muy justos motivos para des-

con-

confiar de mi mismo, y oportunas precauciones para no seros mas infiel en adelante.

II.

Dios me ha prometido amarme, y estar fiel en sus promesas, y amor, que no hay un solo momento de mi vida, que no sea un testimonio de su amor para con migo: esta verdad es constante, aunque no la haya yo conocido por mi culpa. No hay un momento en que Dios, no me haya amado, pues no hay un momento en el que no me haya protegido, un momento en que no me haya sostenido; por que si el hubiera dexado de hacerlo en un so-

lo

lo momento, me habria tornado bien presto al abismo de la nada, de donde fuí sacado. Aun digo mas: no hay un solo momento en que no haya querido mi salvacion; Que fidelidad tan exâcta, ó Dios mio! Ay! y como he correspondido á ella? Compàra al presente Alma mia, la aplicacion de tu Dios, y el empleo que has hecho de los momentos de tu vida: Ay! que espantoso número de desvios, de ingratitudes, é infidelidades! Sé pues atenta, gime lo pasado, toma precauciones para lo futuro, que la fidelidad de Dios te abrase, y tu infidelidad te confunda.

III.

¡Como me encanta vuestra admi-

mirable fidelidad, O Dios mio! cómo me confunde! me encanta por que es heroyca, y he tenido de ella muy sensibles esperiencias. Nunca me habeis faltado á la palabra, que me habeis dado: los efectos mas bien han sobrepujado, que igualado vuestras divinas promesas; y siempre os he encontrado pronto en abrirme vuestro corazon, quando me he hecho digno de entrar en èl. Me confunde esa fidelidad misma, por que no he correspondido à ella con la mia, y por que son mis infidelidades sin número. Vos nunca me habeis faltado en nada, y yo siempre os he faltado en todo.

O Dios fiel, y la fidelidad mis-

misma dadme un corazon á prueba de todas las tentaciones de infidelidad, y cobardia: fortificadme en todas las ocasiones en que la fidelidad de mi amor se halle en peligro: ayúdadme, sostenedme, y concededme la gracia de seros fiel en todo hasta la muerte.

IV.

Yo tengo el nombre de Christiano, que es lo mismo que el de fiel; no soy pues Christiano, si no soy fiel, y caeré en las mayores infidelidades, si comienzo por las menores. No omitas pues cosa, por pequeña que sea, O Alma mia: una gota de agua repetida, caba algun dia la mas dura piedra: una pe-

que-

queña centella causa terribles incendios: si faltas algun dia á la fidelidad en tus mas pequeños deberes, si te dexas derramar en vanas alegrias, si das soltura á tu humor, si faltas de manera alguna, ó si al mènos andas omisa en escuchar aun una sola inspiracion, éstas infidelidades pequeñas causaràn en tu virtud mas atraso, que el que piensas; si tu eres hoy omisa en una pràctica, mañana lo serás en dos; despues lo serás en todo, y viniendo à ser infiel en todas las cosas, ya no amarás de modo alguno á tu Dios.

V.

Acuerdate, alma mia, de aque-

los

los momentos dichosos en que eras toda de fuego para tu Dios; ¡ Que regocijo, que ardor, que transportes en tus oraciones! ¿ Pues por que ahora te has vuelto tan infiel ? ¿ De donde nace, que despues de aquellos felices tiempos, tengas hoy tantos intérvalos en tu amor ? Y habiendolos ya esperimentado, ¿que precauciones has tomado, para evitarlos ? ¿ De donde proviene finalmente, que una caridad lenta y fria haya sucedido á tus primeros ardores ? Alma infiel, busca el origen de esta desgracia, y lo mas pronto que puedas, trata de poner el remedio; de otra suerte, corres un riesgo evidente de perder quanto te resta.

VI.

VI.

Sè fiel pues, ó Alma mia, en el amor que debes á tu Dios. Para manifestar tu fidelidad, corre luego que hayas recibido la llama del divino amor, pero corre sin pararte: tu no sabes quando se apagarà, y basta una pequeña infidelidad: mientras el fuego del divino amor ardiere en tu corazon, él apagarà el que las pasiones podrian encender; tu no las sentirás, ó al ménos tu sentimiento no hará perjuicio à tu inocencia; si de el empeño de ser fiel desistes un momento, se encenderan nuevamente tus pasiones, para castigar tu infidelidad, lo qual costarà á tu corazon grandes pecados, o ter-

ri-

ribles combates, à que te verás expuesto por tu culpa.

CAPITULO DIEZ Y SEIS.

Dia Décimo Sexto.

AMOR CONSTANTE.

I.

AMAR A DIOS, NO ES solamenete decirle: *Mi Dios, yo os amo*, ni decirselo à si mismo, pero ni aun el sentirse enternecido de quando en qnando en este piadoso exercicio, hasta derramar lágrimas á los pies de los Altares. Los mas cobardes, y mas insignes pecadores tienen algunas veces estos dulces intervalos, durante los quales sienten placer en desprender-

derse de la importunidad de las delicias sensuales: la vida se les pasa en decir sucesivamente à Dios, y á la criatura que los aman con todo el corazon. Amar à Dios con verdad, es protextarle amor igualmente en todos los momentos de la vida; es sufrir constantemente todas las pruebas que hacen acrisolado el amor, por rigurosas que sean, sin quexarse, sin abatirse, y sinaflojar jamas en los mas asperos deberes.

Ah! Señor, que feliz es aquel, que se siente con fondo bastante de constancia, para deciros con el Apóstol ¿Quien me separara de la caridad de Jesu-christo? ¿Sera la tribulacion? el peligro? la ambre? la persecucion? No Sr. nada será capaz de abatir mi constancia.

II.

El corazon no puede estar sin amar alguna cosa, pues el amor es su vida; por tanto, amemos si queremos vivir. Mas ¡ O Dios mio ! que vida, y que amor ! Mi corazon vivia quando amaba á la criatura, que en si no tiene sino principios de muerte? ¿ Vivia quando estaba lexos de Vos, que sois la fuente de la vida? ¿ Vivia quando daba alternativa su amor, unas veces à Vos, y otras á la criatura ? Ay de mi ! Ya comprendo que no hacia sino consumirse, y desfallecer: vivia en la apariencia, mas en verdad estaba muerto. ¿ El amor de una criatura mortal puede dar vida, siendo asi, que aun la que tiene no la tiene de si misma, y la ha

de perder á su pesar? Siento no obstante, Sr. que amo la vida, y este sentimiento me es comun con todas las criaturas animadas. Vivamos pues, y no desfallezcamos mas: amemos con constancia al Autor de la vida, si queremos no morir. El corazon, como es principio de la vida natural, lo es tambien de la espiritual: el mio vivirá en adelante con la vida mas excelen te, que es el amor de mi Dios: mientras le amáre constantemente no morirá, sino solamente mudará la vida temporal en la eterna, y este cambio feliz, será el precio de su constancia.

III.

Por ligado que uno esté á la criatura, y por mas protes-

tas

tas de fidelidad que se le hayan hecho, preciso es que se acabe la union, y suceda la inconstancia: no puede un corazon amar siempre al bien criado que posee, por no ser este siempre amable, ni pueden los ojos llorar siempre, quando se ha perdido, por venir succesivamente muchos otros objetos à ocupar el lugar de el perdido, con lo que se borra su especie, y es olvidada con el tiempo. ¿Pero es posible! O Dios mio! que seais tratado tambien así Vos, que nunca os mudais, y sois siempre igualmente perfecto, y amable? ¿Es posible, vuelvo à decir, que con todo se canse la criatura de amaros? ¡O cobarde, é inconstante criatura!

Quie-

¿Quieres dexar á tu Dios por ligereza, para colocar tu amor en la tierra? ¿Que hallas tu en este objeto infinitamente amable, que sea capaz de disgustarte? ¿Que encuentras en los objetos criados, que pueda serle comparable? ¿Por que pues entrar en un trueque tan vergonzoso? Pide humildemente á tu Dios que te ponga en el corazon el que siempre ames sus bondades, y en tus ojos el que siempre llores tus flaquezas, é inconstancias.

IV.

Es cosa que humilla demasiado al hombre christiano, el que de todos los diferentes objetos, que á su corazon se presentan, à ningu-

guno le cueste mas trabajo amar que á su Dios, y que de todas las ocupaciones diferentes de la vida, ninguna le cause tanto fastidio, como el cumplir con los deberes de piedad. Hay en el una volubilidad perpetua, que le impide aplicarse con constancia à lo que Dios exîge de él: su corazon muda tantos aspectos, quantos son los diferentes objetos que se le presentan: no se pueden curar sus desigualdades, ni detener su inconstancia, ni fijar su ligereza: à mas de este defecto, que le es natural, tiene una malignidad secreta, que lo hace singularmente inconstante respecto à su Dios. En un asunto de esplendor, que diga orden a la

cria-

criatura, se muestra constante como que en ello va su honor, y de otra suerte padeceria detrimento su reputacion. En un negocio secreto que diga relacion á su conciencia, será inconstante, por que no le da cuidado ofender á su Dios. Oremos, pues, velemos, tratemos de guardarnos: desconfiemos de nuestro propio corazon, y solo en Dios confiemos.

V.

Vivir, y morir con lo que se ama, es el verdadero carácter del amor constante, y es lo que hace las delicias de los verdaderos amigos, como se dice de los dos primeros Apóstoles, que no se separaron ni en la vida, ni en la muerte. Yo

quie-

quiero vivir con Vos, ó Dios mio, jamàs me separaré de Vos por cosa que me suceda: en este comercio inocente, y union estrecha de mi corazon con el vuestro, encontraré el verdadero reposo, y el centro del mas delicioso gusto, persuadido á que el vivir sin Vos, es morir. Pero aun digo mas: quiero morir con Vos, para mostraros la constancia de mi amor, que ni la muerte alterará en mi corazon: esta muerte me será mas dulce y amada, que la mas agradable vida. Ah! Siento que mi corazon no se contenta con lo dicho: no se satisface la constancia de mi amor, con vivir, y morir con Vos; quiere aun vivir y morir por Vos: no harè en esto mas que corres-

pon-

ponder à lo que haveis hecho primero por mi.

VI.

Que de motivos tengo para desconfiar de la inconstancia de mi amor! Yo prometo, ó Dios mio, amaros oy, y puede ser que mañana quebrante esta promesa: la menor afeccion es capaz de vencerme, lo conozco, y tengo de ello muy fatales esperiencias: el corazon en todo momento se me escapa, y estoi vendido, quando lo tengo en mis manos; tomadlo pues, en las vuestras: Yo os lo doy Señor, por que mucho mejor me está, que el que lo tenga en las mias: tenedlo á fin de que nadie me lo robe; ponedlo en el vuestro, que mientras

tras desfrutare de ese asilo, de esa fortaleza, y de ese Santuario, será constante, y estará en seguridad contra todas las criaturas, y contra mi mismo.

CAPITULO DECIMO SEPTIMO.

Dia diez, y siete.

AMOR ATENTO.

I.

NO ES PERMITIDO A UNA Alma, que hace profesion de amar á Dios, ser desatenta á los movimientos de este amor: no le es permitido diferir un solo momento la execucion de lo que el amor le dicta, quando reconoce sus movimientos, y estos se hacen sensibles:

ella

ella debe pues, estar atenta à escuchar, y á executar; por que como la inaplicacion es prueba de indiferencia, asi la atencion es prueba de amor. Si hubiera yo estado atento, Dios habria hablado á mi corazon, pero, ò mi disipacion le ha embarazado el que me hable, ò á mi me ha impedido el que perciva su voz. Dios me hace conocer hoy lo que de mi quiere ¿ y se si mañana repetirá para conmigo esta misma bondad ? Que se yo, si la dilacion de un momento será la causa de mi reprobacion ? Que se yo, si este fuego sagrado, que él comienza á encender en mi corazon, no se apagarà para nunca mas encenderse, sino correspondo bien presto, venciendo

ge-

generosamente todo lo que se opone á la execucion de sus ordenes ? Yo os escucharé Señor en adelante con toda la atencion de que fuere capaz, y seguirè con prontitud todos los divinos movimientos con que me favorecieréis, pero ayudadme Dios mio, asi en lo uno, como en lo otro.

II.

El amor divino te llamà, ó Alma mia, te busca, te convida, y solicita con mil favores: dile pues con el Joven Profeta Samuel: *Hablad Señor, que vuestro Siervo oye*: dicho esto, atiende á ese divino lenguage: exâmina con cuidado toda la extension de esa atraccion celestial, y siguela con la prontitud posible,

sible, sino quieres esponerte al riesgo de perder el mas precioso de todos los tesoros, y acaso para nunca recobrarlo: atiende muy seriamente, y ve como Dios se ha abatido en dar los primeros pasos para obtener tu corazon: correspondele con la mayor prontitud, y da tu al menos los segundos.

III.

A la ternura del corazon acompaña fielmente el pensamiento del espíritu. Es dificil no pensar muy amenudo en lo que se ama con ardor; y se va mui de buena gana la vista, dice el Padre San Agustin, ácia donde esta el amor del corazon; siempre se solicita ver,

sino

sino con los ojos del cuerpo, al menos con los del espiritu, à aquel objeto que nos há robado la estimacion: se recogen todas sus palabras, para aprovecharse de ellas, é interpretarlas en su favor: se atienden y observan con cuidado todos sus pasos, para imitarlos, y seguirlos con exâctitud. ¿ Quando os amarè con esta perfeccion, ó Dios mio ? será quando pensare mas en Vos que en todas las otras cosas: será quando todo lo ponga en práctica, à fin de no perder vuestra adorable presencia: será quando todas las criaturas juntas no basten à distraer mi atencion: será quando me haga á obrar siempre á vuestros ojos: será en fin, quando os soli-

de

cite con todo el posible ardor, desuerte, que los ojos de mi cuerpo, de mi espiritu, y de mi corazon, nada vean sino á Vos, y á las demas cosas solo por amor de Vos.

IV.

Se presta todo el oido del corazon, y se oye hablar con placer á quien se ama con verdad. Una Alma que ama mucho á su Dios, dice San Bernardo, se entra toda en si misma luego que oye hablar á Dios, ó que se trata de Dios; se recoje pues, para dar toda su atencion à este lenguage divino, que le agrada, y arrebata: al primer eco que percibe su corazon, se abre todo entero para no dejar

per

perder una sola palabra: nada hay que ella oiga con mas gozo, nada que lea con mas placer, nada que solicite con mas cuidado, nada que estudie con mas aplicacion, nada que retenga con mas fidelidad, nada que medite con mas dulzura, nada que la entretenga con mas agrado, nada que le guste con mas placer, nada finalmente, que fructifique en ella con mas abundancia.

¿Osarè lisongearme despues de esto, con que amo á mi Dios? si exâmino mi espiritu y corazon, sobre la atencion que han tenido á la divina palabra, escrita, pronunciada, ó inspirada, mis disipaciones me dirán que no lo he amado hasta ahora.

Yo

V.

Yo duermo, y mi corazon vela, decia la Esposa de los Cantares. Nunca se duerme, quando se ama bien á Dios: se está siempre despierto por una dichosa costumbre, é inclinacion causada por el mismo amor: se està siempre atento á las inspiraciones, y movimientos de la gracia: se está siempre pronto á decir con la Esposa: Hablad Señor, que el sonido de vuestra voz se haga percivir de mis oydos, por que es dulce, y encantadora. Dios no deja de favorecer los deseos de esta Esposa atenta: èl habla á su corazon, y ella dice bien presto: ya oygo la voz de mi amado, *Vox dilecti*,

la percibo, y la conozco, ejecutemos lo que ordena.

¡ Quantas veces hubierais hablado à mi corazon, ó Dios mio, si no os lo hubiera embarazado con mis disipaciones continuas! Atento al lenguage tumultuoso del Mundo, de mis pasiones, y amor propio, no he podido oir vuestra voz. ¡ Que de inspiraciones, gracias, y buenos movimientos he perdido por mi poca atencion! Hablad pues ahora, Señor, que mi alma recogida toda, está pronta á oiros, y ejecutar lo que mandáreis.

VI.

El entendimiento, y el corazon de Dios, estàn incesante-

mente atentos sobre mi, como si no hubiese otro que yo á quien conducir, y amar. No hay un momento en que su entendimiento adorable no me dirija quando quiero seguirle, y en que su corazon todo benefico, no tome interes en quanto me es ventajoso, ni esta atencion tiene otro principio que su amor. Sería mas que ingrato, si no correspondiera á la atencion, que el entendimiento, y corazon de mi Dios tienen conmigo: quiero por tanto, Señor, dedicarme á lo uno, y á lo otro, es decir, á no pensar, y amar, sino à Vos, y solo por Vos; pero aun pretendo sin presuncion, pensar, y amar como Vos: quiero segun vuestros Oràculos, poner

ner mi entendimiento, y corazon sobre mis sendas, de tal manera, que pueda formar juicio de cada una de mis acciones por el vuestro: exâminarè lo que Vos pensais de mi, y me esforzarè á pensar del mismo modo: aborreceré en mi todo lo que Vos aborreciereis, y solo amarè en mis acciones lo que me pareciere digno de vuestro amor.

CAPIT. DECIMO OCTAVO.

Dia diez y Ocho.

AMOR DE DESEOS.

I.

UNA ALMA QUE SE SIENte penetrada, é inflamada del amor de

de Dios, y que há logrado la dicha inestimable de amar solamente à el, desea siempre, y no cesa de arrojar suspiros ácia aquel objeto amable. Ella forma sus deseos sin turbacion ni inquietud, y por el contrario, toma tanto placer en desear, quanto en amar: como no puede saciarse su amor, mientras mas ama á Dios, se inflama mas en él; mientras mas bebe de ese torrente sagrado, es mas herida de sed, porque el Dios á quien ama es el mismo amor. Amar al amor, es, dice el Padre San Agustin, hacer un circulo misterioso, y sin fin: por esto, la alma que ama à este amor, vuelve siempre á su principio adorable, y no cesa de volver á comen-

zar.

zar su empresa de amar, y desear. Este manantial sagrado resalta hasta la vida eterna, y está siempre en movimiento: es un fluxo, y refluxo continuado del corazon de Dios al seno de la alma, y de este al corazon de Dios: son incesantes los nuevos hechizos, que producen nuevas llamas y nuevos deseos, que aunque abrasan, nunca sacian: ! feliz hambre, sed dichosa, dichosos deseos, feliz amor: quando ocupareis toda mi alma, y quando os traeré incesantemente en mi corazon!

II.

Ahora que comienzo à conoceros, y me esfuerzo á amaros, ó Dios mio, con todo mi corazon,

no

no tengo mas que un deseo, que incluye quantos podia formar, y un solo miedo al qual ceden todos mis antiguos temores: mi único deseo es ser amado de Vos, y solo amar á Vos, no aspiro á otro bien sobre la tierra, por que, ¡Ay de mi! decia el Profeta ¿ Que puedo desear en el cielo, y que puedo anhelar sobre la tierra? Vos sereis el Dios de mi corazon, y toda mi parte en la eternidad; mi único temor es perder, no la salud, no el aprecio de los hombres, no mis bienes, no mi vida, sino vuestro amor: esta es la mayor desgracia que me puede acontecer, pues todo lo demas lo reputo por nada.

III.

No saber desear, es no saber amar: no saber suspirar àcia Dios, es no desearle, ó desearle muy debilmente. Mi alma decia el Padre San Agustin, es un suspiro de Dios: el suspiro tiene dos principios, asaver, el corazon que le concibe, y la boca que lo acaba de formar, y lo exâla ácia el objeto que querria poseer. Lleva pues, ò Alma mia, la imágen del corazon, y boca adorable de tu Dios; puesto que eres un suspiro producido por tales principios, suspira sin cesar por aquel que te ha formado por uno de sus suspiros; no desees sino á el, y vuelbe, á entrar por tus suspiros lo

mas

mas amenudo que pudieres dentro de aquel principio de donde has salido, pues èl es el dichosísimo término á donde has de volver.

IV.

Yo quisiera amaros Señor, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, y con todo mi corazon, como me lo teneis mandado, y no os amo; Ay de mi! sino muy debilmente. Yo querria poseer enteramente lo que amo, y no puedo mientras no muera. Ay! quando estaré libre de este cuerpo de muerte, que me embaraza el gozar plenamente lo que amo! Mi corazon se ve acosado, agitado, y abrasado con el deseo de unirse á Vos

mas

mas estrechamente, y no hace sino esfuerzos demasiadamente inútiles. Ay de mi! Como lo conseguiré Dios mio? El està en tinieblas y Vos habitais en una luz inaccesible: el está sobre la tierra, y vos habitais en el cielo: el es todo de carne, y Vos sois un puro espíritu. No por esto, dejaré de ir à Vos mientras Vos vengais a mi: yo irè á Vos mas por los deseos, y movimientos de mi amor, que por los pasos de mi cuerpo: mis ardientes anhelos acercaran este intervalo infinito, que hay entre Vos y yo: los deseos de mi corazon me elevarán hasta Vos, y vuestro amor os abatirá hasta mi.

V.

Un abismo llama á otro abismo, dice el Profeta Rey. Hai un abismo en el cielo, que es el corazon de Dios, y hay otro abismo en la tierra, que es el corazon del hombre: estos dos abismos se desean, se llaman, è invocan mutuamente, y querrian acercarse, y unirse para nunca separarse. El abismo de la tierra, que siente su flaqueza, y conoce su bacío, conoce al mismo tiempo la necesidad que tiene del corazon de Dios, sin el qual no puede subsistir: à él se acerca como à una plenitud infinita y á la fuerza misma para ser llenado, perfeccionado, y fortalecido.

El

El abismo del cielo, llama al abismo de la tierra, y lo solicita tiernamente, como si el corazon de Dios no pudiera pasar sin el corazon del hombre, siendo asi, que el uno es la plenitud divina de gracia, luz sabiduría, y pureza, y el otro, ò un bacío espantoso de santidad, ó una plenitud deplorable de flaquezas y miserias.

Anda pues corazon mio adonde eres llamado, corre allí por tus deseos, vuela allí por tu amor, abísmate en el corazon de Dios, pierdete felizmente en ese abismo: él es tu principio, centro, y término: habita allí; ese es tu lugar, asilo, y Santuario, nunca entres en formar otros deseos, sino quiere-

re-

renunciar á tu temporal y eterna felicidad.

VI.

Los deseos santos se aumentan, perfeccionan, y crecen al paso que el amor se fortifica en el corazon, y el amor llega bien presto á ser ardiente à fuerza de desear: quando el fuego del divino amor comienza á debilitarse, ó apagarse, el deseo es semejante aun zefiro, ó viento dulce, ó por decirlo mejor, es un soplo del Espiritu Santo, que procura encenderlo nuevamente. Si ceso de desear, tambien cesaré de amar: los deseos terrestres inquietan al corazon, mas los celestiales calman toda inquietud: aquellos de-

cla-

claran la privacion del objeto, estos proporcionan su posesion, y en esta linea produce tanto placer el desear, como el amar: estas dos funciones se confunden, y reunen en un centro mismo, que es el corazon de Dios ¿ Quando serà incesante mi deseo de poseer al bien que amo? ¿Quando amarè sien[illegible]e el desear lo que únicamente debo amar ?

CAPITULO DECIMO NONO.

Dia diez y nueve.

AMOR LIBERAL.

I.

¿ES MUCHO DAR, Y DEclarar uno su amor con todo el en-

entendimiento, con toda la voluntad, con todo el cuerpo, con toda el alma, con todos los sentidos, con todos los deseos, con todo lo que se tiene, y finalmente con todo el ser, à un Dios que nos ha dado hasta la última gota de su Sangre? Ah, Señor! os habria podido costar mènos, asi el rescatarnos, como el manifestarnos hasta donde nos amabais: mas vuestro amor liberal, no sabe lo que es limitarse, y asi solo tratasteis de estender vuestra liberalidad hasta el exceso: Vos nos habeis dado vuestros trabajos, vuestros méritos, vuestros sufrimientos, vuestro Reyno, vuestro cuerpo, vuestro corazon, vuestra Sangre ¿ Que podrè daros en reconocimiento, yo

que

nada tengo, que no os pertenezca ? Con todo, aunque reducido á no poder daros cosa que no sea vuestra, es tanta mi dureza, injusticia, è ingratitud para con Vos, que os he negado este corazon que me habeis pedído tantas veces. Ya Señor, os lo doi; lejos de ser don, mas bien es una restitucion esta que os hago: recibid pues este corazon, conservadlo, yo os lo ofrezco con todos los sentimientos, afectos, y ardores de que es capaz.

II.

Quanto tengo lo debo à mi Dios, que todo me lo há dado: su liberalidad hà sido infinita, la mia no puede ser sino limitada: no obs-

obstante, èl se contenta con lo poco que le puedo dar, y tiene la bondad de darme que retornarle para sostener en mi corazon el amor liberal : y aunque lo que yo le doy es venido de él mismo, no por esto dexa de recibirlo como un riguroso don, y tenerse por obligado: algo mas; él me há amado como si yo fuese, solo: quanto há dado á los otros no há disminuido en un punto lo que há destinado darme, pues lo puedo poseer todo entero. Si él es todo mio, debo ser todo enteramente suyo, porque su amor liberal es una deuda, que me es preciso pagar con todo lo que tengo, y soy, y asi, la mas pequeña parte de mi corazon que yo dé à la criatura,

es

es un robo que hago asu amor. Yo hè hecho esta usurpacion; apresuremonos á restituir dandole todo; sin esto, no me es posible satisfacer todas mis deudas.

III.

Vos me habeis tiernamente perseguido, ó mi Dios, y con una infinidad de dones, habeis mil veces solicitado mi corazon, y yo no os hé correspondido sino con la dureza de mis repulsas, é ingratitudes: prevenido de una ternura irracional, y criminal para con la criatura, la he dado todo lo que debia á mi Criador, y no he correspondido á vuestros favores, sino con la hiel amarga de mis ini-

quidades. Ternuras indignas, insí-
pidas dulzuras, solicitudes villanas,
baxas complacencias, vosotras sois
ahora desterradas de este corazon
(del qual no sois dignas) de suerte
que jamás volvereis à entrar en
él. Dureza para Dios, ingratitud,
insensibilidad à su amor, habeis
sido hasta aquí mi porcion infe-
liz: mas ya os detesto, y os quiero
espiar: he hecho un robo público
hasta sobre el Altar, del amor que
debia á mi Dios, para hacer en
él un obsequio indigno à la cria-
tura: mas ya es preciso retirarlo
y hacerle tomar otro rumbo. Ayu-
dadme Señor, á desprender del todo
este corazon, para volveroslo,
haceros de él el debido obsequio

no permitais que se enternezca alguna vez, si no para solo Vos: quitad de èl toda la dureza que os desagrada, y no le dexeis sino aquella de que necesito para aborrecerme á mi mismo.

IV.

Es muy freqüente el lisongearse uno de que ama á Dios perfectamente, siendo asi que no se tiene para él sino un corazon de hielo. La liberalidad es la piedra del toque del amor verdadero, por que quando el corazon ama, nunca la mano es avára. Preciso es que todo lo que hay en nosotros haga su peculiar obsequio à Dios. ¿ Y

que

que nos responde en órden á esto nuestro amor? Para saberlo, importa preguntarlo á nuestra voluntad, à nuestro entendimiento, á nuestra lengua, y à nuestras manos. ¿Voluntad mia, que es lo que das á tu Dios, para declararle tu amor? Nunca vacilas quando se trata de sacrificarle lo que mas sensiblemente te liga? ¿Entendimiento mio, amas á tu Dios? Le dedicas tus pensamientos, é incubaciones, y sometes tus luces á las suyas, tan presto como el lo exige? Lengua mia, que das á Dios, tu que eres el organo de la voluntad? ¿Le consagras todas tus palabras y alabanzas: sostienes por todas partes sus intereses, y le confiesas gene-

rosamente en todas ocasiones? ¿Manos mias, que dais vosotras á Dios, y para quien trabajais con mas frequencia? Es sin duda para lo que mas amais. Voluntad, y entendimiento mio, lengua, y manos mias, mucho temo que no os deis à Dios como corresponde, y que en lugar de manifestar mi amor, acuseis mi insensibilidad, para con aquel aquien unicamente debo amar.

V.

Reynan en la liberalidad de los hombres ciertos rodeos, y reservas, que bastantemente declaran la imperfeccion de su amor: ellos dan todo de una manera limitada:

y

y como lo poco que poseen se consume bien presto, es preciso que su liberalidad perezca por su liberalidad misma; algunos dan con un modo extravagante é injusto, abrumando á fuerza de favores, á aquellos para con quienes tienen una predileccion ciega, y negandolos al mismo tiempo, á los que los tienen muy merecidos: otros ántes de dar, hacen penar largo tiempo á los necesitados, disminuyendo de esta manera el valor de su don, por que lo venden muy caro: otros finalmente, dan en un tiempo, y dexan de dar en otro; de manera, que sus beneficios están sugetos á la retractacion, y arrepentimiento. Vuestro amor liberal, ó

Dios mio, no se maneja asi en òrden á nosotros: Vos dais sin reserva, y nunca os agotais; como que sois el mismo bien, y la bondad infinita, os dais à todos, y qualquiera que á Vos ocurra está seguro de ser bien presto enriquecido: en dar, es tanta vuestra prontitud, que ella misma, á mas de lo que se os pide, es otro don que se consigue. En fin: Vos siempre os dais, y nunca cesais de colmarnos de gracias, mientras nos conservamos dignos de recibirlas. Por vuestro Amor, Señor, quiero yo reglar el mio: os doi todo lo que soi y tengo; lo hago ya en este momento, y sin dilacion: me doi á Vos solo, por que solo Vos lo me-

mereceis: últimamente me doi para siempre hasta el postrero momento de mi vida, para que de este modo logre la dicha de ser vuestro por toda la eternidad.

VI.

Es una ilusion muy grosera, pretender amar á Dios sin darle nada de lo que pide: el amor divino nunca subsistio en aquellos corazones interesados, que piden siempre, y jamás dán: los favores del Cielo dexan de correr, desde que cesa el retorno. Para sostener un comercio sagrado de amor entre el corazon de Dios, y el nuestro, es necesario que haya fluxo,

y refluxo; es decir, si el amor del corazon de Dios fluye al nuestro descendiendo, debe nuestro amor refluir al de Dios subiendo, para que aquel continúe en descender. A Jesu-Christo costó toda su Sangre el manifestarnos su amor, preciso es tambien, que nos cueste el manifestarle el nuestro: consiento, Señor en esto; mas yo soy pobre, y Vos sois un manantial inagotable de tesoros: ¿acaso teneis Vos necesidad de mis bienes? ¿En medio de mi pobreza extrema podré yo daros alguna cosa? Si, Dios mio, en esta indigencia misma encontraré algo con que abastecer à mi amor liberal: tengo entendimiento, pues os ofrezco todas sus luces:

ten-

tengo voluntad, pues os consagro todos sus ardores; tengo sangre, pues quiero darla hasta la última gota; tengo aficiones que sacrificar, suspiros que arrojar, lagrimas que derramar, esto es Señor, lo que mi amor puede daros.

CAPITULO VEINTE.

Dia Veinte.

AMOR GENEROSO.

I.

ACOBARDARSE CON LOS menores contratiempos, que acaecen quando se ha comenzado á darse á Dios, es una tentacion que no abate

sino à los pusilanimes, y á los que nunca han amado à Dios con verdad: es este el medio mas ordinario de que el Demonio se sirve para hacernos caer en tibieza, y floxedad. No es digno del nombre de Christiano aquel que no tiene valor suficiente para emprehender alguna cosa grande por la gloria de Dios, ni firmeza bastante para sufrir alguna cosa áspera, y penosa por su amor. No se ama à Dios, quando se procura todo el honor de la victoria, pero con tal que sea dispensada la fatiga de los combates. No se ama á Dios quando se quiere mas bien no tener enemigos que combatir, que estar seguro de vencerlos, si se resistie-

se

se generosamente á sus ataques: La delicadeza es un monstruo en un Soldado de Jesu-Christo; combate pues generosamente Alma mia, si estás resuelta à amar; y si quieres ser coronada, no te dejes abatir con la pena, ni corromper con el deleite: ten las armas en la mano hasta la muerte; sin esta resolucion, no te lisongees de amar á tu Dios, ni de ser amada de él.

II.

Vos me habeis amado, Señor, y vuestro amor generoso nada há omitido, que sea conducente á darme pruebas de ello: vuestros ojos han vertido lagrimas; vuestro co-

ra-

razon adorable se há enternecido sobre mis miserias: Vos habeis padecido, y derramado toda vuestra Sangre; yo no lo he podido, ignorar, y con todo, os hè ultrajado mil veces, y no he correspondido à vuestro amor generoso, mas que con una continuada cobardia ¿Que quereis que haga para repararla? ¿vivirè entre guerras, y combates? Consiento en ello, pero proveedme de valor y fortaleza. ¿Os daré mi vida, y toda la sangre de mis venas? ya os doi aquella, y estoi pronto à derramar esta: ponedme en la ocasion, y cumplirè lo que digo, con tal que me sostengais. ¿Os daré toda la sangre de mi corazon por las lágrimas de mis ojos? es-

tas deben ser mi patrimonio: ¿pero podré derramar lágrimas tan amargas, y abundantes, que basten á compensar la multitud espantosa de mis vilezas? Con todo me tengo por dichoso, pues os contentais con lo poco que puedo daros; y solo pedis á mi corazon el que os ame y supere con valor todos los obstáculos que se oponen á la generosidad de su amor.

III.

La generosidad es el carácter del verdadero amor: no es amar, el amar con cobardia, y sin combatir; algunos creen haber tocado el término, y adquirido el amor

ge-

generoso, luego que comienzan á sentir algunos movimientos que los llevan àcia Dios; mas por poco que se abanze, si encuentran enemigos que combatir, y violentas tentaciones, que vencer, bien presto es conocido su error. Las sendas secretas del divino amor, no se descubren sino á la luz de las flechas del Señor: á proporcion que se anda en ellas sin incurrir en cobardia, adquiere el amor nuevas fuerzas, y se hace mas generoso. De este modo, mi Dios, creia que os amaba, quando no era mas que debilidad: bien conozco la distancia espantosa que hay entre Vos, y yo, y la diferencia de un amor generoso al mio: veo que el ca-

camino se alarga mientras mas me acerco, y que es preciso que comienze á amaros, como si nunca lo hubiera hecho; pero ya estoi resuelto, y por cosa que me suceda, no me acobardaré jamas.

IV.

Con tal que yo áme á mi Dios generosámente, nada debo temer: todas las criaturas juntas no pueden hacerme perjuicio alguno. Nunca puede ser herida, ó dañada la caridad, pues con cosa ninguna se da por ofendida; enemigos, maldicientes, perseguidores, embidiosos, yo os desafio: con tal que ame generosamente triunfaré con facilidad de todos vuestros ataques. Vosotros po-

podreis robarme los bienes, que importa: con tal que ame, siempre seré sobradamente rico: mas nunca podreis robarme el amor, que por si solo es todos mis tesoros, y riquezas. Vosotros podreis manchar mi reputacion; mas como tengo renunciados todos vuestros aplausos, y alabanzas, desprecio con todo mi corazon vuestros vituperios, y calumnias: con tal que mi amor me haga estimar de Dios, será él mi mas verdadero honor. Vosotros podreis perseguir mi cuerpo, pues yo os aguardaré con mi penitencia: así perecerá mas prontamente, y por consiguiente me veré con mas brevedad libre de este cruel domèstico, que me es muy pesado, y

lograré gozar de aquel á quien amo: ¿ Que perjuicio, pues, me podeis hacer, estando yo resuelto á padecer, y combatir siempre, y muy persuadido, à que merezco quantos ultrajes se me puedan hacer? Luego nada conseguireis, sino dar mas generosidad á mi amor, y mas brillo á la corona que espero.

V.

La dileccion de Dios, no es otra cosa que la eleccion de Dios. Dios me ha elegido gratuitamente. Yo le he elegido voluntariamente: esta doble eleccion es prueva de su bondad, y hace toda mi felicidad y gloria. Para corresponder como de-

debo á estas dos elecciones, es necesario que yo haga otra, procedida de la fuerza, y generosidad de mi amor: esto es, que escoja sin vacilar, mejor morir mil veces amándole, que vivir ofendiéndole. La eleccion está hecha Señor, dadme la fortaleza necesaria para sostenerla hasta la muerte.

VI.

Amar à Dios de tiempo, y por intérvalos no es dificil: el corazon mismo se vá no pocas veces ácia Dios, y con placer; pero no es este un verdadero amor: el amar con perseverancia, igualdad, constancia, y sin interrupcion: el amar en-

entre las sequedades, y abandonos, obscuridades, y padecimientos, tanto como en tiempo de calma, y entre dulzuras sensibles: el amar quando el placer nos solicita, quando el mundo nos persigue, quando nuestro cuerpo está adolorido, quando nuestro espíritu está abatido, y quando nuestro corazon nada nos dice que pueda consolarnos; el amor entónces, vuelvo á decir, es una cumplida prueva de que el amor es generoso. Yo contemplo, ó mi Dios, que el adquirir esa generosidad me costará sin duda, muchos sacrificios, y combates; pero ¡Ay de mi! ¿quanto no me ha costado el amor del mundo contra mi deber? ¿Que de violencias no he hecho á

mi

mi libertad, á mi entendimiento, y á mi corazon? ¿Qué de baxas complacencias, contrariedades, sumisiones, y victorias criminales no he reportado de mi mismo, para ofenderos? Dañosa, y fatal generosidad, que no era sino una verdadera baxeza, y cobardía. Ay! ¿Y no será justo, que me cueste al ménos otro tanto el amaros? Prepara, ò alma mia, y recompensa esta generosidad criminal, con otra inocente; combate, sufre, y emprehendelo todo por conseguirla.

CA-

CAPILULO VEINTE Y UNO.

Dia Veinte, y Uno.

AMOR SINCERO.

I.

YO HARIA UNA INJUSticia à vuestro corazon, ó Dios mio, si desconfiase de la sinceridad de vuestro amor, pues me habeis dado pruevas demasiado sensibles para que yo no pueda dudarlo: no tengo mas que amaros sinceramente, y estoy cierto de que me amareis del mismo modo: el amor de mi corazon me asegura del vuestro: el mio no puede ser vuestro, sin que el vuestro sea mio ¿ Dexareis de corres-

pon-

ponder à mi amor Vos que me amasteis primero, Vos que me habeis pedido el corazon aunque tan pecador, Vos que no contento con haber sellado el mérito de vuestro amor con el de toda vuestra Sangre, me habeis dado mil títulos de seguridad en todos los momentos de mi vida? Ah! Señor, quando en adelante mi voca os diga que os amo, quiero que mi corazon sea el primero en decirosło, y que aquella sea un fiel órgano en manifestaros la verdad, cordialidad, y sinceridad de mi amor.

II.

Amar à Dios, sentir que se le ama, decirselo á si mismo, gustar

de

de Dios con delicia, aspirar à menudo ácia èl por los movimientos de ternura. ¿Qué cosa mas dulce y agradable, para un corazon que solo fué hecho para amar? ¿Mas en esto consiste el amor sincero que Dios exîge de mi? ¿No es este un amor estèril, derramado àcia fuera baxo las apariencias de amor sincero, y calidad pura? He aqui Alma mia, el medio de conocerlo. ¿A este Dios á quien crees amar tan tiernamente, le sirves del mismo modo? ¿Renuncias sin vacilar un momento á todo quanto se opone à la verdad de tu amor? Se puede amar sin sentir, asi como se puede sentir sin amar: el sentimiento solo, es muy poca cosa: verdad es, que siem-

pre

pre satisface al corazon, mas no pocas veces le engaña: las acciones deven aventajarse á los sentimientos: quando continúan aquellas con generosidad, son producciones de un sincero amor, pero estos solo son efectos de un amor natural. Exâmina pues, si amas sinceramente á tu Dios,

III.

Conozco, ó Dios mio, que es inútil cantar vuestras misericordias, publicar vuestras bondades, y decir que se os ama, quando el amor no es sincero, quando no està profundamente gravado en el corazon, y quando nada se quiere emprender por vuestra gloria. Preciso es

es-

estar siempre prontos à daros pruevas de amor, quando la ocasion se presenta; sin esto no hay verdadero amor, sino su sola fantasma. Quiero, Señor, que todo lo que hay en mi os ame, quiero que nada haya en todo lo que me compone, que no concurra á manifestaros la sinceridad de mi amor: quiero que quanto tengo, y soy, publique incesantemente vuestra infinita bondad: ella estarà gravada en mi memoria de suerte, que nunca caiga en olvido: mi entendimiento se aplicará à ella, y la hará materia de sus mas serias reflexiones: mi voluntad la sentirá, y fundarà toda su dicha en amarla, y consagrarla todos sus ardores: mi voca la ala-

ba-

bará, y cantará sus elogios sin cesar: mis manos la glorificarán con sus buenas obras: toda mi persona finalmente, se le sacrificará, á fin de darla lo que le devo, y de obtener los favores que de ella espero.

IV.

¿Qual es el encanto, qual el atractivo, qual la razon de mi amor? La bondad de mi Dios, ella es la que me arrebata, me atrahe, y me persuade: ¿Quien es, dice un Santo Doctor S. Chrisostomo el que ama verdaderamente á Dios? Es aquel que sabe, confiesa, y siente, que todo bien, y bondad está en Dios, que todo bien imaginable es el mismo Dios, y que no hay bien ni bondad verdadera

sino

sino en solo Dios. Esta es la basa, principio, y preludio del amor síncero, pero juntando el sentimiento á este conocimiento, y la práctica exâta de buenas obras, habremos logrado toda la verdad, y sinceridad del amor.

V.

Las alabanzas, protestas, y demostraciones exteriores, nunca pueden dar sino una señal equivoca de la sinceridad del amor. Los hombres solo juzgan del corazon por las palabras; mas Dios juzga de las palabras por el corazon: el lo conoce, y como lo formo, quiere ser amado de èl, y tiene derecho á exîgir todos sus afectos. Quiere que en los sacrificos que

se

se le ofrecen, sean desolladas las víctimas; que se labe muy cuidadosamente la carne, hasta que salga la agua pura: no tiene cuidado de la piel, pero quiere que se conserven las entrañas donde está el corazon. Quando manda, que se le dore la arca de la alianza, no quiere que se haga con oropel, sino con oro purísimo; quiere que sea dorada por defuera, con tal que se comience por adentro. Esta es figura de la sinceridad, que pide en nuestro amor. Ah! Señor, que de señales exteriores de amor os he dado, nada cordiales, y sinceras! Que defalsas protestas, que mi corazon ha desmentido en secreto! Os decia: *yo os amo*, y me imaginaba que bastaba deciroslo

para

para amaros, pero mis acciones desmentian á mi voca. Os decia: *yo soy todo vuestro*, y estaba todo en la vanidad, todo en el mundo, y todo en mi amor propio: ahora conozco mi poca sinceridad; ayudadme mi Dios à repararla.

VI.

Registremos nuestro propio corazon; aqui es donde hemos de conocer si amamos à Dios, y si nuestro amor es síncero. Veamos si entre nuestra voluntad, entendimiento, lengua, y manos hay esta acorde, y encantadora armonia, que produce la sinceridad del amor. Para empeñarnos en lograrla, solicitemos el modelo de esta

sin-

sinceridad verdadera en el corazon de Dios. El nos ama verdaderamente, lo ha dicho, y lo ha probado; su corazon, su voca, y toda su persona nos han dado los testimonios de esta verdad. Que ¿ Dios nos ama? Aquel que cifra toda su dicha en amarse asimismo; aquel que por una feliz necesidad de su Ser excelente, é infinito, encuentra, infinita complacencia en habitar dentro de su propia grandeza: ese se adelanta hasta declararse ser nuestro amante, y es el amor mismo? Ah! ¿ Podremos, teniendo corazon, no amar sinceramente al mismo amor? *Quid ni ametur amor*: dice San Bernardo.

CA-

CAPITULO VEINTE, Y DOS.

Dia Veinte y dos.

AMOR FERVIENTE.

I.

CORRI SEÑOR, EN EL CAmino de tus mandamientos, decia el Profeta, quando dilataste mi corazon: el amor fervoroso dilata el corazon: asi como el frio terreno estrecha, el amor dilata, y da mayor capacidad al corazon, para contener á su modo á aquel aquien los espacios infinitos del Cielo, y Tierra no bastan. Por el amor pues, ó Señor y Dios mio! he de correr á paso de gigante en el camino de

vues-

vuestros preceptos, y consejos; mas á Vos, que sois fuego divino, toca el ensanchar mi corazon, y darle mayor estension para reciviros: á Vos toca darle el ardor necesario, para que corra al olor de vuestros perfumes, de suerte que nunca se pare: à Vos toca sostenerlo en un fervor tal, que jamas se mude, sino para abrasarse con mas ardor.

II.

Enseñadme, Señor, cómo podré ir á Vos: dirigid mis pasos, y tomadme de la mano para conducirme de modo, que nunca me alexe de Vos. Hè aprendido de un Sto Penitente, (S. Agustin) que esto no podrá ser sino por el fervor de mi amor, y

que jámas arribaré á termino tan dichoso, mientras hubiere en mi amor frialdad, y cobardia. Dad pues, á este corazon cobarde, y ciego, toda la fé, toda la luz, y todo el fervor, que le es necesario para correr acia Vos, y vencer todos los obstaculos, que podrian detenerlo, ó retardarlo en su carrera. Marcha pues, ó alma mia, sin demora, y sin entretenerte con las criaturas: dexa á estas por el Criador, que te llama: sé toda de fuego; pero selo hasta la muerte; gime, porque á tus primeros ardores há sucedido una caridad lenta, y fria; emprendelo todo para adquirir nuevo fuego, y no lo dexes amainar segunda vez: vuela á

tu Dios : tienes alas ; pero si aun no las tienes , amale con todo el fervor de que eres capaz ; el amor es quien lo dà.

III

El corazon del Cristiano no puede fixar en si mismo algun punto de consistencia en que pueda tenerse firme: desde que dexa de aumentar su fervor, es preciso que se relaje: desde que cesa de amar à Dios, es preciso que ame á la criatura con perjuicio de sus deberes: luego que yá no se elèva, es necesario que se abata: desde que dexa de ser todo de fuego, ya no le resta mucho camino que andar para ha-

cer-

cerse todo de yelo: luego que se descuida en volar àcia el Cielo, bien presto se arrastra miserablemente por la tierra. Recuerda pues, ó alma mia; sal prontamente de esa tibieza, y negligencia. No es esta una mansion de languidez, y ociosidad; es un tránsito, ò pasage: tienes poco tiempo, y un largo viage que hacer: sè fervorosa; este es el medio de abanzar en tu camino: de otra suerte, te pones en riesgo de nunca arribar al termino, ò de arribar muy tarde, y con las manos vacias: apresúrate, pues tienes muchas pasiones que vencer, muchas virtudes que adquirir, muchos deberes que cumplir, muchos escollos que evitar, y muchos monstros

que

que derribar: si quieres abreviar tu camino, y abanzar mucho en poco tiempo, el único medio de conseguirlo es amar con fervor.

IV.

Esperimento algunas veces, que està mudo mi amor, y que mi corazon no mueve mi voca á manifestar su ternura: mas él siente, gusta, suspira, arroja sollozos, envia lágrimas á mis ojos, desea á su amado, obra, y es todo él un fuego: pues basta; no hay necesidad de otras espresiones para hacerse escúchar del corazon de Dios: éste silencio, sostenido por un verdadero fervor, es muy mas eloqüente que las palabras mas bien ordenadas. Conceded Señor, á mi corazon

la gracia de callar, y hablar del mismo modo: haced que sean durables estos momentos dichosos, que se me acaban tan pronto: ! Que felíz seré si los logro sin interrupcion hasta la muerte!

V.

¿¡O Eterna verdad, exclamaba el Padre San Agustin, ! O verdadera caridad ! O amable eternidad! Vos sois el mismo Dios, y haceis todas las delicias de mi corazon. ! O caridad ardiente, inefable, è incomprensible ! Si aqui en la tierra sois tan dulce, y encantadora para mi corazon ¿ Que serà quando os posea eternamente en el Cielo? Si algunas veces, tocandome vuestro

amor,

amor, siento ardores tan violentos, ¿ que será quando éste corazon esté libre de obstaculos que se opongan al goze del bien que amo ? Si una sola centella de vuestro amor lo vuelve todo de fuego ¿ Que será quando sea abrasado todo entero con los ardores infinitos, que hacen las delicias de los Bienaventurados ? Entremos, pues, aqui en la tierra en el aprendizage de este amor fervoroso, que debe hacer toda nuestra dicha en el Cielo. Si Dios es un fuego abrasador, llegüemonos á el lo mas cerca, y mas amenudo, que nos fuere posible: serémos muy de otra suerte abrasados, quando estubieremos inmediatamente unidos á él por una eternidad toda entera.

De

VI.

¿ De donde nace, que hayan tan pocos cristianos fervorosos, y que los mas estén siempre languidos, y no sientan sino mui debiles centellas del divino amor, que se desaparecen en un momento ? ¿ Es precisamente, porque sus corazones son de hielo ? No: la causa es, que hay en ellos llamas extrangeras. Un corazon de hielo, es mas aproposito para ser encendido por el divino amor, que un corazon abrasado en el amor de la criatura. No hay cosas tan opuestas, como estas dos llamas; quando es la una mas fuerte que la otra, se apodera aquella de todo el corazon, y excluye á esta. Si mi amor es languido para con

Dios

Dios, preciso es que en mi corazon haya alguna llama secreta, y profana. Busquemosla cuidadosamente para apagarla; extirpemosla hasta la ultima centella: guardemonos de que se haya ocultado entre nuestro amor propio, ó de que ella sea nuestro amor propio mismo: sin esta precaucion, jamas conseguiremos el verdadero fervor.

CAPITULO VEINTE, Y TRES.

Dia Veinte y tres.

AMOR DE ZELO.

I.

EL AMOR ESFORZADO, Y el zelo, son una misma virtud: no se puede amar á Dios con fortataleza

leza, sin desear ardientemente que él sea amado por todas las demas criaturas, y sin que se haga quanto hay que hacer, para darle y procurarle el honor que le es devido: éste zelo es lo que hay de mas puro, y vivo en la caridad; es un fuego divino; es un ardor celestial, que consume en el corazon todo lo que podria desagradar á Dios, y que se sacrifica sin reserva, por los intereses de su gloria. Veisme aquí pronto, ó Dios mio, á sacrificarme por vuestro amor: pondré en adelante toda mi dicha en amaros, y hacer que os amen: no habrá trabaxo que no emprenda, ni peligro que me asúste, quando trate de sostener vuestra gloria: feliz yò si

murie-

muriera en esta empresa: nunca podria hacer un sacrificio mas glorioso de mi vida, que logrando perderla por vuestro amor.

II.

Desear con ardor, que Dios sea honrado de todos los hombres sostener en la ocasion este deseo con generosas acciones, regocijarse de verle honrado, entristecerse, y gemir al verle ofendido por los pecadores, vé ahí el carácter verdadero del amor zeloso. Si Señor, deseo con todo mi corazon, que las criaturas todas os alaben, honren y amen: querria que todas ellas tuviesen tanto ardor como los Serafines; que todos los corazones que hán salido de vues-

vuestras manos adorables, fuesen otros tantos santuarios, dignos de vuestas complacencias, y que todas las vocas resonasen en vuestras alabanzas: tòmo parte en todos los omenages, que ricivis de los Angeles, Santos del Cielo, y Justos que estan aun sobre la tierra: querria que los que os aman, y adoran en espíritu, y verdad, se multiplicasen hasta lo infinito: el unico dolor que tengo es de veros tan ofendido, y saber que la caridad se disminuye, el crimen se aumenta, y el número de los pecadores se multiplica.

III.

¿Como podrè conocer, Señor, si os amo verdaderamente? Se bien

que

que si se me pregunta, sí amo á un amigo digno de mi estimacion, tan perfectamente como merece, me examinaré sobre los articulos siguientes, que son las mas sensibles pruevas de un amor ardiente, y zeloso. Primeramente; si lo amo con sinceridad, y si tengo placer en asegurarselo: segundo si lo pongo todo en uso para gozar de su presencia: tercero si tengo dolor quando se ausenta, ó hé tenido la desgracia de causarle desagrado: 4° si en todo tomó su partido con empeño, y si trabajo, y padezco por èl con gusto: 5° si siento quando él padece, ó es insultado, y si por el contrario, esperimentó placer verdadero quando es honrado: 6°. Si

de-

debuena gana me espongo á padecerlo todo por tal de sostener sus intereses y su gloria: 7°. Si le soy fiel en todas las cosas, tanto en las mas pequeñas, como las mas grandes, y finalmente soy sòlicito en servirle por mucho que ello me cueste. Vè ahí los caractères esenciales del amor zeloso, que propiamente es el amor perfecto: Esta menuda relacion, ó Dios mio, me acusa y confunde hasta lo sumo: los referidos capitulos son otras tantas pruevas, que persuaden, que yo hasta lo presente todavia no os hé amado.

IV.

El amor de Zelo para con Dios, es el dia de oy, una virtud demasiado desconocida: Vuestros intere-

tereses, ô mi Dios, nunca hán sido mas vilmente abandonados: ya casi no se encuentran Davides, que puedan blasonar de estar consumidos con el ardor de su zelo por vuestra casa: No hai ya Elias, ni Phinees, que en presencia de los grandes de la tierra se espongan à todo por vuestra gloria. Avivad, Señor, ese amor languido, que ocupa el corazon de los hombres: avivadlo en el mio, y dadme mucha generosidad, y ardor para sostener vuestros intereses à expensas de mis bienes, de mi reputacion, de mi salud, y de mi vida: todo lo reputo por nada con tal que seais Vos amado, y honrado; mas me interesa de ma-

siad-

siado el poderlo perder todo, por procuraros el honor que os hè devido. No se me puede proporcionar mejor empleo, y sacrificio, ni perdida mas gloriosa.

V.

Vos teneis para conmigo Señor, un amor estremamente zeloso: seré demasiado infeliz, è ingrato, sino tengo el mismo para con Vos ¡ Que precioso es para mi este vuestro zelo adorable ! Que honor tan grande me hace ! Ardiente en procurarme bienes inmensos, disteis la vida, por asegurarme una gloria inmortal, que no me era devida. Cuidadoso en protegerme contra los enemigos de mi dicha eterna, me habeis escondido, como al Rey Profeta

feta en lo secreto de vuestro rostro, y baxo la sombra de vuestras alas: habeis protestado, que el que me tocare, os tocaria en las niñas de vuestros ojos: me haveis apretado entre vuestras manos, y asegurado, que nunca podrà alguno arrancarme de tan dichoso lugar: me habeis abierto vuestro corazon, pendiendo solo de mi el no salir jamas de el. No aparteis de mi un zelo tan saludable, y tan benéfico, como lo hicisteis en otro tiempo con un pueblo aquien haviais amenazado olvidar. Sé que la falta en mi corazon de zelo amoroso ácia Vos, es capaz de apagar el de vuestro corazon àcia mi, y que si caigo en indiferencia para con Vos, mere-

cerè tambien incurrir en la vuestra. Mejor morir, mi Dios, que no amaros.

VI.

¿Es posible, ó Dios mio, que vuestro amor ácia mi, haya llegado al exceso de manifestarse zeloso de mi corazon? ¿Quien soy Yo Señor, y quien sois Vos? Yo soy una nada miserable, y Vos un Dios de Cielo, y Tierra. ¿Que valor tiene pues este corazon, para que no obstante de ser Dios, os mostreis ácia él tan amorosamente zeloso? Ah! preciso es, que él sea alguna cosa preciosa, pues es objeto de vuestro zelo, aun que ciertamente nada hay en el, que Vos

mis-

mismo no lo hayais hecho. Yo os lo doy: diré mejor, os lo buelvo, pues á Vos os pertenece, y nadie lo poseerà, sino Vos solo: consumid, devorad, con el fuego de vuestro divino zelo, todo quanto podria, ó mancharlo, ó dividirlo: encended en el, aquel zelo activo, y puro, que arda sin cesar para vuestra gloria, por la salud del prò-ximo, y por la mia.

CAPIT. VEINTE Y QUATRO

Dia Veinte y quatro.

AMOR DE CONFORMIDAD.

I.

NO PUEDO AMAR A DIOS perfectamente, sin que se conforme

me mi entendimiento enteramente con sus miras, y luces, y mi corazon con su voluntad divina: ésta doble conformidad aproxima nuestro entendimiento, y voluntad à las respectivas perfecciones de Dios, de donde aquel recive sus luces, y esta otra sus ardores. Con esas luces descubrimos lo que hemos sido, y lo lloramos: tocamos lo que somos, y nos humillamos por lo que no somos: vemos lo que debieramos ser, y tomamos las precauciones necesarias para serlo. Con los ardores, aborrecemos, sentimos y amamos como Dios; aborrecemos nuestras propias flaquezas, sentimos las misericordias de Dios, y nuestras propias miserias, y amamos

todo

todo quanto Dios ama ¿ Pues que me impide tener al presente este amor de conformidad, en que veo una gloria infinita, y una ventaja cierta ? ¿ Es mi propio entendimiento ? Pues quiero sacrificar todas sus luces, y no tener otras miras que las de Dios ¿ Es mi amor propio ? Pues quiero observarlo, y combatirlo, de manera que ya no tenga otros ardores que los que sacare del corazon de Dios.

II.

¿ De donde nace, que mi corazon esté tan freqüentemente inquieto, y turbado, y que no encuentre cosa que le satisfaga ? Nace sin duda de no estar unido á Dios por un amor de conformidad: el entendimiento

debe

debe hacer su fondo en estudiar la voluntad de Dios, y el corazon debe mirar como su obligacion principal el seguirla, y conformarse en todo con ella: sin esto, jamas podrán lograr reposo alguno. Para conocer bien la voluntad de Dios, es preciso comenzar amandole: no descubre Dios sus secretos, sino à Amigos: para executar esa voluntad misma, ya conocida, es tambien preciso amar; Se necesitan fuerzas? El amor es quien las dá: de esta manera, encontrarás el verdero reposo. No se puede estar en calma, ni sentir placer alguno, quando se contradice á la voluntad de Dios, pues nada se acierta sin ella. Corazon ciego, tu no enti-

en-

endes en que consisten tus verdaderos intereses, quando quieres tomar otras sendas que las que la voluntad de Dios te ha trazado: ella es tu Piloto, tu brúxula, tu luz, y el centro de tu reposo: dexate conducir de ella, y tendrás en tus empresas el suceso mas feliz, y trabajaràs con menos pena. Vuestra voluntad, ó Dios mio, serà mi regla, y os amarè por que Vos lo quereis: padeceré por que así lo disponeis, y tanto quanto quisiereis, persuadido á que Vos no quereis, sino mi bien, por que me amais.

III.

¿No será Justo Señor, que cueste á mi corazon algunos sacrifici-

os

os el conformar mi voluntad con la vuestra, quando ésta exige que renuncie mis propias miras, y que padezca quánto hay de mas rigoroso? Que no os costó á Vos el conformar vuestra voluntad con la de vuestro adorable Padre? No obstante ser Vos un verdadero Dios, quiere èl que sufrais la muerte por nuestro amor? Y podiais haverla padecido sin que costase un milagro á vuestra Omnipotencia, Vos que por todas partes gozabais una Bienaventuranza esencial, que no podia abandonaros? Menester fué que contuvieseis por un milagro la sobre abundancia de gloria, que debia naturalmente redundar de vuestra Divinidad á vuestra Humani-

dad

dad sacrosanta, para entregarla al dolor: ve ahí mi Dios, quanto os costó el conformaros con la voluntad de vuestro eterno Padre, y el darnos testimonio del exceso de vuestro amor. Veisme aquí pues, tambien pronto á conformarme con la vuestra por mucho que ello me cueste ¿ Y me pondré á vacilar, aun quando advierta, que el conformarme con Vos ha de costarme hasta la última gota de sangre? No Señor, pronto estoy á darla si asi lo determinais.

IV.

Ah! que un Dios lo quiere, es capaz de suavizar los dolores, turbaciones, y congojas, quando se pro-

pronuncia con la voca, por que se ha sentido àntes su verdad en lo intimo del corazon ! Que espresion tan énérgica, que hechizo tan poderoso, y remedio tan eficaz para todos los males ! Mas esto es así, quando el amor de conformidad es su principio, y no la pura necesidad; quando se la pronuncia al primer punto, y asalto primero del mas vivo dolor, y no quando el corazon agotado en murmuraciones y quejas, no la mira, sino como nuevo mal, ó como el recurso ultimo de sus desgracias. Pruevalo Alma mia, y esperimentaràs efectos que te sorprenderán á tí misma. Une desde luego tu voluntad à la de Dios, pronuncia un acto de-

de resignacion, y amor: procura sostenerlo con grande valor, y nunca padecerás: para esto necesitas grande atencion, é igual vigor: ámbas cosas encontrarás en solo el amor de Dios: él es luz, y te iluminará: él es fortaleza, y te sostendrá.

V.

Señor, es amaros con mucha imperfeccion el reputar dulce vuestra voluntad, quando está conforme con los sentimientos naturales de nuestro corazon, que no solicita sino el placer; y tenerla por amarga, quando es opuesta á nuestra inclinacion: la union de nuestra voluntad con la vuestra no puede ser una evidente señal de nuestro amor,

á mènos que ella no sea universal, valerosa, tranquila, y resignada en todas las cosas, sea el bien, ò sea el mal, sea el placer, ò el dolor, la abundancia, ò indigencia, la vida en fin, ó la muerte: admítolo todo Señor, me someto, estoy contento, quiero estar siempre igual, y quiero finalmente querer en todo como Vos quereis.

VI.

La voluntad de Dios, es el mismo Dios: yo no la puedo cumplir, sin que ella se haga, obre, y esté en mi: mi voluntad propia es la carga más insoportable: haciendo la voluntad de Dios, es como me he de libertar de ella: será purificada, elevada, y santificada mi voluntad uni-

uniendose á la de Dios: perecerá dichosamente para hallarse luego de una manera infinitamente mas noble, y mas Santa. Si, Yo os amo Señor, y si en verdad mi amor no esta empleado todo en mi mismo, jamas inclinaré vuestra voluntad ácia la mia, sino siempre uniré esta en todo con la vuestra: vuestra voluntad es divina, por consiguiente infalible: la mia es humana, y por consiguiente demasiado espuesta à error; y en una palabra, la vuestra es Santa, la mia pecadora. Mandad pues Señor, que dandome Vos lo mismo que me mandais, os seré obediente en todo.

CA-

CAPITULO VEINTE Y CINCO.

Dia Veinte y cinco.

AMOR DE SEMEJANZA.

I.

EL HOMBRE CHRISTIANO, no es otra cosa, en el sentir de Tertuliano, que moneda, è Imàgen, de Jesu Christo. *Moneta, et imago Christi:* La moneda no viene á ser en un Reyno instrumento legítimo de comercio, sino quando el metal ha sido purificado, y acuñado, ó sellado con la Imágen del Principe: ántes de hacerse de buena ley, ó corriente, fué menester que pasase por el fuego, por el cri-

crisol, por los yunques, y martillos, y que fuese en fin, fuertemente golpeado. El Christiano no puede venir á ser verdadera moneda de Jesu Christo en su Reyno, que es la Iglesia, sino quando tiene el corazon puro; pero purificado por el amor: quando ha sostenido en el crisol las pruevas del amor, y ha pasado por el fuego de las tribulaciones mas rigorosas; pero quando asi ha sucedido, y la Imágen de Jesu Christo paciente se há impreso perfectamente sobre su corazon, y sobre toda su persona, entónces es él una moneda tan preciosa, que Dios le dá el Cielo en cambio.

Es

Esfuerzate pues, ò Alma mia, en asemejarte á Jesu Christo, faccion por faccion: ama para padecer bien, padece para amar bien sé pura, y jàmas afées esta Imàgen de tu Dios. Soy Imágen vuestra Señor: soy vuestra moneda: ayudadme á perfeccionarla, añadiendole Vos mismo las facciones que le faltan: firmad, y gravad tan profundamente en mi corazon una tan perfecta semejanza vuestra, que el amor de la criatura no llégue jamas á borrarla.

II.

No tengo sino abrir los ojos de mi alma, y veré en Dios quanto es lo que debo amar: el es

no

no solamente el objeto, mas es aun el modelo hermoso, y original de mi amor: no tengo otra cosa que hacer, sino abrir mi corazon acia él solo, y entónces lograré en el suyo todo el socorro de que tengo necesidad para amarle: como él me ama, quiere que le ame, y para facilitar la práctica de este grande precepto, no contento con ayudarme á quererlo, me abre su corazon para mostrarme lo que debo amar: mostrandomelo, me incita con ternura á seguir su exemplo, haciendo por él lo mismo que él ha hecho por mi, y me da aun el modo de amarle: quiero conformar en todo, ó Dios mio, mi corazon, con el

vuestro, pero descubrid á mis ojos mas y mas lo que Vos teneis de amable, y abasteced sin cesar de nuevos ardores mi voluntad, para que os ame mas puramente.

III.

¡Que ingrato sería mi corazon, sino os amase con toda la ternura de que es capaz! El es obra de vuestras manos adorables, lleva vuestra semejanza, y vuestra imagen: no lo formasteis sino para hacer de él morada, Tabernaculo, Trono, y Altar. Entrad *Señor*, en esta morada, santificad este tabernaculo, mandad como *Soberano* en este trono, recivid sacrificios de amor sobre este altar,

en-

encended en èl un fuego sagrado, que arda siempre, y no se apague jamas; pero acabad de copiaros á Vos mismo en esta imagen, y borrad de ella todas las facciones extrangeras que no os fueren parecidas.

IV.

Señor, Vos me habeis amado, me amais, y quereis que os ame, y que mi corazon sea para Vos, como el vuestro es para mi. Esta verdad me arrebata, y no puedo leerla en los Divinos oraculos, donde es tantas veces repetida, sin que me enternezca; ni puedo refrescarla en mi memoria, sin sentir en cada vez un placer nuevo. Mi Dios quiere que yo le ame como el me ama; quiere establecer en

mi

mi un perfecto amor, en perfecta semejanza: há tomado lo que en mi hay, á fin de darme derecho á tomar lo que hay en él: me formó, copiandose en mi ásí mismo, quiere por consiguiente, que yo haga mi capital de copiarle é imitarle: ha padecido él; pues preciso es que yo padezca, y me aplique incesantemente á hacer por él lo que ha hecho primeramente por mí.

V.

No quiero en adelante escuchar más los sentimientos de mi corazon, si no se conforman perfectamente con los del corazón de Dios, pues estoy resuelto á amarle con perfeccion. Quiero, Señor, que mi amor para con Vos sea

ima-

imagen del que Vos os teneis á Vos mismo: Vos os amais soberanamente, y nada amais que no lo ameis por Vos solo: os amais unicamente, y sin division: os amais continuamente y sin interrupcion: éste es Señor, el amor sobre el qual quiero yo reglar el mio. Imprimid todos los apices de él sobre mi corazon, como el sello sobre la cera, à fin de que mi amor se asemeje al vuestro perfectamente. Dadme este amor soberano, sed de tal suerte dueño de mi corazon, que él nada ame sino para vuestro amor, y por vuestro amor: dadle un amor unico, que jamas admita mezcla alguna, dadle un amor constante, y generoso, que nunca

dude

dude, ni un solo momento, el sacrificaros quanto él podría amar con mas ardor; que jamas se canse de arder por Vos; que lo padezca todo, y hasta la muerte no se acobarde, por mucho que le suceda.

VI.

Advierte, ò Alma mia, que la Religion en que estás, es una Academia: el bello original que en ella se copia, es Jesuchristo, y no puede ser bien copiado sino por solo el amor: aficionate de el para poderlo imitar bien: toma bellos, y ricos colores, dá desde luego buenas pinceladas, delinealo justamente, sé asiduo en tu tarea: el original està bien colocado, está elevado,

vado, está en la Cruz, está muerto: colòcate tu bien, comienza ya, copialo mui naturalmente, pero no te contentes con copiar solo su exterior: entra en su corazon; abierto està por una lanza, á fin de que lo puedas ver al descubierto: copia el amor, y la tolerancia, y seras un muy perfecto retrato: baxa luego tus ojos sobre la tierra del Calvario, y la verás toda rociada con la sangre de Jesu Christo. Comprenderás por ello, que no te ha amado con una parte, sino con todo su corazon, y que no te redímio con una sola porcion, sino con toda su Sangre. Este es el original excelente que tu debes imitar, ni penderá sino de ti, ayuda-

da,

da, como lo estas de la gracia, el hacerte á ti misma, una imagen, ó retrato que hable, con tal que consientas en amar, y en padecer.

CAPITULO VEINTE Y SEIS.

Dia Veinte, y seis.

AMOR SOLITARIO.

I.

QUANDO UNO ESTA PERfectamente unido á Dios con los lazos del divino amor, es la soledad un encanto, y la compañia un suplicio; se huye del rumor, y tumulto, para gozar el placer de ocuparse con solo Dios: solo con el afecto se le habla, y corazon à corazon.

No

No se puede usar de este lenguage sino en la soledad : estando el corazon de Dios así unido con el de la criatura, no hà menester pedir prestado á la voca su lenguage, reputandolo extrangero, como que la voca esta, no le gana así el corazon solitario : sucede en el Alma, y en todas sus potencias una calma universal, provenida de la cesacion de todas sus operaciones turbulentas : es este un silencio interior, y una soledad de corazon, en que éste gusta de Dios á su placer, hace de ello todos sus entretenimientos, pero de tal suerte, que los pensamientos que no llevan á Dios le desagradan, y vienen á serle insipidos, y enfadosos:

fadosos: tiene el corazon entonces derecho para imponerles silencio, como hecho yá Señor de ellos: luego se ocupa todo en hablar à Dios, y en estàr atento á oirle hablar: éste Dios, que habla, y á quien él habla, esta en él mismo, es decir, intimamente presente á su corazon. ! Quando, O Dios mio, gozaré de esta soledad encantadora ! ! Quando haré consistir todo mi placer en hablaros corazon á corazon, solo à solo, y en escuchar vuestro Divino lenguage !

II.

La perfeccion mas sublime, á que el hombre cristiano puede aspirar en esta vida, consiste en

que

que el corazon, con el desprendimiento de todos los objetos sensibles, se reuna de tal suerte, que logre al fin la unidad, Sto. Tomas. Este tan glorioso estudio es obra de la soledad, y amor. Para que uno consiga esto, dice un Padre, Orígenes no debe solicitar sino à uno solo, ni debe adherir sino à un solo objeto soberanamente amable, y este objeto es Dios. Si él ama, en el entretenimiento y compañia de las criaturas, se distrahe, se disipa, se multiplica, se divide, y despedaza en tantas partes, quantos, son los objetos sensibles, que lo entretienen: así se destruye la union, y se pierde la unidad. Quiero ó Dios mio, colocar

toda

toda mi gloria y felicidad cumplida en amar à solo Vos: quiero arrancar, y estirpar de mi corazon todo lo que injustamente lo divide: quiero romper todo comercio con las criaturas que no me llevan á Vos. ¡Que gloria no te resulta, ó Almá mia, de poder estar sola con tu Dios, y de unirse en esa soledad, tu corazon con el suyo! Qué ventaja llevar en ti la imagen, y caracter mas glorioso de todos sus atributos, qual es el de la unidad! Ama fuertemente, ama soberanamente, ama siempre, y arribarás á este tan dichoso termino.

¿Que

III.

¿ Que haces tu, ó Alma mia, entre tantos peligrosos objetos que te disipan ? ¿ Has gustado alguna vez verdaderos placeres, quando te hás dejado derramar en vanas alegrias por ese mundo, ó te há llenado, alguna vez con sus encantos ese mundo impostor ? ¿ No has esperimentado siempre, en quantos placeres hàs gustado, un vacio que manifestaba mui bien, que les falta lo esencial para constituirlos completos ? ¿La ingratitud de tu corazon no era una muy evidente prueva, de que solo Dios era tu centro ? Muere pues, decia San Bernardo, sin sentimiento, y pesar al comercio de todas las criaturas, y vive sola en

adelante: huye del mundo para que no te corrompa: vive sola con Dios solo, aquien has escogido para esposa: conservate sola en tu soledad: de otra suerte, teme no se manche tu pureza; él menor soplo del mundo es capaz de marchitarla; guardate, y no te dejes seducir.

IV.

Conducidme á la soledad Señor, por vuestro Espiritu, como os dexasteis Vos conducir al Desierto por el mismo: infundidme gusto, y ansia de ella: hablad alli ami corazon, y enseñadle à entretenerse con Vos: imponed silencio al mundo, ò hacedme sordo a esos discursos, que

se

seducen al corazon que no está vigilante: haced que yo oiga vuestra voz, y que vuestro lenguage hechizero, ahogue el de todas las criaturas, paraque no lo interrupan: reprimid las ligerezas de mi espiritu, impedid los derramamientos de mi corazon, cerradlo para el mundo, y abridlo para Vos solo: franqueadme el vuestro, para que yo more en el, y me fabrique alli una soledad, de la que nadie me pueda jamas arrancar.

V.

Estar solitario en quanto al cuerpo, y dar libertad al espiritu, para pensar en quantos objetos sepresentan, es una ilusion. Estar solitario,

ario, pero sin ocuparse en Dios, y sin amarle, es una soledad de humor, ó de temperamento, que no merece recompensa alguna: mas el retirarse del bullicio del mundo para amar á Dios, y gozar sin distraccion de su adorable presencia, es una soledad, que merece el Cielo: aqui se ama á Dios, se siente ese amor, y se tiene placer de amarle: este amor, que no està distraido por el mundo, causa dulces saltos al corazon, lo pone en movimiento, lo purifica, consagra, y transporta acia el celestial objeto de su ternura, con una admirable, y encantadora rapidez: él habla, aunque guarde silencio la voca, y hace que Dios oiga sus suspiros, como que en

la verdadera soledad callan todas las criaturas. Retirate pues, ò Alma mia, si quieres hablar á tu Dios, y sepárate de todas las criaturas: sin este amor solitario, jamas podras unirte á su Divina Magestad.

VI.

Por el Corazon, decia el Gran Padre San Agustin, soy lo que soy, y no puedo conocer, ni reglar bien este corazon, sin retirarme á la soledad: el mundo es un obstaculo insuperable para efectuar lo uno, y lo otro: casi todos los movimientos de mi corazon se escapan ácia donde no quisiera mientras mantengo comercio con las criaturas. Entremos pues en la sole-

dad, à exâminar nuestro corazon, y desenredar atentamente nuestros deseos, sentimientos, inclinaciones y afectos, para formarlos acia Dios. Confieso Señor, que mis disipaciones continuas hán impedido hasta lo presente el que conozca mi corazon: él es un laberinto obscuro, é insondable, donde nada veo que no me cubra de confusion. Búsco en él vuestro amor, y no hallo sino amor propio, ó amor de las criaturas. Descended Señor, Vos mismo, à este corazon, sondead el fondo de este abismo, aclarad los rodeos de este laberinto, y llevadme á la soledad: en ella, ilustradme pues sois luz, y abrasadme pues sois fuego.

CA-

CAPITULO VEINTE Y SIETE.

Dia Veinte, y siete.

AMOR FAMILIAR.

I.

EL REY ME HA INTRODUcido en sus Camarines, yo tambien lo introduciré en la Casa de mi Madre, decia la Esposa en los Cantares ¡ Que fuerza la del amor, quando hace que Dios se familiarize con nosotros! ¡ Que cosa tan dulce abrir uno su corazon, quando este Soberano, hecho amante nuestro, tiene la bondad de tocar á sus puertas! ¡ Que cosa tan dulce recibirlo, sentirlo, y entretener-

nerse con el como con un hermano, amigo, y esposo, oyendo su divino lenguage con un corazon recogido! ¡Que cosa tan dulce es en fin, recivir las tiernas efusiones de su corazon, y derramar igualmente las del nuestro en él! Tendré este placer, y gozaré de una tan dichosa familiaridad con mi Dios, quando dexe de tener con las criaturas gustos perjudiciales á mi deber, y quando la puerta de mi corazon esté cerrada para todo lo criado, y franca solo para aquel que deve ser su unico Dueño.

II.

Se apresura cáda uno á hacerse de amigos de distincion en el mun-

mundo para lograr su familiaridad, amor, y confianza: no hay medio que no se ponga, cuidados, aplicaciones continuas, servicios, abatimientos, confidencias, demostraciones, y protestaciones de amistad, è inclinacion: despues de todo, ellos salen inconstantes, ó infieles, nos abandonan, y de esto nos apesadumbramos ¡Que debilidad! No cultivemos sino un solo amigo; hablo de aquel, á quien es facilisímo el acceso; aquel que hace él mismo para esto, la mitad del camino: èl es tierno, y quiere ser tiernamente amado: es amable, pues es el amor mismo: nada tiene de feroz, nada de austero, nada de arrogante: si por

una

una sola vez tenemos la dicha de entrar en su familiaridad, ya podemos contar con que nunca nos alexará de su corazon, si ántes no tenemos nosotros la desgracia de alexarle el nuestro: él solo, vale infinitamente mas que todos los amigos del mundo, porque sabe amar qual ninguno, por que con mucha seguridad se le pueden fiar los mas ocultos secretos del corazon; porque en amarle hay mucho placer, y demasiado provecho, y finalmente, porque en su amor puede darsele á la ternura del corazon todo vuelo, sin temor de excederse, y desagradarle.

III.

No hay cosa que con mas efi-

eficacia nos invite á amar, dice el Gran Padre San Agustin, que el haber sido prevenidos con tiernas solicitaciones, por un objeto infinitamente amable, y mas quando advertimos, que aquel que habita en las alturas se abate hasta pedirnos el corazon como un igual á otro igual. El amor celestial que me solicita, es la grandeza misma; desciende de su Trono por familiarizarse conmigo, y hacerme subir consigo: la utilidad que encuentro en este comercio sagrado, que él quiere establecer entre su corazon y el mio, es una eternidad de gloria, y delicias inefables: él es mi Juez, mi Soberano, y mi Dios, y anhela con todo á ser mi amante:

te: el amor que me pide es una deuda, no obstante, quiere recibirlo en calidad de don, y obsequio: lo estima y se da por obligado, como si nada le debiera: entremos pues, en su familiaridad sin temor, pues nos la ofrece; acerquemonos á él, y hagamos mérito del atrevimiento: éste es de su gusto, debe serlo tambien del nuestro; entremos en sus camarines, pues él nos convida, y ábre las puertas; hagámosle entrar en nosotros, pues nos lo pide: mejor diré, volvamosle nuestro corazon, en lugar del suyo, que no ha dudado darnoslo: éste cambio nos es muy glorioso: en él todo se va á ganar, y nada á perder: no rehusemos un tan ventajoso

joso trueque, en que se nos da todo el corazon de un Dios por el nuestro.

IV.

¿ Donde habràn Naciones, que puedan gloriarse de tener Dioses tan familiares como el nuestro? ¿ Donde unos Dioses, que amen á sus criaturas, sin mas interes que el de sér amados, y que no se desdeñen de hablarlas corazon à corazon? Ah Señor! reconozco, que el amor ha triunfado de vuestro corazon, y que todo el esplendor de grandeza, que vuestra divinidad os da, lo obscureceis, y reprimis por manifestarnos vuestro amor: cierto que tenemos en Vos una

una divinidad cariñosa, una Magestad dulce y templada, y un Criador familiar por que es amante: Vos teneis vuestras delicias entre los hijos de los hombres, y quereis que ellos las tengan con Vos: nada temas pues, ò Alma mia, acercate con confianza y valor al trono de tu Dios; si este trono es de llamas devorantes para sus enemigos, no es sino de llamas de amor para los que le han dado su corazon. ¿Por que has de reusar las delicias de esta inocente y casta familiaridad, siendo asi que solicitas el placer en todas las cosas, el qual jamás has encontrado fuera de tu Dios?

Que

V.

¡Que ciego ha estado mi corazon, ó Dios mio, en no dejarse penetrar todo de vuestro amor! estaba penetrado de un muy grande respeto, y por temor no osaba deciros que os amaba, por que él era pecador, y Vos la pureza misma: por que él no es sino bajeza, y Vos la suma grandeza: Ah! que escusa esta tan frivola! Hablaré pues a mi Dios, aunque no sea sino polvo y ceniza: él me solicita; me parece que deja el nombre de Dios, y de Juez, por tomar el de Padre, de Salvador, y de Amigo: èl me llama su hermano, su hijo y su amado: èl da todo su corazon al pri-

primer momento que se le pide: él me pide el mio con ternuras, è instancias de amante: èl me estrecha, y fuerza amorosamente á recibir el suyo en cambio ¿ Temerè todavía con todo esto, acercarme à Dios, que tiene la bondad de dar los primeros pasos por familiarizarse conmigo ?

VI.

Tengo à un Dios por Juez: ésta verdad me hace temblar, porque soi pecador: tengo á un Dios por Salvador, Padre, y Amigo: ésta verdad disipa mis temores, y hace toda mi confianza: él me ha dado su semejanza, y ha tomado la mia: me da un acceso libre à su cora-

zon,

zon, entra en el mio todas las veces que le abro las puertas; me habla, y me responde como que me oye: me instruye, me colma de gracias, recivo sus favores, sus caricias; lo siento quando lo amo, y me las hace sentir: hagamosnos pues dignos de esta familiaridad sublime: ella nos es muy honrosa, y debe hacer toda nuestra dicha.

CAPITULO VEINTE Y OCHO.

Dia Veinte y ocho.

AMOR SACRIFICADO.

I.

UN DIOS SACRIFICADOR, es un prodigio que me sorprende, por

por que todo sacrificado es subdito, y Dios es Soberano y Omnipotente: pero un Dios sacrificado, un Dios victima sangrienta, y victima por mano de los hombres, es un misterio incomprensible de abatimiento y de amor: como nada falte, ó Dios mio, à vuestro amor, tampoco falta cosa alguna à vuestro Sacrificio. Vos habeis sacrificado vuestro espiritu por la obediencia, vuestra grandeza por la humillacion, vuestra gloria por los desprecios é infamias, vuestro cuerpo por el dolor, vuestra sangre por una efusion total, vuestro corazon por vuestro amor: Yo quiero amar, quiero padecer, quiero sacrificarme, y quiero morir como Vos, y por

Vos,

Vos: si, asi me lo mandais: Vos habeis muerto como victima amante é inocente, Yo me sacrifico à Vos, como victima amante y penitente: quiero morir á mis flaquezas, á mis pecados, á mis aflicciones, á mi propio espiritu, á mis deseos, y á mi amor propio. Recibid este Sacrificio Señor, y dadme constancia para ofreceroslo por toda mi vida.

II.

¿Todavia rehusaré al presente la qualidad de victima, por horrible que parezca á mi delicadeza, despues que mi Dios la ha tomado por mi amor, ha llenado todos sus deberes, y sostenido todos

dos sus rigores ? Ha sido él mismo, por el exceso de su amor, sacrificador, sacrificio, oblacion, y victima : se hà ofrecido todo entero, y su holocausto há sido perfecto, porque su amor há sido tambien excesivo. Sería yo demasiado injusto si pretendiese limitar mi amor, y reservar alguna cosa para mi: no mi Dios, yo os consagro todo lo que tengo y soy; os sacrifico todos mis pensamientos, todos mis deseos, todas mis afecciones, mis inclinaciones, mis palabras, mis trabajos; toda mi memoria, todo mi entendimiento, toda mi voluntad, todo mi amor, y toda mi sangre: os ofrezco en holocausto puro, mi reputacion, mis bienes

mi salud, y mi vida: dichoso yo si de quanto soy, ó dice orden á mi, hiciese á vuestto amor un perpetuo y universal holocausto; cierto, que en ello no haria sino una parte de lo que Vos hicisteis primero por mi amor.

III.

Preparemos en nosotros todo lo necesario para un Sacrificio de amor, digno de ser presentado al corazon de aquel Dios, que se sacrificó à si mismo por nuestro amor. Nuestra persona toda entera sea la victima: nuestro corazon el Altar: nuestra separacion del mundo, y de todas las cosas sensibles sea el cuchillo: nuestro amor el fuego:

nuestros deseos, cuidados, y suspiros, sean el soplo ó viento que encienda aquel fuego: ofrezcamoslo todo, quememoslo todo, consumamoslo todo: nada nos reste que no lo llevemos à esta misteriosa hoguera, sea la menor aficion del corazon, la mas pequeña conversion sobre nosotros mismos, el mas ligero deseo, ó el mas leve sentimiento. Amor divino, que sois el mismo Dios, reciyid este Sacrificio, que oy os ofrezco, y que quiero ofreceroslo hasta la muerte.

IV.

Amar á Dios, sin gusto, sin sentimientos, y sin placer, es amarle

heroicamente, quando nada se ha omitido por adquirir el verdadero fervor, quando la sequedad no es castigo de las negligencias, sino una prueva de Dios, y quando sin cansarse se le solicita con todas las fuerzas: este amor, lexos de dexarlo de ser, es un amor muy perfecto, por que es un sacrificio generoso, que cuesta mucho al corazon: el sacrificar los placeres sensuales es virtud, mas el sacrificar las dulzuras y delicias, que el espiritu y el corazon suelen tener con Dios, es un holocausto que pasma: como la fé mas perfecta, cree sin ver, asi el amor mas puro ama sin sentir, y està siempre pronto á sacrificar todas las dulzuras sensibles,

por

por que no ama sino para amar; y por amar de la manera que Dios quiere que ame, y no para tener placer en amar: él recive las sequedades, desolaciones, y abandonos interiores con respeto: lo admite todo con muy profunda humildad, por que cree tenerlo muy merecido: para todas sus dulzuras y gozos sensibles, se remite á lo por venir: lexos de turbarse por esto, reposa tranquilamente sobre el corazon de Dios, y consiente en que ese por venir, se le retarde hasta la Eternidad bienaventurada. He hay Señor como debiera yo amaros, y como deseo ya hacerlo: siendo yo todo carnal, y temiendo las ilusiones de los sentidos, anhelo mas al

amor todo puro que viene de vuestra gracia, que al amor sensible: por esto os sacrifico todos mis gustos y dulzuras: poco me importa sentir que os amo, con tal que mi corazon os ame, y lo practique todo por amaros efectivamente.

V.

¡Que loco he andado en amar otras veces mas las consolaciones de las criaturas, que las de Dios! Ahora que triunfo de esta ilusion grosera, y me esfuerzo à hacer un sacrificio, seré todavia mas loco si amo los consuelos de Dios mas que al Dios de los consuelos: es este un sacrificio que debo hacer, y ya estoy resuelto á hacerlo. No contento con amaros, ó Dios mio,

quie-

quiero con vuestra gracia hacer todo esfuerzo á fin de amaros mas perfectamente, y eso con un amor sacrificado: mucho mas quiero obedeceros, y agradaros en todas las cosas, que sentiros, y gustaros con delicias: soy indigno de esperimentar las dulzuras de vuestro divino amor: quando me favoreciereis con ellas, las miraré como suplementos á mi flaqueza: no me servire de ellas sino de paso, no las desearè, ni me ligaré jamas á ellas, y estaré siempre pronto á sacrificarlas quando gustareis quitarmelas.

VI.

Hijo mio, dame tu corazon, dice el Señor, ¿ Sois Vos el que de-

demandais, ó Dios mio, y pedis un corazon que os pertenece por que lo formasteis con vuestro poder, y lo rescatestais con el sacrificio de la Cruz? ¡Que dichoso soy en conocer las inclinaciones de vuestro corazon, y que ingrato seré si no conformo con ellas las mias! Mas dichoso que aquel Profeta impedido, que os decia: ¿Señor que quereis de mi? ? Quereis que doble las rodillas? pasaré los dias, y las noches en este laborioso exercicio? ¿Quereis que os ofrezca victimas? mi brazo và á degollarlas ¿Quereis que os sacrifique á mi hijo unico? Pronto estoy á inmolarme con el, y á ser el sacrificador como un otro Abrahàn

hán. No mi Dios: Vos no pedis, sino el sacrificio de mi corazon: yo os lo doy: por que soy pecador, quereis que os ofrezca el sacrificio de un corazon humillado, y contricto; consiento en ello: quereis que os sacrifique el amor que tengo á las criaturas, y à mi mismo ¿ Por quien lo haré con mas justicia que por Vos, que os sacrificasteis tan generosamente por mi? Si Señor, quiero agradaros, y en agradandoos con este amor sacrificado, que os ofrezco, yo hallaré el medio inocente de sacrificarme à mi mismo.

CAPI-

CAPITULO VEINTE, Y NUEVE

Dia Veinte y nueve.

AMOR PERFECTO.

I.

EL AMOR PERFECTO ES, una santidad perfecta: incluye en si todas las virtudes, y hace todo su valor: éste amor perfecto está en el centro de nuestro corazon como un Soberano en su trono: todas las virtudes le circundan, las toca á todas para darles valor, y ponerlas en movimiento: él es la sal, el ornamento, la fortaleza, y la vida: es el peso, y la balanza

lanza del Santuario, en que todas las virtudes son pesadas ante el Tribunal de la Justicia. Tiembla, Alma mia, si no has aun trabajado en adquirir el amor perfecto: todas las virtudes que has practicado, serán reputadas por nada, pues no hay virtud meritoria sin amor.

II.

No te asustes, ó Alma mia, al solo nombre del amor perfecto, como lo hacen los cobardes del siglo: no lo mires como un estado demasiado sublime para poder aspirar á él: puedes conseguirlo si quieres: todo está dentro de tu capacidad: las reglas del amor perfecto son sencillas,

son faciles de retenerse, y todo el mundo las puede practicar : ellas están escritas en el Evangelio, y es el mismo Jesuchristo quien te las ha dado : no tienes sino leerlas retenerlas, y seguirlas : mas las recompensas de este amor perfecto no son ménos evidentes : estan fundadas sobre las promesas de aquel mismo que hizo sus reglas, y son muy magnificas para empeñarte á superar todas las dificultades, que pudierán ocurrirte en la practica de este amor : amarás á tu Dios con todo tu corazon, con toda mi alma, y todas tus fuerzas : Ve aquí tu regla, escrita por la mano del mismo Dios : dichoso si logras gravarla en tu

cora-

corazon con caractéres indelebles pero este amor te hace amar á Dios, te abre las puertas de su corazon, te introduce en el, te conserva alli, te corona, y te hace dueño de el. Este es el salario, y la recompensa del amor perfecto. ¿Hallaràs algo en esta dichosa practica que sea muy difícil? ¡Que cosa mas ventajosa, ó Dios mio, que amaros perfectamente!

III.

Dios me manda ser prudente, justo, fuerte, y templado, pero basta que le ame con amor perfecto para practicar en el mismo hecho todas las virtudes que me ordena: seré prudente quando amáre

re á mi Dios, por que la prudencia no es otra cosa que un amor ilustrado, vigilante, y atento á discernir lo que pueda acercarme, ò alexarme de Dios: seré justo, por que la justicia es un amor exâcto, que nada omite de lo que pueda agradar á Dios, y que me obliga á darle satisfaccion, y vengarle en mi mismo con los rigores saludables de la penitencia: seré fuerte luego que amáre à Dios perfectamente, por que la fortaleza no es otra cosa que un amor generoso é intrépido, que se sostiene en medio de los peligros, y que primero sufre los mas rigorosos contratiempos, que el apartarse de su Dios: en fin, con solo

amar

amar lograré la templanza, por que esta virtud no es mas que un amor obediente y valeroso, que coloca todo su placer en solo Dios, y se priva voluntariamente de todos los gustos sensuales por no manchar su pureza.

IV.

Es muy afrentoso para los hombres, y muy grande materia de confusion, el hacer todos los dias nuevos descubrimientos en las Ciencias y Artes profanas, y ser todavia mas ignorantes que nunca en el arte de las artes, y en la ciencia de las ciencias, que es la de amar á Dios ¡Que desorden, y trastorno tan extraño, que todas las

Ar-

Artes, antes tan imperfectas, hayan adquirido su ultima perfeccion con la succesion de los años, y que la de amar á Dios, lexos de perfeccionarse, se atráse mas cada dia! Se perfeccionan las Artes, por que se estudian con aplicacion para envanecerse con ellas, ò lograr algun provecho temporal: pero se queda uno ignorante en el Arte de amaros ¡ó Dios mio! por descuido y negligencia. Esta será en adelante, Alma mia, la unica ciencia que estudies: dichosa tu si antes de morir la aprendes perfectamente.

V.

No puedo abanzar en el amor, sin abanzar tambien en las otras vir-

virtudes, por que aquel es el movil y alma de estas: mis virtudes no pueden perfeccionarse, sino á proporcion de mi amor; lo uno sirve de prueva á lo otro: si quiero conocer quanto se haya perfeccionado mi amor, desde que comenzé à darme á Dios, no tengo otra cosa que hacer, sino examinar si mi corazon es muy humilde, si mi alma està muy pura, y desprendida, si mi espiritu es muy docil y aplicado, si mis sentidos estàn muy mortificados, y mi cuerpo muy sujeto al espiritu, si mis afectos son muy ardientes para con Dios, y ménos propensos á los placeres, si padezco con mas generosidad y paciencia, si soy ménos sensible á las injuri-

rias, desprecios, ultrajes, y antipatias: dichoso Yo, si este exâmen no me cubre de confusion, y si despues de haberlo hecho, no concluyo sin lisongearme, que lexos de amar á Dios tan perfectamente como debia, y podia haberlo hecho, aun no he comenzado à amarle.

VI.

La ley natural del amor divino, está escrita en el corazon del hombre natural: la sola razon le dicta que es preciso amar á Dios; pero la perfeccion de esta ley de amor, está escrita en el corazon del hombre Cristiano: alli debe ella imprimirse por las palabras del Evangelio, que contienen toda la exten-

sion y perfeccion del Amor, y por la sangre de Jesu Christo, que es la tinta Sagrada con que se escribió en caracteres, que deberian ser indelebles, y mas quando el mismo Jesu Christo, que ha sido el escritor, no rehusa dar la gracia necesaria para practicar esta Ley en toda su perfeccion. Si no encuentro yo esta ley en mi corazon es por mi culpa, y por que la he borrado con mis infidelidades ¿ Que digo borrado? Entiendo que no puede estar enteramente borrada: Vos la gravasteis muy fuertemente en la substancia de mi corazon: ella está sin duda, oculta y cubierta baxo del amor de la criatura. Ayudadme pues, ó Dios mio, á descubrir estos

pre-

preciosos caractéres: ayudadme á vaciar este corazon de todo lo que en èl hay puesto, y extrangero á vuestro amor, à fin de que Vos podais llenarlo, y que la perfeccion de vuestra ley de amor, se halle en èl en todo su explendor.

CAPITULO TREINTA.

Dia Treinta.

AMOR DE UNION.

I.

HAY ESTA DIFERENCIA entre el conocimiento y el amor, que el conocimiento no une á las personas con aquello que conocen, y el

el amor las une perfectamente, por que él las eleva, ò las abate, segun la condicion de lo que aman, por mas sublime ó baxo que sea el objeto amado. El entendimiento no tiene mas poder, que atraher asi el objeto para pensar en el; pero nuestra voluntad sale de si misma por el amor: el corazon se transporta, y mas está donde ama, que donde aníma: se une à lo que ama, toma todas las propiedades de el objeto, y se transforma en el: si lo que amamos es mas noble que nosotros, nos ennoblece, si no lo es, nos envilece y abate. El Pecador ama à la tierra, y en el mismo acto se hace tierra. Dios amó nuestra carne, y mandola se unió à

ella

ella, y se hizo nuestra carne.

Asi como Vos ¡Dios mio, por el exceso de vuestro amor, descendisteis hasta mi, y quisisteis venir á ser lo que en mi amasteis ¿no podré yo amandoos, pretender elevarme hasta Vos, unirme intimamente con Vos, y participar de vuestra naturaleza divina, segun la palabra que me haveis dado?

II.

Quando nuestro amor es imperfeto, y que por no ser habitual, no consiste sino en actos interrumpidos, y que no tienen conexion, no es ciertamente sino un huesped pasagero, que semejante al que viaja, pasa y repasa por nuestro corazon de tiempo en tiempo, sin hacer en

el

él mansion alguna fija y permanente; pero quando el amor es heroyco y constante, habíta alli, se estrecha y se une, desuerte que nada es capaz de separar esta union: viene à ser entonces, dice un Padre, (*) el Amante y el Esposo, y este desposorio todo espiritual y divino, no queda estéril, sino que salen con abundancia, frutos de gracia y de bendicion: ellos juntos, producen gemidos de compuncion, lagrimas de penitencia y ternura, deseos abrasados, sentimientos puros, ardores castos, y transportes àcia el Cielo. Muestra, ó Alma mia, los frutos de gracia, que tu amor ha producido hasta lo presente: Ah! preciso es, que él haya estado seco y esteril, hasta lograr esta Santa union. Aun-

(*) Hugo de S. Victor.

III.

Aunque el fin del amor sea la union intima con el objeto que se ama, hay con todo mucho camino que hacer antes de llegar á este tan dichoso termino: preciso es pasar por muchas pruebas, y sostener combates penosos, sin rendir jamas las armas. Para estar unido á Dios, para vivir con Dios, es necesario que preceda la muerte: háblo de la muerte à las pasiones, inclinaciones, proprios dictamenes, y á sí mismo: en el amor sagrado, es indispensable morir antes de vivir, es preciso separarse dulcemente, ó arrancarse con violencia antes de unirse; y con todo, la union que pretendemos aqui abaxo, todavia no es consumada, ni está esenta de

temores, sustos y combates: el amor tiene principio, progreso, y fin: el Espiritu Santo es quien lo principia y derrama en nuestros corazones. La Fé, Esperanza, y Caridad lo perfeccionan, sostienen, y vivifican: la union comienza en esta vida, solo en el Cielo se consúma. Creamos, esperemos, y amemos, trabajemos, seamos constantes: la corona nos aguarda, y seremos unidos á Dios eternamente, sin temer jamas la separacion.

IV.

Quando una Alma ha llegado felizmente á la union, por la fuerza y dulzura inefable del divino amor, se aparta y retira de si misma, dice el Gran Padre San Agustin,

se escapa, se pierde de vista, es arrebatada y transportada fuera de este mundo: suspensa, y absorta en el corazon de Dios, por su ternura, cesa de gozar de sí misma, por gozar de solo Dios, que es su centro, su reposo, su amante y esposo: este sagrado fuego la funde y liquída: entonces ella se escurre del cuerpo, por decirlo asi, ya por los transportes de gozo, puros, pero violentos, ya por los suspiros abrasados, ya por las lágrimas de ternura: y todo lo hace casi siempre, con un casto placer que la lengua no puede explicar, y que le recompensa con usura los combates que ha sostenido, y los placeres sensibles que ha sacrificado por arribar á esta uni-

union. Ve ahí Alma mia, los prodigiosos efectos del divino amor: ve ahí lo que produce la union de tu corazon con el de Dios ¿deseas mucho experimentar estas dulzuras y placeres inocentes, estas fugas, y escápes tan puros y tan preciosos? pues tu los puedes conseguir; pero es indispensable de antemano combatir, vencer, y morir á ti misma. No te asusten éstas condiciones, ellas no estan fuera de tu capacidad: serás sostenida en los combates, y Jesuchristo vencerá en ti; apresurare á sacrificar á Dios todas las dulzuras y ternuras que te llevan ácia las criaturas, y la union que aspiras será su cumplida recompensa.

Po-

V.

Ponedme, Señor, como un sello sobre vuestro corazon, decia la Esposa Santa, y quedaréis estampado sobre el mio, como un otro sello, que no se borre jamas: unios ami tan fuertemente por amor, que nunca pueda separarme de Vos; gravad tan profundamente en mi todos vuestros apices, que ya yo sea una viva expresion de vuestra pureza, de vuestra sabiduría, y vuestro amor: mientras mas os amáre, mas me asemejaré á Vos; pero, ¡ó mi Dios! cierto es que no puedo parecerme à Vos perfectamente, sin estar unido, y atado al original amoroso que me habeis dado por modelo.

Los

VI.

Los verdaderos Christianos, aunque se háyan multiplicado tanto en la Iglesia, estan de tal suerte unidos con los lazos de la caridad, que no componen sino un solo cuerpo mistico, cuya cabeza es Jesu Christo: la muchedumbre de los primeros fieles no tenia sino un solo corazon, por que todos se amaban en Jesu Christo. En el orden natural, la multitud es opuesta á la unidad, y la destruye: mas en el orden sobrenatural y mistico, la multitud sostiene la unidad, quando interviene el amor, por que el corazon de Dios es el centro donde las cosas mas opuestas se reunen: el amor aspira á la union, la union se perfecciona por la unidad,

y esta unidad es el término y reposo de un corazon que ama perfectamente ¿Quando os amaré, y os estaré de tal suerte unido ó Dios mio, que lògre llegar à esta amable unidad? ¿Quando tendré la dicha de vivir en Vos, con Vos, para Vos, y que Vos vivais en mi ? Será quando tuviere mi corazon purificado de todo lo que se opone al amor único que os devo.

ORACION

Para obtener el amor de Dios.

O MI DIOS, Y MI SALVADOR, que me amasteis con una eterna caridad, y llevasteis vuestro amor hasta el exceso de ternura de haceros semejante á mi, y darme vu-

es-

estros trabajos, vuestros padecimientos, vuestra vida, y vuestra sangre: inflamad mi corazon con el fuego Sagrado de vuestro divino amor, disolved todo el yelo, ablandad toda la dureza, y echad fuera toda lá tibieza que hay en el: desterrad la inconstancia, alentad su desmayo, y sostened su flaqueza, y fragilidad. Fuego Sagrado, penetradme, elevadme, y abrasadme. Penetradme de un amor puro, fiel, y constante: elevadme sobre mi mismo, y abrasadme todo entero con vuestros celestiales ardores, separadme de la criatura, unidme á Vos para siempre, y criad en mi un corazon todo nuevo, que sea digno del vuestro. Yo soy vuestro, sed Vos

mio:

mio: no quiero vivir sino para Vos, ni quiero amar sino á Vos, y aun eso solo por el amor de Vos ¡Que no pueda yo, Salvador mio, producir, y multiplicar mis actos de amor, tantas, quantas veces respiro! Ah! Si no puedo amaros segun mereceis por ser mi corazon limitado, y Vos infinitamente amable, concededme al mènos, el que os ame tanto, quanto debo, y puedo hacerlo con vuestra gracia: ampliad, y dilatad mi corazon, para hacerlo capaz de amaros con el amor mas perfecto: Yo os ofrezco este corazon, ó Dios mio, yo os lo doy, pues Vos me lo disteis, me lo pides, y me habeis ya dado el vuestro: formad Vos mismo todos sus deseos, consagrad

todos

todos sus movimientos, convertid ácia Vos todos sus ardores, y sed el principio, y fin de todos sus afectos. Yo os lo debo otra vez, por que me habeis Vos dado todas las gotas de vuestra Sangre, y por que vuestro amor acía mi es quien me ha hecho este obsequio inestimable. Sangre adorablé, vos sois mia, y os poseo como la mas preciosa prenda del amor de mi Dios: bañadme pues todo, labadme, purificadme, consagradme, y unidme inseparablemente a Vos en tiempo, y eternidad. Asi sea.

FE DE ERRATAS.

En la Dedicatoria acial fin, *des paginas*, lee, de sus paginas.
Pag. 6. lin. 16. *en*, lee, es.
iden. . . lin. 18. *penitencias*, lee, penitencia;
pag. 7. . .lin. 7. *Dios?* lee. Dios.
pag. 18. . .lin. 8. *Calrera*, lee, carrera.
pag. 32. lin. 3. *amemosles*, lee, amemosle.
pag. 33. lin. 2. *Que ternura! por una parte*, lee, Que ternura por una parte!
pag. 44. lin. ultim. *pedecer*, lee, perecer.
pag 46.lin. 4 *¿Vuestro corazon mas que vuestra boca, es quien habla, ó pide mi corazon?* lee, vuestro corazon mas que vuestra boca, es quien habla, y quien pide mi corazon.
pag. 47 lin. 19. ¡Ha y! mi Dios! lee, ¡ay mi Dios!
pag. 48. lin. 3. *hubierias*, lee, hubierais.
iden. lin. 11. *serias*, lee, seriais.
pag. 52. lin. 11. *lagrimas, si, penitencias*, lee, lagrimas, penitencias.
pag. 56. lin. 2. *añade*, lee, añade.
pag 57. lin. 8. *es obra*, lee, es la obra.

pag. 60. lin. 12. *pentenece*, lee, pertenece.
pag. 73. lin. 17. *me enseña*, lee, acaba de enseñarme.
pag. 80. lin. 4. *disecado*, lee, desecado.
pag, 86. lin. 3. *pues, es Dios lo*, lee, pues Dios lo quiere;
pag. 87. lin. 6. *todo*, lee. Todo.
pag. 88 lin. 11. *causa*. lee, cansa.
pag. 89. lin. 15. *toda*, lee, todas.
iden lin. 17. *su culpa* lee tu culpa
pag. 96. lin. 5. *admirable Salvador* lee amable Salvador.
pag. 103 lin. 13. *habra camino á su corazn.* lee se abra camino en su corazon.
pag. 124. lin. 12. debo amar! (añade) y si alguna vez, Señor, os amo, quanta divicion se halla en mi! Quantas veces me he exforzado.
pag. 127 lin. 1. sacrificio, lee sacrilegio.
dem lin. 11. *demolido*. lee demolidos.
pag 133 lin. 11. *sino quiero* lee sino me quiero.
pag. 143. lin. 5 *y estar fiel* lee y es tan fiel
pag. 152 lin. 10. *alternativa* lee alternativamente.

pag. 200. lin. 15. *aguardaré* lee ayudaré.
pag. 202. lin. 10. *de tiempo y por* lee de tiempo en tiempo, y por.
pag. 203. lin. 10, *el amor* lee el amar.
idem. lin. 18. *el amor del mundo* lee el amar al mundo.
pag 214. lin. 13. *declararse ser nuestro* lee declararse nuestro.
pag. 256, lin. 7. *la voca esta, no le gana asi el corazon solitario.* lee la boca está lejana, no asi el corazon solitario.
pag. 258. lin. 4. y 7. estas palabras *Sto. Tomas y Origenes*, ponerlas entre parentesis, aunque sea á mano.
idem lin. 12. *ama, en el entretenimiento* lee ama el entretenimiento.
pag. 260. lin. 13. *La ingratitud* lee *La* inquietud.
pag. 261. lin. 4. *esposa.* lee Esposo.
pag. 264. lin. 4. *formarlos* lee tornarlos.
pag. 267. lin. 13. facilisimo lee. facilimo,
pag. 272 lin. 15. solicitas lee solicitas.
pag. 276. lin. 1. *todo sacrificado* lee todo Sacrificador.
idem. lin. 7. *nada falte* lee nada faltó.

dem. lin. vltim. *y por Vos: si, asi me lo mandais*: lee y por Vos: si asi me lo mandaís.

pag. 277. lin. 6. *á mis aflicciones* lee á mis aficiones.

pag. 282. lin. 16, *como debiera* lee como deberia.

pag. 297. lin. 3. *pouesto* lee opuesto.

pag. 298. lin. 6. atraer asi lee atraer á sí.

Idem. lin. ultim. *y mandola se unió* lee. y amadola, se unió.

pag. 309. lin. 17. *me lo pides* lee me lo pedís.

El Excmo. é Illmo. S. Dr. Don Juan Domingo Gonzalez de la Reguera, dignísimo Arzobíspo de esta Diócesis, conce 40 *dias de Indulgencias por cada meditacion.*

EA795
A963s